

EL TRIUNFO DE LA MERITOCRACIA

1870-2033

I.C. + Esfuerzo = MERITO

MICHAEL YOUNG

MICHAEL YOUNG

EL TRIUNFO DE LA
MERITOCRACIA
1870-2034

ENSAYO SOBRE LA EDUCACIÓN Y LA
IGUALDAD

EDITORIAL TECNOS, S.A.

MADRID

"La valentía e imaginación con que el plan escolar sea formulado, la energía y buen sentido con que sea realizado, no sólo determinarán el porvenir de nuestro sistema educativo, sino que afectarán, sin duda, a la marcha del país durante los años venideros."

*The Nation's Schools.
Ministerio de Educación, 1945.*

Introducción

¿Ha existido alguna relación entre el saqueo del Ministerio de Educación y la tentativa de asesinato del presidente del Congreso Sindical Técnico, o entre la huelga no oficial de los transportes y la huelga, también no oficial, de los sirvientes domésticos? Estas preguntas son de una actualidad todavía más candente, habida cuenta de la huelga general convocada por los populistas para el próximo mayo, con ocasión del primer aniversario de los disturbios. ¿Qué ocurrirá entonces? ¿Será 2034 una repetición de 1789, o simplemente de 1848? Creo que sería difícil hallar un tema de discusión más actual y, a la vez, más trascendental. Se trata de un peligro inmediato y grave para el Estado.

El primer ministro, en el informe lleno de franqueza que ha leído ante la Cámara de los Lores, atribuye parte de la responsabilidad por la crisis de mayo a los fallos administrativos. Según él, la destrucción de los almacenes de Wren, en Stevenage, es simplemente un disturbio local; sin duda, los 2.000 vendedores que en ellos trabajaban se irritaron ante la inesperada negativa, por parte de la dirección, a conceder la semana de cuatro días. La destrucción de la estación atómica en South Shields quizá no hubiera ocurrido nunca con un director menos altanero.

La huelga de los sirvientes fue precipitada por la lentitud de la revisión de precios; para convencerse de ello basta pensar que con el mismo motivo han estallado disturbios en las demás provincias de Europa. El resentimiento contra el Ministerio de Educación fue agudizado por la publicación en abril último del informe de la Comisión Permanente para la Inteligencia Nacional. Filo., etc. Todo esto puede ser verdad, pero no es toda la verdad. Hay que explicar por qué estas pequeñas deficiencias administrativas, que en un año corriente hubieran pasado casi desapercibidas, han provocado en esta ocasión protestas tan vivas y tan conjuntadas. Para comprender lo sucedido, y estar preparado para lo que pueda ocurrir, hay que tomar en cuenta al Movimiento Populista, con su extraña mezcla de mujeres en la dirección y de hombres entre los dirigidos.

Los círculos femeninos ya han producido con anterioridad algunos profetas; pero ordinariamente su eclipse ha sido tan rápido como su aparición. No ha ocurrido así con las dirigentes que ahora nos están

amargando la existencia. Han consolidado su fuerza. La convención organizada por ellas en Leicester, poco antes de la Navidad de 2032, fue su momento decisivo. En esta convención se daba por descontada una nutrida representación de los círculos femeninos; se preveía, hasta cierto punto, una numerosa asistencia de las secciones femeninas del Partido Técnico. Lo que no se esperaba era que acudieran tantos representantes, así mujeres como hombres, de todas las secciones locales del partido y de los sindicatos. Desafiando a sus líderes vinieron de todas las regiones del país y, sobre todo, del norte de Inglaterra y de Escocia: me parece que los sociólogos del Gobierno no han concedido la debida importancia al papel que en la reciente agitación ha desempeñado la inveterada hostilidad hacia Londres y el sur del país. Hasta la Asociación de Benefactores Científicos se hizo representar. De esta convención ha salido la heterogénea agrupación que ha adoptado el nombre de Movimiento Populista, con su extraño programa, de todos conocido. Por primera vez en tres generaciones una fracción disidente de la élite ha concluido una alianza con las clases inferiores, hasta ese momento tan dóciles y fallas de apoyo. Esta alianza ha sido responsable de que incidentes locales, como los de Kirkcaldy o Stevenage, South Shields o Whitehall, hayan culminado en la crisis nacional del pasado mayo.

¿Qué significa todo esto? Sólo lo sabrán los historiadores del futuro; quizá ni ellos mismos logren ponerse de acuerdo. Hoy en día estamos en plena crisis y recibimos constantemente importantes noticias sobre su desarrollo, por ello hay que extremar la cautela a la hora de formular una opinión. Desde luego, los observadores no consiguen ponerse de acuerdo. El punto de vista oficial es que una alianza entre clases, como la actual, es una falsa alianza; que la formación de dirigentes y dirigidos es muy diferente, y sus intereses comunes son muy escasos; de modo que el movimiento no puede durar. El *Sunday Scientist*, con frase algo insolente, pero de mucha aceptación, ha comparado a algunos de los líderes con Rimsky-Korsakov en un restaurante Lyons". ¿Es posible que Somerville se haya vulgarizado hasta ese punto, en vez de dar con una explicación convincente de los hechos? No lo creo; pero, desde luego, no estoy de acuerdo con la versión corriente de lo sucedido. Los populistas no podrían haber alcanzado su actual importancia y la crisis de mayo no hubiera sido tan profunda si todo se hubiera reducido a resentimientos pasajeros. Mi opinión es que todo ello tiene hondas raíces en la historia del país.

* * *

El objeto del presente ensayo es estudiar algunas de las causas históricas del descontento que se hizo patente en los disturbios del pasado mayo. Sustento la tesis de que, prescindiendo de si tales disturbios fueron o no organizados por los populistas, no cabe duda de que fueron organizados por la Historia. Debajo de esta tesis hay implícita una opinión: la de que nunca se producen revoluciones; todo lo que hay es una evolución incesante, que lentamente va modificando el pasado, reproduciendo a la vez muchos de sus rasgos. No empecen a este modo de ver las mil y una innovaciones técnicas que, desde cierto punto de vista, han hecho del último siglo un eón. No me detendré en tales lugares comunes; me interesa más bien poner de relieve que, por extraños que nos parezcan a veces nuestros bisabuelos, el siglo XXI tiene muchos puntos de contacto con la época neoisabelina. Para reforzar mi postura haré frecuentes referencias al período, comprendido entre 1914 y 1963, en cuyo estudio me he especializado en el colegio de humanidades de Manchester. Desearía hacer constar aquí mi agradecimiento a mi profesor durante el sexto grado, Mr. Woodcock, por haberme mostrado, antes que nadie, las enseñanzas que un análisis de dicho período podía aportar para una mejor comprensión de los progresos realizados por el hombre durante el pasado siglo. Él fue quien me inició en la sociología histórica, que tan brillante desarrollo ha alcanzado en las antiguas universidades.

Al principio del período al que voy a consagrar una particular atención, o sea, en 1914, las clases superiores y las trabajadoras poseían idéntica proporción de genios y de estúpidos; en realidad, dado que siempre se daban algunos casos de trabajadores inteligentes y afortunados, que conseguían encumbrarse a pesar de los obstáculos acumulados por la sociedad en su camino, lo más exacto sería decir que las clases bajas poseían un porcentaje de personas de talento casi tan elevado como las clases superiores. La distribución de la inteligencia entre las clases obedecía, más o menos, a las leyes del azar. Cada una de las clases sociales era una sociedad en pequeño, en lo que respecta a la capacidad poseída por los individuos que de ella formaban parte; no existían diferencias entre la parte y el todo. El cambio fundamental del siglo pasado, que empezó a manifestarse bastante antes de 1963, es que la inteligencia ha sido objeto de una total redistribución entre las clases, y por ende, la naturaleza de éstas se

ha transformado completamente. Las personas de talento han recibido la oportunidad de elevarse hasta el nivel correspondiente a su capacidad y las clases inferiores han quedado reservadas, por así decirlo, para las personas que también son inferiores en capacidad. La parte ya no es igual al todo.

El ritmo del progreso social depende de la medida en que el poder se vea confiado a las mejores cabezas del país. Hace un siglo Inglaterra dilapidaba sus recursos humanos condenando a individuos de gran valía a realizar trabajos manuales. Se combatían los esfuerzos realizados por algunos miembros de las clases inferiores para obtener el debido reconocimiento de su talento. Pero nuestro país no podía seguir siendo una sociedad de castas si deseaba conservar su rango y continuar siendo grande (grande, se entiende, en comparación con las demás naciones).

Para resistir la competencia internacional el país tenía que utilizar mejor su material humano, sobre todo teniendo en cuenta que éste era escaso, incluso en Inglaterra (mejor sería decir que es escaso en todos los tiempos y lugares). Los colegios y las industrias se fueron poco a poco abriendo al mérito, de modo que, en cada generación, todos los muchachos inteligentes tuvieran la oportunidad de ascender. La proporción de personas con un cociente intelectual superior a 130 no podía ser elevada (el problema era más bien evitar que bajara); pero, en cambio, era posible, y se consiguió, elevar poco a poco la proporción de personas muy inteligentes dedicadas a un trabajo para el cual necesitaran aquéllas la totalidad de su talento. Por cada Rutherford de aquella época ha habido en los tiempos modernos diez; por cada Keynes, dos, y hasta Elgar ha tenido un sucesor. La civilización no depende de la masa, del hombre moyen sensuel, sino de la minoría creadora, del innovador que con un hallazgo ahorra el esfuerzo de diez mil hombres, de los pocos hombres geniales que no pueden mirar nada sin admirarse o sin interrogarse a sí mismos, de la élite incansable que ha hecho de la mutación un hecho social a la vez que biológico. Contamos hoy en día con muchos más hombres de ciencia, tecnólogos, profesores y artistas que en cualquier momento del pasado; la educación y formación de estos hombres eminentes está a la altura de su alto destino genético; su poder para el bien ha aumentado mucho. El progreso es la obra de esos hombres; el mundo moderno es su victoria.

No obstante, si olvidáramos que todo progreso. tiene sus fallas incurriríamos en la complacencia y facilidad que con tanta energía

condenamos en el ámbito de las ciencias naturales, siendo así que en las relaciones humanas no son menos perniciosas. Para llegar a una visión equilibrada de la sociología hemos de tener presentes los fracasos no menos que los éxitos. Toda selección de una persona produce como consecuencia que otras muchas son rechazadas. Seamos francos y reconozcamos que no hemos sabido hacernos cargo del estado de ánimo de los rechazados ni facilitar su imprescindible reajuste social. El peligro que se cierne sobre nosotros, en especial desde los sucesos del pasado año, es que la masa que ve la educación superior inasequible para ella se rebele contra el orden social al que juzgan responsable de su fracaso. El bajo pueblo, para nosotros, sufre sencillamente las consecuencias de su falta de capacidad; pero no se puede negar que a veces se comportan como si se sintieran vejados por alguna injusticia. Es muy posible que ellos se vean a sí mismos de muy distinta manera a como nosotros los vemos. Es incuestionable la conclusión a que se ha llegado al término de la evolución social, a saber, que sólo la imaginación y la inteligencia, secundadas por la debida formación, y trabajando libremente, pueden llevar a la humanidad hacia la meta que por sus esfuerzos y penalidades merece alcanzar. No debemos desconocer, sin embargo, que los que se quejan de la actual injusticia creen que ésta es un hecho real; debemos renunciar a nuestras miras estrechas y tratar de comprender cómo a ellos puede parecerles una conducta acertada lo que a nosotros se nos antoja, pura y simplemente, un absurdo.

PRIMERA PARTE
PROGRESO DE LA ELITE

CAPÍTULO PRIMERO

Conflicto de fuerzas sociales

1. El modelo de la administración pública

La década 1870.1880 ha sido calificada como el principio de la era moderna, y menos por causa de la Comuna francesa que por causa de Mr. Foster ¹, Fue entonces cuando se instauró en Gran Bretaña la enseñanza obligatoria y se suprimió el favor político para la entrada en la administración, sustituyéndose por la competencia leal.

El mérito y el éxito profesional fueron en adelante los criterios valorativos para el ingreso y el ascenso en esta honrosa profesión ²; y esto constituyó un éxito tanto más grande cuanto que muchos, de nuestros bisabuelos eran positivamente hostiles a "certámenes competitivos" en la administración británica. Habida cuenta de esta oposición es realmente notable que ya por el año 1944 los jóvenes más brillantes de Oxford y Cambridge se incorporaban a la clase administrativa, para desde allí dirigir los destinos del país; otros jóvenes destacados de las universidades provinciales seguían los oficios científicos y técnicos, casi tan importantes como los gubernamentales; la juventud más capacitada de las escuelas de humanidades ocupaba cargos ejecutivos, los menos aventajados se hacían empleados de oficina y, finalmente, aquellos hombres y mujeres dignamente preparados, que constituían en cierto modo la espina dorsal de la administración, desempeñaban los oficios de carácter más bien manual y mecánico, provenientes de los institutos y colegios elementales (después llamados "modernos"). He aquí un modelo digno de imitación por cualquier organizador inteligente.

Mil veces fue copiado en el comercio y en la industria, al principio por las grandes compañías como Imperials Chemicals y Unilevers, y más adelante por las corporaciones públicas, cuyo número crecía constantemente.

El fallo de este sistema, por lo demás admirable, era que el resto de la sociedad, y en particular la educación, no se ajustaba a los principios que regían en la administración pública. La enseñanza dada no guardaba justa

proporción con el mérito. Algunos muchachos de una capacidad tal que les hubiera permitido ser, por ejemplo, secretarios en una empresa, se veían obligados a dejar la escuela a los quince años y hacerse carteros. ¡Un secretario de empresa repartiendo cartas! Parece increíble. Otros muchachos de escasa inteligencia, pero bien emparentados y relacionados, pasaban, casi a la fuerza, por Eton y Balliol, y se situaban, en su edad madura, como altos miembros del Cuerpo Diplomático. ¡Un cartero manejando los asuntos de Estado! Es cómico y hasta trágico. La administración, al enfrentarse con este difícil problema, compensó en parte las injusticias cometidas por la sociedad en general, a base de ampliar las oportunidades para subir dentro de sus escalafones. Especialmente en tiempo de guerra algunos funcionarios de grados inferiores que mostraron tardíamente su valía llegaron a sustituir a los que, tras estudios difíciles, se desmoronaban al empezar a trabajar, y conseguían aprobar sus exámenes finales sólo para sentarse, extenuados, en algún despacho de la dirección del Tesoro. Algunos empleados inteligentes consiguieron, incluso en tiempo de paz, incorporarse a una escala diferente de la que primitivamente ocupaban, y subir en ella; unos cuantos de ellos ocuparon cargos ejecutivos, y de éstos, unos pocos, los menos, alcanzaron en sus últimos años los grados inferiores de la clase de los altos funcionarios. Los límites eran las deficiencias del sistema educativo general. Sólo cuando la escuela desempeñó su papel pudieron los comisionados de la administración desempeñar el suyo. Cuando ya ningún secretario tuvo que dejar la escuela a los quince años, y ningún cartero fue enviado a Balliol, la gran reforma iniciada en 1870 pudo al fin completarse.

El alcance de este ejemplo nunca será apreciado suficientemente. Muchos nombres incluidos en el Calendario imperial hace cien años pertenecían a miembros de una administración pública que pasaba, justamente, por ser la más eficiente del mundo. ¡Qué marcada analogía con la sociedad moderna! Hoy poseemos una élite seleccionada por su capacidad intelectual, y educada según sus merecimientos, con una fuerte base de filosofía y de técnica administrativa, así como de ciencia pura y de sociología.

También en la antigua administración pública los altos funcionarios se elegían por su capacidad y recibían una formación que desbordaba con mucho el ámbito estricta. mente profesional, sin perder, no obstante, el contacto con las futuras tareas a desempeñar (así ocurrió en la élite de

Roma; y por el contrario, muy diferente fue la situación en otra administración imperial, la de China). Hoy en día reconocemos con franqueza que la democracia no puede ser más que una aspiración, y nosotros regimos, más que por el pueblo, por el sector inteligente del pueblo; no tenemos una aristocracia de nacimiento, ni una plutocracia, sino una meritocracia del talento ³. De igual modo, la antigua administración, bien seleccionada y bien formada, ejercía, con tacto y habilidad, un poder mucho más efectivo que el del Parlamento. Hoy en día todo miembro de la meritocracia tiene un cociente intelectual (C. I.) de 125, como mínimo (desde la disposición Crawley-Jay, dictada en el año 2018, se exige al menos 160 para algunos puestos, ocupados por psicólogos, sociólogos y secretarios permanentes); pues bien, el método retrospectivo de Tauber ha demostrado que hace cien años la mayoría de los pertenecientes a la clase gubernamental poseían cocientes superiores a 125. Tales fueron, por consiguiente, los rudimentos del sistema actual. Si hoy la inteligencia ostenta el mando supremo en tres cuartas partes del mundo, ello se debe, aunque sea en pequeña parte, a los adelantados de la administración británica y a su visión del futuro. Sin duda, es exagerado decir que nuestras sociedades toda ella un monumento dedicado a su memoria, como a la de los primeros socialistas; pero se trata de una exageración disculpable.

2. Todo en orden y hermoso.

Hasta las reformas efectuadas en la administración pública la mayor parte de la sociedad estaba regida por el nepotismo. En el mundo de agricultores que prevaleció hasta bien entrado el siglo XIX la posición alcanzada no se debía al mérito, sino al nacimiento. En todas las clases y profesiones se verificaba que los hijos seguían la ruta de los padres como éstos habían seguido la de los abuelos. La gente no le preguntaba a un muchacho lo que iba a ser cuando fuera mayor, porque de antemano lo sabían: trabajaría la tierra como habían hecho antes que él todos sus antepasados. Para la mayor parte de los empleos no existía selección; sólo sucesión hereditaria. La sociedad rural (y su religión) se acomodaba en todo al principio familiar.

El padre era la cabeza de la familia y el estatuto de los demás miembros de ésta formaba una jerarquía de grados, dando preferencia a la edad y al sexo masculino sobre el femenino. Como en la familia así sucedía en la

aldea. El señor del feudo era el patriarca y por debajo de él se agrupaban los agricultores, debidamente jerarquizados: los propietarios libres de toda carga sobre los censatarios, éstos sobre los arrendatarios, que a su vez quedaban por encima de los operarios del campo.

*El rico en el castillo,
y el pobre a su puerta
El los hizo así,
elevado y humilde,
y ordenó bien su estado.
Todo en orden y hermoso, etc.*

Y como en el pueblo así en el reino: la familia real encabezada por el "padre de la patria", estaba por encima de las órdenes y posesiones de todo el país. La analogía se extendía hasta el Reino de los Cielos. Siempre presidía la mesa el mismo hombre. Este principio no era para estimular la ambición juvenil.

Al inclinarse sobre el pasado resulta difícil para el historiador, y naturalmente, mucho más para el profano, llegar a comprender la aparente insensatez de nuestros Antepasados. Desde luego, en el antiguo sistema se daban tiranías, rigideces y dilapidación de recursos. Pero había más. Lord Salisbury dijo en una ocasión que no le era posible encontrar una razón lógica del principio hereditario, y que, precisamente por esto, se sentía inclinado a defenderlo. Si podía expresarse con tal aplomo era seguramente porque, en aquellos tiempos en que la agricultura era un negocio de familia, todo aquel que se sintiera arraigado en el campo veía el principio hereditario como algo evidente ⁵. La agricultura exigía un esfuerzo duro y continuado, y en la atmósfera mental que entonces prevalecía tal esfuerzo se aseguraba mejor cuando los hombres sabían que estaban trabajando para sus hijos y nietos, que se beneficiarían de las mejoras introducidas, e igualmente pagarían las consecuencias de los descuidos. La agricultura requería que los labradores se sintiesen apegados a la tierra para alejar en lo posible el peligro de que fallara la oferta de alimentos, siempre más o menos precaria; y este apego era más fácil de imbuir en las gentes cuando desde niños, en la edad más impresionable, se les enseñaba a conocer y amar las pequeñas peculiaridades de la tierra que algún día habían de heredar. Por último, la agricultura exigía que la fertilidad del suelo fuese

repuesta incesantemente y no agotada para obtener un lucro temporal; ahora bien, era más fácil inculcar la idea del largo plazo en quienes hacían suyos los intereses de la posteridad, encarnada en su propia familia. El sistema hereditario a la vez estimulaba el esfuerzo, despertaba el sentido de responsabilidad y permitía una continuidad.

La tierra crea castas; y la máquina, clases. El antiguo sistema cumplió bien su papel mientras Inglaterra dependió para su subsistencia de una agricultura primitiva; pero a medida que se ha ido desarrollando la industria el feudalismo representaba cada vez más un atentado contra la productividad. Y no era la sucesión en los bienes lo que más importaba ⁶. En realidad, cuanto mayor era la fortuna que un padre legaba a sus hijos más frecuente era que éstos no hicieran nada, excepto gastarse el dinero heredado. Cuando tal ocurría, y la familia se limitaba a cobrar las rentas, el poder detentado por los padres pasaba a administradores a sueldo, seleccionados por su capacidad; con lo que las cosas acababan siendo como debían.

El verdadero peligro estaba en el crecido número de hijos que heredaban la posición y el poder además de la riqueza. Es asombroso comprobar cuántos médicos eran hijos de médicos, cuántos abogados, hijos de abogados, y así sucesivamente con muchas otras profesiones. En la industria y el comercio, muchos, al alcanzar el éxito, preferían situar a sus hijos en las profesiones, o sea, más arriba en la escala social; hasta en el mundo de los negocios la sucesión en el cargo era lo bastante frecuente como para constituir un serio impedimento de la productividad. Naturalmente, muchas veces ocurría que de padres capacitados nacieran hijos igualmente inteligentes (aunque con menor frecuencia, antes de la introducción de los matrimonios de inteligencia); estos hijos tenían un doble derecho al poder que heredaban, el título sucesorio y el de su mérito propio. Mas, por desgracia, también era corriendo lo contrario: un hijo inferior a su padre, o de capacidad orientada en otra dirección, cuyas inclinaciones iban hacia el arte o la filosofía y no hacia los negocios. s cuya energía, por una u otra razón, se paralizaba al tener que trabajar bajo la estrecha dependencia de su padre; y, sin embargo, se acababa sentando en el despacho de esto y le guardaba el sitio a su propio hijo. Muchos hijos hacían lo posible, a base de formación y de esfuerzo personal, para vivir con arreglo al consejo de Goethe:

*Para poseer verdaderamente lo que heredes
debes ganarlo primero con tu propio mérito.*

Pero, ¿de qué servía esta abnegación? El engañarse uno mismo también tiene sus límites. En muchos casos lo que era una tragedia humana en el aspecto individual social.

mente era una dilapidación ⁷. Hasta que la ley Butler empezó a producir sus frutos en los años setenta y ochenta Gran Bretaña se destacaba entre todas las naciones industriales por ser la fuente y tierra de adopción del nepotismo, en mil formas, a cuál más sutil.

Cualquier espíritu alerta podía darse cuenta de cuán nefasto era todo esto. En el pasado siglo muchos desastres tuvieron su origen en el hecho de que muchos hijos (y a veces hijas) de personas situadas habían ocupado cargos que, de un modo absoluto o por las circunstancias del caso, no les correspondían. Entonces, ¿por qué un sistema sucesorio más adecuado a una sociedad de agricultores pudo sobrevivir tan largo tiempo? Inglaterra fue un país industrial durante un siglo largo, antes de que lograra extirpar el nepotismo. ¿Por qué este desfase entre el fin de la dependencia del suelo y el fin de las castas? Una de las razones parece bastante evidente. Esta isla ha tenido la buena fortuna (quizá no tan buena como, a primera vista parece) de no haber sido nunca invadida ni completamente derrotada en una guerra y de no haber sido nunca sacudida por una revolución política. En una palabra, no tuvo nunca que volver a empezar desde el principio. Como sucede con todos los países que van declinando lentamente y de un modo estable, puede decirse del nuestro que, para él, a partir de 1914, hoy nunca fue tan brillante como ayer. Gran Bretaña ha vivido en los últimos tiempos del capital acumulado por las generaciones, y, naturalmente, cuanto más utilizaba este procedimiento más necesario le era recurrir a él; cuanto más sombrío el presente mayor era la justificación para evadirse de él. Extraña doctrina, sin duda, para un sociólogo moderno; pero no soy el único en haber notado que últimamente muchas personas tenían una hipersensibilidad para la Historia a la vez que un verdadero embotamiento del espíritu cuando se trataba de predecir y de construir el futuro. No ocurrió así durante el siglo XIX, pero hacia la mitad del XX se supervaloraba la tradición, se daba un culto excesivo a la continuidad. Para

todo cambio tenía que haber precedente. En otras palabras: Inglaterra siguió con una mentalidad rural mucho después de haberse agrupado en ciudades el 80 por 100 de su población; un caso de retraso cultural en gran escala tan extraño como el de China antes de Mao y su dinastía.

El culto a los antepasados adoptó la forma de reverencia hacia las casas e iglesias antiguas, un asombroso sistema monetario, extraños pesos y medidas, regimientos de guardias, tabernas antiguas, viejos automóviles, cricket y, sobre todo, la monarquía hereditaria y la clase en torno a ella, es decir, la aristocracia, que podía seguir la pista a los antepasados hasta un pasado más espléndido. Incluso los políticos, como, por ejemplo, los miembros del Consejo Privado, reflejaban algo de la fascinación monárquica; los altos funcionarios se denominaban a sí mismos, coquetamente, como "el Gobierno de Su Majestad" ⁸. Hasta el Estado gozaba de alto prestigio, porque participaba de la aristocracia, que acostumbraba a gobernar al Gobierno. En los Estados Unidos (país sin aristocracia) la gen. te hacía mucho tiempo que estaba convencida de que todos los Gobiernos son malos; mientras que en Inglaterra la gente estaba siempre quejándose de que los Gobiernos no fueran mejores. Y no sólo el Gobierno, sino todas las instituciones importantes del país, desde las universidades hasta la Sociedad Real, desde el Cricket Club, de Marylebone, hasta el Congreso de los Sindicatos, desde la marina mercante hasta Fortnum & Mason, gozaban a un tiempo del patronazgo real; y apenas había en cualquier sector industrial una empresa importante que no tuviera algún par del reino en su consejo de administración. La aristocracia hacía el papel de padre en el inconsciente colectivo; su influencia era tan profunda que muchas personas destacadas, que habían alcanzado el éxito por sus propios méritos, llegaban a avergonzarse de sus orígenes humildes en vez de sentirse orgullosos de haberse elevado sobre ellos. De todas las admiradas características de la aristocracia la que más se intentaba imitar era el hábito, que se suponía que tenía, de no trabajar, o más bien, de consagrarse a tareas que quedaban santificadas porque no se cobraban ⁹. En la industria la alta dirección copió ser. vilmente a estos zánganos aristocráticos. Los informes de la época muestran, con horripilante lujo de detalles, que hasta 1975, nada menos, los directores de muchas firmas importantes se comportaban todavía (a menudo sin saber por qué) como si fueran "caballeros de medios independientes". En el ejército no eran

hombres a secas, sino oficiales; en la industria, no hombres, sino *gentlemen*. Pretendían, con actitud ritualista, que no estaba bien que se ganaran la vida: los gerentes llegaban a sus despachos dos o tres horas después que sus empleados; venían con un traje más a propósito para el club que para una fábrica; ocupaban una oficina que parecía una sala de estar, en que no podía encontrarse nada tan profundamente vulgar como una máquina calculadora; tomaban sus comidas en un buffet como el que tenían en su casa, si bien a expensas de la firma; se servían de beber de un elegante mueblebar; y trabajaban, después de haberse ido todos, hasta muy tarde, durante las horas por las que no se les pagaba.

Convertían su trabajo en un hobby, así como su hobby en trabajo: para ellos el negocio empezaba en serio cuando tomaban su primer té, a la manera de hidalgo campesino y deportista de antaño ¹⁰. Esta imitación amanerada era tan natural como desastrosamente, imitada, a su vez, por todos los subalternos de diferentes grados. Cuando los ira. bajadores pretendieron interrumpir el trabajo, con alguna frecuencia, para tomarse una taza de té y la dirección trató de impedirlo estallaron huelgas. La aristocracia mantenía a la productividad arrestada bajo siete llaves.

3. Familia y feudalismo.

Esta influencia aristocrática no hubiera durado tanto, incluso en Inglaterra, sin el apoyo de la familia: el feudalismo y la familia van siempre juntos. La familia siempre es el pilar del principio hereditario. El padre corriente (del que todavía quedan ejemplares, debemos tristemente reconocerlo) quería dejar su dinero a su hijo en vez de a extraños o al Estado; su hijo era como una parte de sí mismo, y al legarle sus propiedades el padre se aseguraba para sí una especie de inmortalidad: un padre hereditario no moría nunca. Si los padres poseían un negocio familiar, que era, por así decirlo, como una reencarnación de su persona, todavía era mayor su anhelo de transmitirlo a alguien de su propia sangre para que siguiera dirigiéndolo. Además, los padres, controlando sus propios bienes, controlaban también a sus hijos; una amenaza de desheredación representaba, en la Inglaterra industrial como antes en la agrícola, una afirmación de poder de gran efectividad. Y cuando no tenían bienes propios los padres deseaban por lo menos que sus hijos des. empeñaran un oficio tan bueno como el suyo propio, si no mejor. Los estudios realizados sobre la

materia han de. mostrado cuán apremiantes son estas fuerzas psicológicas, aun en los tiempos actuales, y cuán hondo es el deseo sentido por los padres de encumbrar a los hijos, deseo que apoyan en razones reales o inventadas. El ver el mérito donde no existe constituye una psicosis, perfectamente comprobada, de un millón de hogares.

Durante siglos la sociedad ha sido un campo de batalla entre dos grandes principios: la selección por la familia y la selección por el mérito. La victoria no ha sido alcanzada totalmente por ninguno de ellos. Los defensores del principio familiar han argüido que, para la educación de los niños, la humanidad no ha encontrado todavía ningún sustitutivo eficaz del sistema empleado durante tanto tiempo. Los niños educados en orfelinatos, incluso los más inteligentes, se diría que carecen de esa seguridad interior indispensable para convertir su capacidad en eficiencia.

Sin duda, si todos se criasen en orfelinatos todos tendrían las mismas oportunidades, pero a costa de ser todos igualmente desgraciados. El afecto estable de los padres -sobre esto existe un acuerdo general desde los experimentos llevados a cabo al final de los años ochenta- es necesario para el completo desarrollo glandular del infante. El amor es el principal ayudante de la bioquímica.

Hemos tenido que corregir las deficiencias de la familia. Ha habido que reconocer que casi todos los padres intentan obtener ventajas injustas para su descendencia. La eficiencia de la sociedad depende de una estricta fidelidad al principio de la selección por el mérito; y para ello es indispensable evitar que el egoísmo pueda causar daños graves. La familia cuida de la eficiencia individual y el Estado de la colectiva; el Estado consigue desempeñar esta misión precisamente porque los ciudadanos individuales tienen intereses contrapuestos. En cuanto miembros de una familia determinada quieren que sus hijos disfruten de toda clase de privilegios. Pero al mismo tiempo se oponen al privilegio concedido a los hijos de los demás. Defienden la igualdad de oportunidades para los hijos de todo el mundo... con excepción de los propios. El Estado defiende el interés general y aunque despierta con ello fieras oposiciones no cabe duda de que, en justicia, se hace acreedor a algún apoyo por parte de los ciudadanos.

Hasta hace unos pocos años la opinión corriente entre las personas inteligentes era que el Estado habla desempeñado con admirable eficiencia

la misión de "policía de la familia", evitando que ésta tuviera una influencia in. debida en la estructura profesional. Pero la verdad es que hemos infravalorado la resistencia de la familia. El hogar es todavía el foco principal de la reacción.

Mi intención, por ahora, más que analizar las recientes manifestaciones del descontento familiar, es la de llamar la atención sobre sus antecedentes históricos. A pesar de los múltiples cambios de los últimos siglos parece que la familia sigue siendo en lo fundamental la misma institución de siempre, inspirada más por lealtad que por motivos racionales, tal y como ocurría en los tiempos feudales.

4. El acicate de la competencia extranjera.

El análisis histórico muestra lo inevitable que es la oposición familiar al progreso; y muestra, asimismo, la necesidad de la meritocracia. La aristocracia y la familia -dos factores de inercia- no han conseguido, como sabemos, detener el progreso social. La razón es clara: Inglaterra tenía que rivalizar con otras naciones en un mundo concurrencial. De no haber existido el acicate de la competencia internacional nuestra sociedad interna no habría adquirido mayor vigor, y la selección con arreglo al mérito, tal y como se empezó a practicar en la administración pública, no se hubiera convertido en regla general para todo el país.

Las guerras del último siglo, como suprema expresión de la competencia internacional, fueron el mejor estímulo para que los pueblos obedeciesen al criterio del mérito.

En aquella época la gente solía decir que en la guerra nunca hay vencedores, pues todos, vencedores y vencidos, acaban sufriendo igualmente. Desde la perspectiva de la Historia vemos ahora la falsedad de estas opiniones. Antes de la fisión nuclear la guerra favorecía a todos, y muy especialmente a las naciones derrotadas - testigo de ello fueron Alemania, Rusia, China-. La guerra estimulaba los inventos, y más todavía, estimulaba un uso más adecuado de los recursos humanos. En 1914-1918 el ejército norteamericano sometió a dos millones de reclutas a test de inteligencia ¹¹, con tal éxito que casi todos los ejércitos adoptaron más adelante esta práctica, cuando les llegó la hora de la movilización. Durante la guerra de 1939-1945 de nuevo el ejército británico demostró la extraordinaria utilidad de la selección psicológica. Estos fueron, en su

tiempo, grandes éxitos. La guerra despertó en los países la noción de que poseían una reserva de capacidad que nunca se utilizaba al máximo. Todo muchacho de una escuela elemental que llegó a oficial durante la guerra de Hitler (y llegaron muchos, una vez que el mérito y no las relaciones familiares pasó a ser el criterio selectivo) fue un argumento vivo en pro de una reforma de la educación. No fue una casualidad que las tres leyes fundamentales sobre educación promulgadas en la primera mitad del siglo, en 1902, 1918 y 1944, se aprobaron al término de tres guerras; del mismo modo, la guerra de Crimea, en el siglo precedente, fue una ayuda eficaz para los defensores de la reforma tanto en la administración civil como en el ejército.

La competencia internacional también fue un estímulo poderoso en tiempo de paz. Poco a poco los ingleses empezaron a temer que su superioridad mantenida sin esfuerzo podía constituir una contradicción en sí misma: por encima de la comodidad de los lores, de los círculos cerrados, como Ascot, y de la somnolencia de la Federación de Industrias Británicas, se perfiló amenazadoramente la sombra del inteligente extranjero. Nuestro sistema de clases interno se fue convirtiendo progresivamente en un sistema de clases internacional que llegó a obsesionar igualmente a los ingleses: éstos siempre estaban discutiendo si su país era una potencia de primer orden, o bien (después de algún revés) de segundo, tercer orden - o de ningún orden en absoluto- Al principio del pasado siglo se temía a Alemania; hacia la mitad de la centuria el miedo era de la competencia americana, y más aún, de la rusa; al final del siglo, de la China ¹². En cada una de estas etapas la amenaza que suponían los armamentos del otro país, su comercio y, sobre todo, su ciencia sirvió para superar las resistencias al cambio. Se trataba siempre de un problema de calidad. Los demás países habían escogido mejor materia prima, que, una vez sometida a una formación más profunda, les había permitido tener mejores aeronautas, mejores físicos, mejores administradores y, sobre todo, mejor ciencia aplicada. Si Gran Bretaña no hacía lo mismo corría tras la derrota, así en la guerra como en el comercio; las continuas crisis de nuestra balanza de pagos pusieron de relieve la segunda amenaza, casi tan mortal como la primera. Si aspiraba a sobrevivir el país tenía que responder en forma debida al reto de otros países con menor bagaje de ideas rurales, más renovados por profundas revoluciones sociales, y sin el *handicap* de nuestra

psicología insular. Gran Bretaña logró sobrevivir porque recibió repetidamente transfusiones de sangre nueva, proveniente de Australia, Nueva Zelanda, Sudáfrica y el Canadá, países que habían sufrido menos del principio hereditario y que enviaban su talento a la madre patria. Pero esto no podía continuar indefinidamente, y después de 1945 esta aportación de la Commonwealth se fue reduciendo en las ciencias y hasta en las artes.

Sobre este tema pueden leerse algunas advertencias, hechas hace muchos años, y que todavía conmueven. El "duro" Mr. Forster, al presentar el primer gran proyecto de ley sobre educación, el 17 de febrero de 1870, dijo lo siguiente:

"No debemos demorarnos. Nuestra prosperidad industrial depende de que se le facilite a todo el mundo, y rápidamente, una educación elemental. No vale la pena proporcionar una enseñanza técnica a nuestros artesanos si no se les provee de una educación elemental: un trabajador Inculto (y muchos de nuestros trabajadores son talmente incultos) es, muy a menudo, un trabajador sin la debida preparación profesional; y si permitimos que un importante sector de nuestra clase obrera carezca de capacidad profesional, a pesar de su fuerza muscular y de su determinación y energía, seremos desbordados por la competencia internacional. Si deseamos conservar nuestra posición entre los hombres de nuestra raza o entre las naciones del mundo debemos compensar lo reducido de nuestra, población a base de aumentar la fuerza intelectual del individuo"¹³.

Casi un siglo después las ideas de Forster encontraron eco en el penúltimo de los grandes aristócratas que formaron parte del Gobierno.

"En los últimos diez años dijo sir Winston Churchill_ los soviéticos han desarrollado la alta educación técnica, en el ramo de la ingeniería mecánica, hasta un grado que sobrepasa ampliamente, tanto en cantidad como en calidad, los niveles que hemos alcanzado. Este es un asunto que requiere la inmediata atención del Gobierno de Su Majestad... si deseamos al menos conservar en el mundo el puesto relativo que ahora ocupamos" ¹⁴.

La razón del triste estado de cosas a que aludía sir Winston era que la enseñanza profesional era demasiado limitada, y recibida, además, en gran parte, por personas inadecuadas. En 1945 nada menos que la mitad del reducido número de estudiantes universitarios no alcanzaba la inteligencia debida. "En la actualidad menos del 2 por 100 de la población va a la universidad. Alrededor del 5 por 100 de la población revela, en los test, una

inteligencia por lo menos igual a la de la mitad superior de los estudiantes, que a su vez constituyen un 1 por 100 de la población" ¹⁵. Diez años después muchos jóvenes des. tacados de la clase trabajadora seguían sin acudir a la universidad ¹⁶. ¡Pensar que había tan poca inteligencia en las universidades! ¡Y que muchas personas inteligentes no podían ir a ellas! No es extraño que el incremento anual de la productividad, en los treinta años posteriores a 1945, fuera sólo de un 3 por 100. Se comprende que el célebre informe del Ministerio de Educación sobre el "premature abandono de la escuela" lamentara la gran cantidad de "capacidad académica desperdiciada" que se perdía en simples trabajos manuales en vez de cultivarse debidamente en los colegios de humanidades. Afortunadamente, el peligro de ser "desbordados por la competencia internacional" era tan real, y se acentuó tan marcadamente en la segunda mitad del siglo, que la necesidad de supeditar todo a las exigencias de la producción se hizo insoslayable; la educación fue por fin objeto de una reforma decisiva y la familia fue liberada de la nefasta influencia feudal.

Al menos, las apariencias eran ésas...

5. Comadronas socialistas.

El progreso se hubiera frustrado de no haber sido por los incansables esfuerzos de las actualmente famosas "comadronas del progreso". Los socialistas promovieron la multiplicación de las organizaciones de gran tamaño, y éstas, a diferencia de los pequeños negocios, favorecieron la promoción por el mérito ¹⁷. La Junta del Carbón fue, a su manera, tan influyente como la administración pi. b su. Los socialistas combatieron las influencias familia bica. la sucesión en el oficio. Los panfletos laborista de 1920 a 1910 (muchos reeditados en la colección Documentos Socialistas de Harvard) solían ridiculizar los medios entonces corrientes para alcanzar el éxito ("lo que cuenta no es lo que usted conoce, sino a quien conoce").

Los socialistas condenaron abiertamente la herencia de la riqueza. Los derechos reales por causa de muerte no se debieron exclusivamente a ellos; pero fueron ellos quienes fomentaron en los demás la convicción de que los hijos de los ricos no debían recibir ventajas denegadas a los hijos de los pobres. Durante muchos años los padres evadieron los derechos reales por causa de muerte (ya que no podían esquivar la muerte misma) a base de desprenderse de sus propiedades antes de la muerte. Finalmente, los

socialistas pusieron coto a esta evasión por medio de la primera de sus levas de capital. Pero incluso estos éxitos quedan empequeñecidos junto a la más grande de sus realizaciones: la mejora progresiva, pero radical, del sistema educativo. La presión en pro de una mayor igualdad de oportunidades era incesante y, como consecuencia, se mejoraron las escuelas elementales, se dio enseñanza secundaria gratuita y se multiplicó el número de las becas universitarias. Aunque la ley de educación de 1944 fue pre. sentada por un ministro conservador que formaba parte de un Gobierno de coalición los fines de ley eran justa. mente los del Partido Laborista. Después de la ley los niños fueron educados con arreglo a "su edad, su capacidad y sus aptitudes", de forma que los de mayor capacidad recibiesen una educación superior.

En conjunto, los socialistas británicos de los primeros setenta y cinco años del último siglo (como Saint-Simon y sus seguidores en Francia hace doscientos años) merecían aplauso por la sinceridad y sencillez doctrinal con que atacaron los males de la herencia en la propiedad, el oficio y la educación. Si se oponían a la desigualdad era más bien al tipo de desigualdad originado por la sucesión hereditaria; y la forma de igualdad que propugnaban era de una importancia grande e indiscutible: la de oportunidades. Nuestros modernos feministas podrán decir: que no consideran a estos hombres como socialistas; sin duda, la Historia se está continuamente revisando, más para elaborar una revisión convincente se necesita más sentido histórico que el que esos feministas demuestran. No se puede negar que los socialistas han creado un clima mental nuevo en el transcurso de menos de cien años.

Los más grandes de sus líderes intelectuales hicieron algo más que elaborar una crítica de la herencia. Los Morris, Tawney y Cole ¹⁸ hablaron en forma bastante curiosa de "la dignidad del trabajo", sin distinguir entre trabajo manual y mental, como si ambos tuvieran idéntico valor; pero los mejores representantes de la Fabian Society ¹⁹ poseían la visión de un orden social nuevo, fundamentado sobre la capacidad individual, que acabaría levantándose sobre el primitivo caos, carente de toda planificación. No cabe duda de que sus críticas fueron certeras. La pequeña Fabian Society había conseguido galvanizar las amorfas masas laboristas; no de otro modo la élite del futuro acabaría inspirando y dirigiendo las masas, ajenas al pensamiento, de la sociedad total. Haciéndose eco de Platón y Aristóteles,

Wells, en *La utopía moderna*, elaboró la brillante noción de los samuráis: dirigentes no corrompidos por el poder, tan sabios como des. interesados. Los Webbs fueron más allá y elaboraron la idea de que la Orden de los Samurais se había encarnado la vocación rectora del Partido Comunista soviético.

Es lógico que los Webbs hayan alcanzado un puesto de honor en la historia del pensamiento; vieron claro que en la Unión Soviética (a pesar del impedimento que su. puso entonces, y durante muchos años después, una dictadura política completamente innecesaria) existía una minoría disciplinada, consagrada con afán a su tarea y, sobre todo, debidamente formada, que era seleccionada por su capacidad, y que ejercía, con un éxito confirmado por la Historia, "ese poder de dirección sin el que una democracia, en cualquiera de sus formas, no pasa de ser un populacho" ²⁰. El mismo Bernard Shaw describió la meta a lograr con su peculiar agudeza:

"Hay que remplazar esta dictadura de las masas, entregada al capricho del azar, por una aristocracia democrática: esto es, por la dictadura, no de todo el proletariado, sino de ese 5 por 100 que exclusivamente es capaz de concebir la tarea, de presidir el esfuerzo común hacia la anhelada meta" ²¹

En su gran obra *Everybody's Political What's What?* ²² Bernard Shaw desarrolló sus argumentos con tal poder de convicción que dicha obra se lee todavía por inteligentes estudiosos del pensamiento social.

6. Resumen.

Este bosquejo de las fuerzas sociales que han contribuido a dar forma a nuestra época es bastante conocido. No parece necesario recordar que el progreso siempre ha nacido de la lucha. La monarquía, la aristocracia y la alta burguesía, cosas todas vinculadas a nuestro pasado de agricultores, fueron objeto durante mucho tiempo de una reverencia excesiva; como consecuencia, la familia, de tendencia siempre conservadora, concurrió con la tradición feudal para la defensa del principio hereditario (y no sólo en la esfera de la riqueza, sino también en las del oficio y del prestigio social) cuando ya hacía mucho tiempo que los derechos y exigencias de la productividad habían sido reconocidos en otros países. Tales fuerzas se inclinaron sólo después de una larga lucha ante la potencia superior de las nuevas ideas. La necesidad de enfrentarse con la competencia internacional, así en la paz como en la guerra, fue por fin captada por las mentes más

destacadas, y el Partido Laborista, haciéndose portavoz de las quejas de quienes no tenían nada que legar o heredar, contribuyó a mantener a las masas unidas y en orden detrás de los dirigentes más perspicaces, cualquiera que fuese su confesión política.

CAPÍTULO SEGUNDO

La amenaza de una enseñanza secundaria uniforme

1. Tercera fuerza en las escuelas.

El último siglo todavía aspiraba a la conquista de la Naturaleza. ¡Qué ilusorio nos parece en la actualidad semejante anhelo! La ciencia penetra en los secretos de la Naturaleza no para afirmar sobre ella la dominación humana (dominación a menudo bastante irreal), sino para descubrir las leyes que el hombre debe obedecer. El logro mayor es la sumisión. En ninguna esfera son más verdaderos estos principios que en la social, y en ésta no ha habido enseñanza más sencilla y, sin embargo, más difícil de aprender que el hecho de la desigualdad genética.

La condición imprescindible para el progreso es la aceptación de la frugalidad de la Naturaleza. Por cada hombre excelente hay diez mediocres y la misión de un buen Gobierno es cuidar que los últimos no usurpen el lugar que en el orden social corresponde al primero. Una de las reformas que ha habido que realizar para conseguir esto ya la hemos examinado: se trata de la disminución del poder de la familia. La otra reforma complementaria, de la que me voy a ocupar ahora, ha sido reforzar el poder de las escuelas.

En el capítulo precedente he rendido al Partido Laborista el debido homenaje por el papel fundamental que desempeñó en debilitar el primitivo sistema hereditario. pero debo ahora añadir, en justicia, que hacia la mitad del pasado siglo el Partido Laborista invirtió completamente su postura. Con anterioridad los laboristas, apoyados por las personas más capaces de las castas inferiores, eran los defensores del progreso, frente a los dirigentes conservadores, favorecedores de las castas superiores y reclutados entre ellas. Pero se cambiaron los papeles, y los conservadores, sostenidos ahora por la nueva meritocracia, cuyo poder iba creciendo poco a poco, pasaron a ser los representantes del progreso (al menos, hasta los últimos tiempos), en contra de los socialistas, tercamente aferrados a una doctrina igualitaria cada vez más fuera de lugar. No quiero con esto acusar a la totalidad del Partido Laborista. En ningún momento los defensores izquierdistas de la enseñanza uniforme dispusieron de amplias mayorías en las asambleas del partido. No obstante, ejercieron una sensible influencia, y, mientras no fue

evidente el fracaso de su campaña, las reformas de la educación, a que me voy a referir brevemente en este capítulo, no pudieron llevarse a cabo.

Hasta la mitad del siglo los socialistas prácticos identificaron la igualdad con la promoción según el mérito. El conflicto surgió cuando el ala izquierda del partido apoyó una interpretación diferente, y con olvido de las diferencias de capacidad entre los individuos insistió en que todos, tuvieran o no talento, debían asistir a las mismas escuelas y recibir la misma educación básica. El asunto ocupó lugar muy destacado entre las controversias políticas de las décadas 1960-1970 y 1970-1980. El doctor Nightingale ha mostrado en su obra *Orígenes sociales de la enseñanza uniforme* que el movimiento fue inspirado en gran parte por unas teorías igualitarias de tipo sentimental que quedaban muy lejos del sensato realismo de Bernard Shaw, y esta inspiración es la que conviene poner de relieve en los tiempos actuales. Los extremistas echaron mano a todos los argumentos que encontraron. Según ellos, el futuro desarrollo de los niños no podía predecirse con exactitud a la temprana edad de once años. La tensión que el examen eliminatorio ejercía sobre los padres y los niños era demasiado grande. Una vez que los niños fueran distribuidos entre escuelas no comunicadas entre sí sería muy difícil transferir los de desarrollo tardío de una escuela a otra. Sin embargo, su principal preocupación era de orden social más que educativo; los izquierdistas alegaban que segregar al inteligente del estúpido era ahondar la separación de clases. Proponían que todos los niños, independientemente de su sexo, raza, clase, credo (hasta aquí no hay nada que objetar) o capacidad se agruparan para estudiar juntos.

Este largo debate no se desarrolló en el ámbito exclusivamente doméstico. La competencia internacional entre economías se extendió a las escuelas; cuanto esta verdad se convirtió en tópico la gente se interesó por las técnicas educativas del extranjero casi tanto como por sus técnicas de producción. Y muy en especial los socialistas. ¿Qué países, preguntaron retóricamente, tienen una productividad más alta? ¿No son precisamente los que tienen una enseñanza secundaria uniforme, o sea, Australia, Nueva Zelanda, Escocia, Suecia, Canadá y, sobre todo, Rusia y los Estados Unidos? ¿No es evidente, por tanto, que la batalla de la producción ha de ganarse en los campos de deporte de los colegios integrados? He aquí, con todo su habitual atractivo, el viejo y falaz argumento analógico.

Los socialistas ingleses tardaron en emplear a su favor el ejemplo norteamericano. Los Estados Unidos, pensaban, no pueden hacerse socialistas porque no tienen un movimiento socialista. Pero al final se dieron cuenta de que si el país norteamericano carecía de movimiento socialista era por una razón diferente, a saber, porque en lo fundamental ya era socialista. Una vez apercibidos de esto saludaron a los Estados Unidos como lo más parecido que había sobre la tierra a una sociedad sin clases ²³ y, habida cuenta de cuáles eran sus prejuicios, desfiguraron la verdad, afirmando que la causa de Este notable fenómeno era la enseñanza secundaria uniforme. De hecho casi todos los niños norteamericanos asistan, como por rutina, a los colegios integrados, antes de que muchas familias ricas empezaran a defender las escuelas privadas, que, como consecuencia, se desarrollaron en América en tanto que simultáneamente se contraían en Inglaterra. Es fácil comprender por qué el ala izquierda británica sentía tal simpatía por sus hermanos americanos. Las actitudes eran en el fondo idénticas. Los emigrantes sin medios de fortuna que dieron el tono a la sociedad americana se habían alzado contra los aires protectores del esnobismo europeo; parecida era la postura de los socialistas británicos, también en situación de inferioridad. Los norteamericanos, lejos de estimar el intelecto, lo despreciaban profundamente, pues en el fondo consideraban a sus eventuales reclamaciones como las más temibles de todas. De igual modo se comportaban muchos socialistas. Pero la característica peculiar de los americanos era que llevaban sus teorías a la práctica. En el continente del hombre corriente y en serie crearon escuelas comunes en que no se reconocía a ningún niño una superioridad sobre los demás. Cualesquiera que fuesen sus nombres, idiomas, razas o religiones, y cualesquiera que fuesen sus respectivos talentos, todos los niños recibían la misma educación en los mismos colegios. Pero los socialistas se negaron a reconocer las razones específicas del éxito americano y no quisieron entender por qué el árbol no se podía trasplantar. No se apercibieron de que en América las escuelas comunes, a diferencia de lo que sucedía en Europa, eran indispensables para preservar la nacionalidad norteamericana del caos del poliglotismo. Algunos norteamericanos inquietos no hacían sino responder una necesidad interna de su sociedad, mucho más imperativa que cuantas se pudieran sentir en Gran Bretaña, cuando afirmaban:

"Mantenemos que estas verdades son evidentes por sí mismas, que todos los hombres son creados iguales. ». todos reciben de su creador unos cuantos derechos inalienables, y que entre éstos figuran, los de la vida, la libertad, la consecución de la felicidad, y un título de segunda enseñanza"

24 25

La alabanza desmedida de los colegios comunes norteamericanos, indiscutible para nuestros profetas socialistas, no hizo sino afirmar la oposición de las personas que pensaban de verdad. La educación norteamericana se caracterizaba por su bajo nivel. Comparando edad por edad el muchacho inglés estaba siempre mejor instruido; nuestras escuelas de humanidades eran indudablemente superiores a los colegios americanos, y no hablemos de comparar nuestra Universidad de Manchester con la del Estado de Kansas, por ejemplo. ¿Qué podía esperarse cuando las escuelas no se empleaban como medios de educación, sino de nivelación social? Los izquierdistas no hicieron a su causa ningún favor llamando tanto la atención sobre el ejemplo norteamericano: este modelo era más bien una indicación de lo que no debíamos hacer.

Pero nuestros entusiastas socialistas todavía conservaban un triunfo en mano: la Unión Soviética. Durante muchos años las antipatías políticas fueron tan fuertes que decir que una institución cualquiera existía en la Unión Soviética bastaba para condenarla. Esta actitud mental empezó a cambiar al final de la década 1950-1960. Cuando se permitieron los viajes a la Unión Soviética los viajeros explicaban ²⁶ que también allí podían observarse los colegios e institutos comunes; y lo que es más importante, libres de algunos defectos de que adolecían los norteamericanos. Todos los niños y muchachos soviéticos asistían a las mismas "escuelas medias" desde los siete hasta los diecisiete años, sin elección y sin compartimientos estancos. Pero los rusos tenían buenos profesores, relativamente mejor pagados que los norteamericanos; los niños estaban más disciplinados, trabajaban más, y no tenían, como en América, una absurda opción para elegir entre múltiples temas de trabajo. Los niveles académicos eran mucho más elevados que en los "otros Estados Unidos". En 1957, cuando el primer Sputnik; un informe del Gobierno norteamericano reconoció que el adolescente ruso tenía mejor base que el americano en matemáticas, física y química, y también en humanidades. De todas formas los niveles

alcanzados no eran tan altos como en nuestras mejores escuelas de humanidades. El no querer separar al inteligente del negado significaba que no existía nada parecido al sexto grado que siempre ha constituido el orgullo de las escuelas más selectas de Inglaterra ²⁷.

Los socialistas de izquierda fueron lo bastante astutos para darse cuenta de la clase de propaganda que más les convenía hacer en una Inglaterra que por fin estaba apercibiéndose de su retraso económico. Alabaron a Rusia y a los Estados Unidos por su eficiencia y afirmaron que ésta se debía a su sistema de enseñanza secundaria. En realidad, la verdad era lo contrario: los Estados Unidos tanto del Este como del Oeste, podían permitirse el lujo de desperdiciar el talento humano y dárseles bien las cosas en la competencia internacional precisamente porque eran relativamente muy ricos en los demás recursos productivos. Muy parecidos en esto, como en tantas otras cosas, ambos países compensaron la falta de competencia y de lucha en las escuelas a base de intensificarla en el período posterior. Las universidades rusas sólo admitían a sus mejores candidatos después de un examen muy riguroso (que, de paso, mantenía elevado el nivel de la escuela media); los empresarios norteamericanos hicieron cuanto pudieron para remediar las deficiencias del sistema educativo y seleccionar a los mejores alumnos en su edad adulta. En Gran Bretaña la lucha se libraba en las escuelas; en los Estados Unidos, después. Pero los estudios sociales más profundos, referidos al período 1960-1970, mostraron a las claras que ni las universidades rusas ni los empresarios norteamericanos llegaban a superar completamente el handicap inicial de los colegios comunes. Ni siquiera el hombre genial podía recuperar más adelante los años desperdiciados durante su infancia, en que se le trataba como a una persona corriente. Los cerebros excepcionales requieren una enseñanza excepcional: los norteamericanos y los rusos no fueron capaces de ver esto. Obligaron a todos los niños a hacer tanto las cosas para las que no servían como aquellas para las que servían. Mostraron que todos los hombres, sin excepción, son negados para alguna actividad (hecho muy fácil de probar); pero no se detuvieron aquí, sino que ampliaron sus conclusiones hasta establecer que ningún hombre es genial en ninguna rama del pensamiento (afirmación falsa y además muy peligrosa). En nombre de la igualdad sacrificaron inconsideradamente los pocos a los muchos.

El debate prosiguió hasta los años ochenta, en que los socialistas se vieron de una vez reducidos al silencio por los hechos. En esta década todos nuestros conceptos modernos tuvieron que pasar la prueba del ácido de la productividad. Debido en parte a la energía atómica que liberó a nuestro país de su dependencia del carbón y del petróleo, y en parte a las ventajas económicas de la unificación europea; pero debido, sobre todo, al aprovechamiento científico del talento, nuestra pequeña Inglaterra empezó a elevar su productividad y a dejar atrás a los gigantes. La ley de educación de 1944 empezó a dar sus frutos y nuestro país ha seguido progresando desde entonces. Gran Bretaña, que había sido la adelantada de la revolución industrial del siglo XIX, encabezó ahora la revolución intelectual del siglo XX. El taller del mundo se convirtió en el colegio de humanidades del mundo.

2. Derrota de los agitadores.

Para nosotros el fracaso de los colegios comunes no requiere explicación. Hoy en día nos es difícil concebir una sociedad construida sin atender al mérito del individuo ni a las necesidades de la sociedad. Sin embargo, como estudiosos de la sociología histórica, debemos siempre tratar de considerar los sucesos del pasado no como nosotros los vemos, sino como la gente de la época los veía. Es preciso que pensemos, por así decirlo, con sus mentes, en las situaciones sociales con que ellos, y no nosotros, se vieron enfrentados. Si esto hacemos tenemos que reconocer que nuestras izquierdas socialistas tuvieron su oportunidad. El período 1960-1980 fue su momento histórico. El sistema de clases basado en la herencia del rango social y del dinero se estaba derrumbando rápidamente. La gente carecía de seguridad en los valores establecidos y llegaba hasta a dudar de que existiese esa cosa denominada progreso; y las personas, como ocurre siempre que no están seguras, eran excesivamente crédulas. Se les dijo que en una sociedad sin clases se sentirían de nuevo seguras y que el medio de conseguir esta sociedad ideal eran precisamente los colegios e institutos comunes. Si el motor del movimiento existente hubiera sido un idealismo de escasa concentración, sin duda todo se hubiera reducido a unas cuantas docenas de escuelas, de verano, sin ulterior daño. Pero, tal como se dieron las cosas, los dirigentes tuvieron seguidores. Los idealistas fueron apoyados por los descontentos, gentes que se consideraban perjudicadas por

los criterios selectivos practicados en los colegios, y eran lo suficientemente inteligentes para centrar su resentimiento en algún particular motivo de queja, como la segregación en la educación primaria, el examen a los once años cumplidos, las clases reducidas de los colegios de humanidades o cualquier otro. Fueron también apoyados por los padres cuyos hijos fueron consignados, justamente a los ojos de todos, injustamente en su opinión, a los colegios elementales, también llamados modernos; y por adultos fracasados, que trataban de cargar sobre la escuela las culpas de su propio fracaso y deseaban privar a los demás de las oportunidades que en el fondo sabían que ellos, y sólo ellos, habían dejado perderse. En conjunto, era una banda bastante heterogénea, pero como ocurre siempre que el idealismo intelectual se alía con el fracaso y el resentimiento, era en extremo temible. Ha llegado el momento, pues, de plantear la cuestión desde el contrario punto de vista, y preguntar: ¿Por qué, con tantos factores a su favor, el movimiento no consiguió triunfar?

He hablado en el capítulo precedente de los males derivados de la "manía aristocrática", o sea, de todas las imitaciones baratas de esa imagen de nobleza a que tanto culto dan las mentes populares. Gran Bretaña padeció intensamente de un esnobismo de castas tan arraigado en el carácter nacional que sólo una revolución social del alcance de la americana o de la rusa era capaz de extirparlo. Esta maldición nuestra fue lo que nos salvó. Tal paradoja ha de ser tenida en cuenta para comprender la historia social de nuestro país. En nuestra isla nunca dimos de lado a los valores aristocráticos por la sencilla razón de que nunca arrinconamos a la aristocracia. Esta hizo gala de una asombrosa flexibilidad que le permitió, como otras veces en siglos anteriores, acabar decepcionando a sus críticos, que esperaban su funeral. Sus instituciones, o sea, la monarquía, los lores, las antiguas universidades y los internados privados, se adaptaron lentamente, pero por eso mismo con mayor seguridad, a las cambiantes necesidades de una sociedad en evolución, la cual, por tanto, siguió siendo jerárquica en sus rasgos fundamentales. Los ingleses que no son extremistas nunca i un creído en la igualdad. Siempre han estado convencidos de que algunos hombres son mejores que otros y solo han pedido que se les aclare en qué aspecto. ¿igualdad. predicar por ahí? Pero si entonces no quedaría nadie quien admirar! La mayor parte de los ingleses aceptan, aunque sea en forma confusa, un concepto de la excelencia que forma parte, y se deriva, de su

larga tradición aristocrática. Esta es la razón por la que la campaña en pro de una enseñanza secundaria uniforme se vio abocada al fracaso. Así ha nacido nuestra sociedad moderna: a lo largo de una evolución imperceptible una aristocracia de nacimiento ha dado paso a una aristocracia del talento.

Todo dependía de que la reforma de la educación se hiciera a tiempo. En el siglo XIX se retrasó demasiado. Si la ley de educación de 1871 se hubiera anticipado en cincuenta años es posible que no hubiera habido cartismo; si la ley de 1902 hubiera coincidido con la Exposición Universal de 1851 no hubiera nacido quizá el Partido Laborista. Keir Hardie, con el título de sir, hubiera pasado de un colegio de humanidades al Consejo Nacional de Educación, y Arthur Henderson (que hubiera llegado a obispo) hubiera supervisado las finanzas de la comisión eclesiástica ²⁸. Los gobernantes sagaces saben que la mejor manera de derrotar a una oposición es ganarse a sus dirigentes; Inglaterra tardó demasiado en comprender que, en una sociedad industrial, la manera de poner en práctica este principio es seleccionar y educar a los muchachos más capaces de las clases inferiores mientras todavía son jóvenes. Pero los gobernantes acabaron por comprender esto; en un mundo de lucha no tenían más remedio. Ya por el último cuarto del siglo el extremismo laborista había sido prácticamente derrotado. Como los muchachos de más valía ya asistían a los colegios de humanidades sus padres acabaron por darse cuenta de que tanto el sistema educativo como el orden social en vigor eran los que ofrecían mayores posibilidades para sus hijos. Esto, como es natural, hizo que escucharan con indiferencia a los heraldos de los colegios comunes.

La oposición de los padres, de los profesores y de los mismos muchachos (o sea, de todo el sector social vinculado a los colegios de humanidades) fue la causa principal del fracaso de los colegios comunes. En realidad, éstos no se planearon como un género totalmente nuevo (cuando llegó el momento de descender a los detalles el modelo norteamericano no fue tenido en cuenta, afortunadamente). Los defensores del colegio común se daban perfecta cuenta de que algunos muchachos eran más brillantes que otros. Pero a la vez, y con un concepto equivocado de la igualdad, pretendían juntar con sus inferiores a los muchachos que alcanzaban el nivel necesario para los colegios de humanidades. Para que sus planes tuvieran éxito tenían que amalgamar los colegios de humanidades con los colegios elementales. Respecto a estos últimos no

había problema; la unificación sólo podía beneficiarles. En cambio, los colegios de humanidades nada tenían que ganar y sí mucho que perder. Este hecho innegable no dejó de preocupar incluso a aquellos comités laboristas de educación más decididos a seguir adelante (y eso que los había decididos a todo). Pero tropezaron con unos cuantos profesores de los colegios de humanidades que sabían que las aspiraciones laboristas eran sencillamente poco prácticas y consiguieron hacerlo ver; y, para gloria de nuestro país, esto, en general, ha sido siempre bastante para condenar al fracaso cualquier teoría. Uno de los directores del colegio de humanidades de Manchester, en fecha tan lejana como 1951, planteó la cuestión con tanta precisión como se hubiera hecho hoy mismo. El profesor Conant, de quien habla, era un profesor americano, por lo visto muy conocido en aquel tiempo (una prueba más de la intromisión norteamericana en nuestros asuntos internos).

"Cuando el profesor Conant aboga por un 'núcleo común de instrucción general, que dará una base cultural común a los que más adelante han de ser nuestros carpinteros, obreros, obispos, juristas, médicos, directores de ventas, profesores y mecánicos de garaje, está pidiendo un imposible. El abogar por esta cultura común supone, o bien una fe en exceso optimista en la educabilidad de la mayoría, en contradicción con los hechos, o bien una actitud conformista, dispuesta a sacrificar los niveles superiores de inteligencia y buen gusto; para acallar las incesantes peticiones de la mediocridad" ²⁹.

El resultado final tal vez hubiera sido diferente si la población del país hubiera estado creciendo rápidamente, como ocurría en los Estados Unidos cuando se estableció su régimen de colegios comunes; en efecto, tal vez entonces nuestras autoridades habrían dispuesto que en lo sucesivo los nuevos colegios no fueran de humanidades, sino unificados. Pero, dada la relativa estabilidad de nuestra población en aquella época, se construyeron pocos colegios de humanidades nuevos. En efecto, ¿de qué serviría tener muchos más si los existentes tenían un exceso de capacidad en relación con los muchachos realmente inteligentes que podían acoger? El resultado fue que los colegios comunes se levantaron casi exclusivamente en bastiones laboristas cuya población aumentaba rápidamente, en unos pocos sectores rurales que no podían permitirse el lujo de poseer todas las variedades de

colegios y en algunos lugares donde existía un colegio de humanidades de segundo orden, mal alojado, y que estaba dispuesto a consentir la fusión a cambio de recibir ayuda de las autoridades locales.

De estos colegios comunes hubo una pequeña ola en el período 1960-1970; y aunque el juicio de la Historia nos dice en la actualidad que debían considerarse como retrógrados lo cierto es que no eran tan peligrosos para el orden existente como hubieran deseado los socialistas.

En un sistema jerárquico como el nuestro todas las instituciones se han ajustado siempre al 'modelo de la institución inmediatamente superior, que generalmente, era la más antigua: así las nuevas profesiones han imitado a las antiguas; las universidades modernas, a las de existencia secular, y los colegios comunes, a los de humanidades. Los que planearon los colegios comunes estaban (felizmente para la posteridad) aterrorizados por las críticas que llovían sobre ellos desde los colegios de humanidades, e hicieron cuanto estuvo en su mano. para probar que tales críticas carecían de fundamento. Tomaron viejos principios e informaron con ellos a las nuevas estructuras; de tal modo que el plan de estudios por ellos elaborado no era tanto un plan de colegio unificado como un plan, en miniatura, de colegio de humanidades. En realidad, su forma de trabajar fue poner en marcha un auténtico colegio de humanidades, al que posteriormente se le agregaban nuevos detalles y añadidos. Así, por ejemplo, en muchos casos estaban dispuestos a establecer un sexto grado de estudios, del estilo habitual en los colegios de humanidades, y a este efecto levantaban colegios mucho más grandes de lo que en otro caso hubiera sido necesario (algunos de los primeros colegios comunes eran verdaderas ciudades de muchachos, con más de dos mil alumnos). Los intereses de los muchachos inteligentes venían en primer lugar, o al menos no quedaban olvidados.

Es evidente que hubiera sido equivocado agrupar en una misma clase los alumnos destacados con los negados, porque ello hubiera obligado a aquéllos a caminar al. paso de éstos. De hecho los colegios comunes continuaron practicando la segregación de inteligencias que había sido el mérito principal de nuestro sistema educativo. Los mu. chachos más inteligentes, en lo fundamental, siguieron recibiendo una educación superior, no muy por bajo de la que hubieran recibido en un colegio de humanidades. Es. lo se desprende con claridad de los informes de algunos

testigos que vieron actuar a los primeros colegios comunes que se crearon. Un informe de la década 1950-1960, debido a cierto Mr. Pedley, dice así:

"... con la apertura, en septiembre de 1953, de un nuevo colegio en Llangefni la isla de Anglesey completó el número preciso de colegios comunes y pudo abandonar el examen selectivo. Pero uno de los primeros pasos de los directores de los dos colegios comunes que he visitado ha sido establecer pruebas internas para los alumnos recién llegados; y sobre la base del resultado de estas pruebas, y de los expedientes de las escuelas primarias, dividir a los alumnos con arreglo a su capacidad. Y esta manera de proceder no ha sido exclusiva de Anglesey y de la isla de Man. Los cinco colegios comunes 'transitorios' que he visitado en Londres, y otros en Middlesex y Walsall, se valían de una prueba externa para clasificar los alumnos que iban llegando" ³⁰.

Pero ni siquiera estas divisiones internas de los colegios comunes, que aseguraban para los alumnos mejor dotados unos estudios semejantes a los de los colegios de humanidades, fueron bastante para convencer a los padres de hijos inteligentes y lograr su favor. Si se les daba opción los padres siempre elegían el colegio de humanidades propiamente dicho, en vez de su imitación, que les parecía menos "venerable". A largo plazo la ambición familiar siempre daba al traste con los planes mejor trazados de los reformadores igualitarios.

3. Un tipo híbrido: los colegios de Leicester.

Cuando fue ya evidente que los nuevos colegios no respondían a las esperanzas depositadas en ellos por sus defensores un grupo dentro del movimiento socialista cambió de táctica y presentó una petición nueva. Las escuelas primarias, dijeron, eran en aquella época escuelas comunes para todos los niños, cualquiera que fuese su capacidad. Entonces, ¿por qué no prolongar su actuación, de forma que asistieran a ellas todos los muchachos hasta los catorce o quince años, en vez de hasta los once, como se venía haciendo? Los colegios norteamericanos habían sido, al principio, una especie de proyección de la escuela elemental; ¿por qué no se hacía algo parecido en Gran Bretaña? Todos los niños, a los once años, irían a un colegio elemental y sólo más adelante a un colegio de humanidades.

Esta propuesta tenía varias ventajas ³¹. Políticamente era mucho más aceptable, porque no parecía recomendar un cambio radical, y como ya he

dicho, la mejor manera de realizar algo nuevo en Inglaterra es negar su novedad.

Con este sistema el colegio común era una mera proyección de la escuela primaria común y no una creación totalmente original; además, se conservaban los colegios de humanidades. Por otra parte, esta reforma hubiera suprimido, o al menos aplazado, la selección para los colegios de humanidades, evitando así las tensiones, tan a menudo criticadas, que el examen selectivo de los once años cumplidos originaba en los padres y en los niños (incluyendo a los que no tenían intención de seguir asistiendo a la escuela después de la edad mínima).

De hecho un experimento de este tipo fue realizado por el consejo del condado de Leicester³² y muchas variaciones del mismo fueron puestas en práctica más adelante por otras autoridades educativas. ¿Por qué este movimiento no obtuvo un completo éxito? Las razones son también en este caso muy interesantes. Las reformas educativas del último siglo se aplicaron a una sociedad clasista, a la que pretendían modificar, y por ello la condición esencial de su supervivencia era que facilitasen el acceso del muchacho Inteligente, nacido en las clases inferiores, a la clase superior, a la que tenía derecho por su capacidad.

Ahora bien, los colegios ingleses también tengan una función social muy importante, aunque diferente de la de los colegios americanos. La escala educativa era a la vez una escala social: el muchacho sucio y mal educado que empezaba desde el último escalón, a los cinco años, tenía que ser transformado, paso a paso, en un muchacho más presentable, más educado y más confiado en sí mismo, además de más instruido. Tenía que adquirir un nuevo acento (en nuestro país la característica de clase más decisiva) y esto es imposible para cualquier hombre, por grande que sea su voluntad, a no ser que empiece joven. Sólo en estas condiciones un muchacho podía, una vez llegado al término de la escala, resistir la comparación con otros que habían arrancado desde un nivel mucho más elevado. La escala social era muy larga, porque entre los estilos de vida de las clases alta y baja mediaba un verdadero abismo, y como consecuencia, los niños que prometían habían de empezar a subir a través de la escuela lo más pronto posible. Aplazar la asimilación social hasta los once años ya era excesivo. Pero si los muchachos destacados de las clases bajas no hubieran podido hasta los dieciséis años pasar al ambiente, más estimulante, de los

colegios de humanidades algunos no hubieran ya podido superar el handicap de sus orígenes. En una palabra, la escuela hubiera dejado de cumplir una de sus misiones fundamentales en un sistema progresivo de clases, al no la escala social.

La segunda razón para que fuera rechazada la selección a los quince años fue que, como vieron muy bien educadores, los muchachos de valor habían de ser tomados muy jóvenes si se deseaba que alcanzaran, cuando fueran adultos, los altos niveles para los que estaban capacitados; y, dada la creciente complejidad de la ciencia y de la técnica (por no aludir más que a ellas), estos altos niveles eran ciertamente muy elevados. Los científicos realizan a menudo su mejor trabajo antes de cumplir los treinta años, y por ello necesitan empezar a recibir, cuanto más jóvenes mejor, una educación intensiva, de una categoría que muy pocos norteamericanos pudieron conseguir, desde que empezaron a ponerse de moda sus colegios comunes (y a pasar de moda Benjamin Franklin) ³³. Si el comienzo del trabajo serio fuese diferido hasta los dieciséis años y, mientras tanto, estos muchachos destacados recibiesen su instrucción en un colegio común, que por fuerza había de tener un profesorado inferior al de los colegios de humanidades, es probable que no podrían terminar su formación a tiempo de sacar partido de los pocos años verdaderamente fecundos que les concede la Naturaleza.

A los colegios de humanidades se debió en gran parte el renombre. que en el terreno de la ciencia pura había adquirido Gran Bretaña ya antes del reinado de Isabel II. Lord. Cholmondeley ha demostrado que, ciñéndose al último siglo, el número de descubrimientos fundamentales realizados en nuestro país fue, en proporción a las respectivas cifras de población, 2,3 veces mayor que en Alemania, 4,3 veces mayor que en los Estados Unidos y 5,1 veces mayor que en la Unión Soviética. ¿Se hubiera podido explicar la radiación cósmica sin nuestro Simon? ¿Hubiera sido posible la exploración estelar sin Bird? ¿De no ser por Piper, nuestros condados del Suroeste hubieran sido recubiertos de cemento y reservados para automóviles? ¿Se hubieran podido transportar criaturas a la velocidad de 102 machios si no hubiera existido Percy? Y no se puede negar que, de no haber sido por los colegios de humanidades, acaso todos estos grandes hombres hubieran sido vendedores de tienda o mecánicos. Es una lástima que hasta el final del pasado siglo la tecnología en Gran Bretaña no haya estado a la altura de la ciencia pura. Sin embargo, podemos estar orgullosos de lo con. seguido, y

estar a la vez seguros de que estos éxitos se hubieran malogrado completamente, sacrificados a "las incesantes exigencias de la mediocridad", si la "ineducación común" se hubiera prolongado hasta la adolescencia.

4. Resumen.

Antes de que el sistema escolar evolucionara hasta convertirse en el moderno sistema que se describe en el capítulo siguiente hubo que hacer frente a la amenaza izquierdista. Los socialistas deseaban que todos los niños fueran educados, al igual que en Rusia y los Estados Unidos, sin consideración a su capacidad; y durante algún tiempo gozaron del apoyo popular suficiente para transformar lo que hubiera debido ser exclusivamente un problema educativo, en una cuestión política fundamental.

Pero tenían forzosamente que fracasar. Para alcanzar el éxito en el terreno estrictamente educativo necesitaban una revolución social para derrocar la jerarquía y los valores establecidos. Pero las masas permanecieron indiferentes y sus posibles líderes se preocuparon mayormente de su propio y personal éxito. Los socialistas no tenían posibilidades de triunfar. Perduraron los colegios de humanidades. Desaparecieron los colegios comunes. Ni siquiera el híbrido de Leicester alcanzó viabilidad. Los vándalos fueron vencidos y la ciudad siguió en pie.

CAPÍTULO TERCERO

Orígenes de la educación moderna

1. La reforma fundamental.

Una vez que la opinión general, hasta en el Partido Laborista, se volvió hostil a los colegios comunes fue ya posible concentrarse en torno a la reforma fundamental, o sea, una mejora a fondo de los colegios de humanidades. Antes que nada necesitaban más dinero, con destino a sus mejores escolares y con destino a los profesores.

La guerra de Hitler modificó la composición social de estos colegios. El pleno empleo y los salarios elevados fomentando mayores aspiraciones, hicieron qué las familias de la clase baja adquirieran los medios, y por ende, el deseo, de proporcionar mejor educación a sus hijos; y la ley de 1944 ³⁴ dio facilidades haciendo gratuita la enseñanza secundaria. Las consecuencias fueron espectaculares. En los años treinta sólo una minoría de los muchachos más destacados de la clase pobre recibían algo más que la educación más elemental; veinte años después prácticamente todos los muchachos inteligentes recibían una instrucción adecuada. Un estudio sociológico del período 1950-1960 pudo informar que "en muchos lugares del país, si no en su totalidad, las posibilidades que los muchachos que alcanzan un determinado nivel de capacidad tienen de ingresar en los colegios de humanidades ya no dependen de sus orígenes sociales" ³⁵.

Sin embargo, aun entonces, a estos muchachos destacados y pobres les resultaba mucho más sencillo ingresar en los colegios de humanidades que permanecer en ellos.

Para esto último la prosperidad existente era un fuerte *handicap*. Incluso en contra de los deseos de sus padres, a muchos alumnos los elevados salarios en vigor les tentaban para que abandonasen pronto el colegio y multitud de ellos lo hacían al alcanzar la edad mínima ³⁶. El aumento de la prosperidad no creó el problema, pero agudizó considerablemente el que ya existía. Los niños maduraban físicamente cada vez más pronto. El constante acortamiento de la infancia, en el sentido biológico y social y a la vez la continua dilatación de la infancia en un sentido educativo, plantearon un dilema que sólo se resolvió, a la larga, a base de tratar a los alumnos de los colegios de humanidades como si fueran adultos.

Las clases superiores consideraban como indiscutible que sus hijos debían recibir una educación más elevada; la dificultad no consistía tanto en conseguir que los muchachos destacados asistieran al colegio como en cerrar el acceso de la escuela a los negados y lograr que se dedicaran a los trabajos manuales para los que estaban capacitados. En las clases inferiores la situación era la opuesta. Cuanto más elevados eran los salarios que los hijos de los trabajadores podían ganar al pie de una máquina más aversión sentían hacia el pupitre de la escuela. No hay edad más preocupada por el dinero que la adolescencia.

El remedio era evidente: el Estado tenía que evitar que los muchachos destacados sufrieran por su misma inteligencia, dándoles, a ellos y a sus padres, un trato de favor dentro de las clases bajas. El primer paso fue aumentar considerablemente las ayudas de sostenimiento destinadas a los alumnos de los colegios de humanidades que terminaban sus estudios; más adelante estas ayudas se graduaron en proporción a la inteligencia. Pero esto no era suficiente. Las encuestas demostraron que algunos padres irresponsables empleaban estas ayudas para sus propios fines en vez de gastarlas en beneficio de sus hijos que era a quien iban destinadas. Era evidente (hasta para un ministro de Educación) que lo que había que hacer era pagar un "salario escolar" directamente a los alumnos de los colegios de humanidades. Al principio este salario era igual a la media de los salarios ganados en la industria por los trabajadores más jóvenes; pero más adelante se constituyó el Sindicato Nacional de Asistentes a los Colegios de Humanidades, que atacó, con razón, la injusticia que representaba esta equiparación, puesto que la capacidad del trabajador era normalmente mucho más baja que la del alumno. En 1972 el Gobierno aprobó una escala móvil de salarios escolares a base de elevarlos en un 60 por 100 sobre los salarios industriales. Después de esta medida muy pocos muchachos abandonaron prematuramente los colegios de humanidades por razones económicas. Hoy en día nos resultaría inverosímil un colegio de humanidades sin el día semanal de paga.

Las universidades pagaban salarios a los estudiantes (en forma de becas) mucho antes que los colegios de humanidades pero, por otro lado, conservaron durante bastante tiempo algunos anacronismos peculiares. Las familias pobres estaban en desventaja en los colegios de humanidades; por el contrario, las familias ricas lo estaban en las universidades. En el período

1950-1960 muchos jóvenes inteligentes, hijos de padres de alguna fortuna, se vieron privados de ayudas oficiales porque se suponía, erróneamente, que los padres tenían bastante dinero para costear los estudios de sus hijos. con el resultado absurdo de que algunos de éstos nunca pudieron acudir a la universidad (sin duda, el mayor ejemplo posible de los excesos de la tendencia igualitaria en su edad de oro). También se daba el caso de becas "cerradas", como, por ejemplo, las que se concedían a algunos alumnos de determinados internados privados para ingresar, con carácter exclusivo, en determinados colegios mayores (por lo demás, justamente acreditados) de Oxford y Cambridge; además, hacia la mitad del pasado siglo todavía se daba el caso, en los colegios de King's y Balliol, de otorgar algún grado de preferencia a alumnos cuyos padres habían asistido en su tiempo a los mencionados colegios. Estas bárbaras costumbres llegaban a defenderse en público por ciertos rectores de colegio chapados a la antigua, que opinaban que era mejor, desde el punto de vista educativo (así como suena), mezclar a los alumnos inteligentes con los torpes. Pero estos rectores habían perdido el contacto con la actualidad (una vez más): el mundo moderno sólo pedía al hombre de talento que se mezclara con el negado cuando aquél era destinado a realizar un trabajo de investigación social entre las clases bajas. Cuando los "ultras" desaparecieron las universidades se adaptaron a las líneas generales de la política nacional y seleccionaron a sus candidatos exclusivamente con arreglo al mérito, que se determinaba en el aula de examen por medio de los tests más adecuados. Allá por el año 1972 los muchachos de los internados privados, si querían ingresar en alguna universidad, debían competir, de igual a igual, con los alumnos del colegio de humanidades de Bradford, o bien ser admitidos, como "gringos", en alguna universidad sudamericana. Pero pocos aceptaron, de buen grado, incurrir en semejante estigma.

2. Mayores salarios para los profesores.

El salario escolar y la generalización de las becas universitarias fueron el producto de un cambio de la actitud del Estado en materia de educación, debido a su vez a la idea, cada vez más admitida, de que la inversión en "capital cerebral" es la mejor forma de inversión. Pero los políticos siempre pretendían lo imposible, o sea, unos resultados rápidos que la educación no puede nunca producir. Se preocuparon en exceso de los escalones

superiores del sistema educativo en vez de construir sólidamente desde la base. Estaban tan dispuesto a gastar en la universidad como reacios a volcar fondos sobre la escuela primaria. Los políticos no querían darse cuenta de que los monitores de la escuela primaria eran los futuros dirigentes del país. Enfrentados con una escasez de ingenieros los Gobiernos decidieron que había que gastar más en las escuelas técnicas. Idéntica fue su postura ante una escasez de científicos, o de tecnólogos. Todo esto era inútil. En efecto, si el Gobierno conseguía atraer más jóvenes inteligentes hacia la ingeniería quedaban menos para dedicarse a la ciencia. Más candidatos para la administración pública o los laboratorios equivalía a menos candidatos para la industria o la enseñanza. La doctrina igualitaria de que cualquier hombre, debidamente formado, puede sustituir a cualquier otro estaba tan arraigada que nuestros antepasados tardaron bastante en darse perfecta cuenta de un simple hecho: que todas las profesiones estaban compitiendo entre sí por una oferta limitada de inteligencia. No fue hasta bien avanzada la segunda mitad del siglo cuando la escasez nacional de inteligencia fue algo evidente para todos los que la tengan. El Gobierno aprendió por fin que la única manera posible de tener más y mejores ingenieros, más y mejores físicos, más y mejores funcionarios públicos, simultáneamente, y dentro de los límites marcados por la Naturaleza, era empezar con los niños de tres años, asegurarse de que desde esta edad los adelante ninguna capacidad se escapaba a través de las mallas de la red y, sobre todo, cuidar de que los futuros físicos, psicólogos y demás representantes de la élite se beneficiaran, sin interrupción, de la mejor enseñanza posible.

Menor importancia tenía la cuestión de los deficientes, inadaptados y delincuentes, en los que Inglaterra (como un signo de los tiempos) gastaba más que en los inteligentes y brillantes. Menor era también la importancia de los colegios elementales de segunda enseñanza. En un mundo ideal, sin el inconveniente de la escasez de recursos, se podrían gastar grandes sumas también con destino a los infortunados. Pero ni el mundo de entonces era un mundo ideal, ni ha existido nunca tal mundo, ni existirá.

Había que determinar las prioridades y no cabía la menor duda de cuál iba a ser la decisión final. Lo que requería atención preferente eran las escuelas primarias, en que se llevaba a cabo la división entre los dotados y los negados; y sobre todo, los colegios de humanidades, en que a los

dotados se les daba lo que les correspondía. Estas escuelas y estos colegios tenían que recibir una ayuda estatal más generosa. Y así ocurrió, finalmente.

Desde el momento en que sir Anthony Crosland se convenció de que la batalla por la supervivencia nacional tendría que ganarse, o perderse, en los grupos A de la escuela primaria, en todos los años que median entre el cuarto de juegos hasta el colegio de humanidades, el dinero empezó a fluir. Los gastos de educación eran sólo el 2,7 por 100 del producto nacional bruto en 1953 ³⁷; en 1963, el 3,9 por 100; en 1982, después de "los diez años maravillosos", el 6,1 por 100. Gran parte del aumento fue a los profesores. Para aumentar su número (era todavía corriente, en aquellos años sombríos de mediado de siglo, que un solo profesor tuviera en su clase a una turba de cuarenta niños; con lo que ese profesor, o profesora, tenía que adquirir la talla de un Joseph Lancaster) ³⁸ y también, para mejores profesores. Tan por debajo de los salarios industriales quedaban los honorarios de los profesores que allá por los años sesenta algunos colegios de humanidades no tenían un solo profesor de física. ¡Y esto en una época en que la Autoridad de Energía Atómica clamaba pidiendo más físicos! Muchos de los altos funcionarios del Ministerio de Educación y del Tesoro, a pesar de haber leído a Platón, parecían haber olvidado que sólo a los guardianes mismos podía confiárseles la alta misión de instruir a los futuros guardianes. Si los profesores eran de segunda clase, de segunda clase también tenía que ser la élite: la meritocracia nunca puede ser más que sus maestros. Las cosas fueron mejorando hasta que por fin los profesores alcanzaron su ideal, o sea, que se les tuviese una estimación superior. Una de las medidas más sagaces de los "diez años maravillosos" fue igualar los salarios de los profesores de ciencias a los percibidos por los investigadores, y, asimismo, los salarios de los profesores de humanidades, a los que se pagaban a sus colegas científicos. Los colegios de primera clase podían entonces atraer buenos científicos como profesores de ciencias; y, desde luego, reclutaban lo mejor de lo mejor, entre las otras clases de maestros.

La lógica del sistema puede aclararse cumplidamente con el siguiente cuadro:

*Distribución de inteligencia entre las diferentes
clases de colegios (1989)*

CLASE DE COLEGIO	Cociente intelectual de los alumnos	Número de alumnos por profesor	Cociente intelectual de los maestros
Escuelas para infradotados	50-80	25	100-105
Colegios elementales (modernos)	81-115	20	105-110
Colegios de humanidades	116-180	10	135-180
Internados de humanidades	125-180	8	135-180

3. Escuelas de humanidades en régimen de internado.

El movimiento en pro de los colegios comunes no se limitó a poner en peligro los niveles alcanzados en los colegios de humanidades. Si hubiera tenido éxito habría ocasionado un aplazamiento indefinido de la reforma, absolutamente vital, de los internados privados. En la creencia de que sus hijos sólo podían obtener una enseñanza de segundo orden en los colegios estatales los padres pudientes no se hubieran privado de recurrir a la educación privada, pagando lo que fuera necesario, y la igualdad de oportunidades habría quedado en simple proyecto.

La decadencia del internado privado fue profetizada por muchos entre 1939 y 1945. Se temía que el empobrecimiento de las clases medias les impediría pagar las tarifas, y algunos de los más ardientes defensores de los internados privados se volvieron al Estado para que evitara la catástrofe. Los internados privados no sólo estaban dispuestos a aceptar una determinada proporción de alumnos sin medios económicos, sino que, además, disputaban al Estado el privilegio de pagar ellos mismos las tarifas³⁹. Pero el futuro no fue como se había previsto (rara vez suele serlo). La clase media resultó tan resistente como siempre lo había sido; sobrevivió bajo los impuestos y precios elevados, y siguió enviando a sus hijos a las

escuelas viejas y venerables de siempre. Allá por el año 1955, de las familias con más de 1.000 libras por año (una suma bastante mísera con arreglo a los criterios modernos), diecinueve de cada veinte enviaban a sus hijos a las escuelas privadas ⁴⁰. Conviene resaltar, de paso, que entre estas personas se contaban muchos socialistas. Como dijo sir Hartley Shawcross ⁴¹ en 1956:

"No conozco un solo miembro del Partido Laborista que, teniendo los medios económicos, y por grande que sea el sacrificio, no envíe a sus hijos a un internado privado, y no por esnobismo o para perpetuar la división de clases, sino simplemente para dar a sus hijos lo mejor"

Los alumnos de los internados privados sumaban alrededor de una cuarta parte del sexto grado de todas las clases de colegios, tanto estatales como privados. Como pagaban más, en conjunto disfrutaban de mejor enseñanza que sus compañeros de los colegios estatales. A juzgar por novelas y autobiografías, encierra alguna verdad el dicho de que en los internados privados se enseñaba al alumno a transformarse en un muchacho; pero, al menos, sería un muchacho instruido y bien educado, y por ello más apto para ocupar su sitio en una sociedad compleja que un hombre mal formado. No había ningún perjuicio en el hecho de que los internados privados diesen una educación superior, sino todo lo contrario; el error estaba en que los seleccionados lo fuesen por criterios ajenos al mérito individual. Muchas veces eran elegidos por las cuentas bancarias de los padres. Sin rubor alguno heredaban su educación, y con ella el estatuto paterno, en una sociedad a la que, ante todo, debían haber servido.

¿Cómo podía abolirse semejante nepotismo? Fue un largo y penoso problema, quizá sólo comparable a la cruzada en pro de la supresión de la esclavitud, emprendida en el siglo precedente; finalmente, sólo se alcanzó el éxito porque la energía que al principio se había consagra-

do a la defensa de los colegios comunes se desvió y aplicó a estos fines, más constructivos. Año tras año, pero especialmente en 1958, las declaraciones del Partido Laborista insistían en que "el partido no debe seguir vacilando en atacar la principal causa de desigualdad social y de división clasista en nuestra sociedad, a saber, los internados privados". Sin embargo, seguían vacilando, a pesar de que los mismos dirigentes laboristas eran "culpables" miembros de los internados privados. El cierre o la nacionalización de éstos no serían medidas prácticas; porque, a no ser que

se hubiera prohibido a los padres gastar dinero en pro de los hijos (interferencia en el orden familiar demasiado grave para ser políticamente viable), se hubiera acabado creando un "mercado negro es. colar". Una vez cerrado Eton se hubiera abierto otro Eton subrepticamente. Frente a los padres había que combinar la energía con el apaciguamiento. La declaración laborista de 1958, Aprendiendo a vivir, demostró mayor sagacidad y visión del futuro cuando dijo que:

"el Partido Laborista concluye que en la actualidad ningún plan para nacionalizar o 'democratizar' los internados privados parece reunir las condiciones necesarias para justificar las grandes sumas que sería preciso dedicarle. Más adelante, cuando las escuelas estatales mejoren su calidad, y por ende, disminuya el prestigio de los internados privados, y cuando sobrevengan sustanciales cambios en la opinión pública y en la distribución de la riqueza, será posible plantear de nuevo el problema, en forma diferente"

El triunfo final fue debido a un ingenioso "movimiento de envolvimiento". La investigación mostró que la mayor parte de las tarifas de los internados privados se pagaban del capital. Las clases superiores, por temor a los derechos reales, dejaron en gran parte de transmitirse las fortunas de generación en generación por medio de la sucesión hereditaria. La práctica corriente era que las personas, en vida, transfirieran sus bienes no tanto a sus hijos como a sus nietos, para que pudieran beneficiarse de una educación selecta. Los derechos reales por causa de herencia no podían evitar esta "evasión hacia la ter. cera generación"; todo lo contrario, constituían un estímulo para ella, y tuvieron, por tanto, que completarse con una serie de levas de capital. El sexto Gobierno laborista. con Hughes y Crosland trabajando en equipo al frente de dos Ministerios clave, inició una gran leva de capital. y desde entonces en adelante el impuesto sobre los incrementos de capital limitó la adquisición de nuevas fortunas. Los internados privados acusaron inmediatamente el golpe. El efecto de estas levas fue en parte contrarrestado por la creciente desigualdad de las rentas "ganadas". pero no en medida suficiente como para anularlo totalmente. La situación de los internados privados en 1970 era ciertamente más delicada que veinte años antes.

Todavía más efectiva que las levas de capital fue la lenta mejora experimentada por los niveles de los colegios de humanidades. Como ya he dicho, todo acababa reduciéndose a una cuestión de libras, chelines y peniques.

¿Por qué Rugby era superior al colegio de humanidades de Walsall? Muy sencillo, porque Rugby gastaba mucho más por alumno y, por consiguiente, podía conseguir más y mejores maestros. Cuando las sumas gastadas en Walsall se multiplicaron (una parte de lo recaudado en las levas de capital se destinó a la creación de nuevos laboratorios y otras dependencias de los colegios de humanidades) la calidad del colegio mejoró hasta hacerlo casi irreconocible. En resumen, el Estado fue reduciendo los gastos realizados en los internados privados e incrementando los realizados en sus propios colegios, con lo que a largo plazo tenía que alcanzar la victoria. Las familias asediaron el colegio de Walsall y no el de Rugby, como antes. Allí los muchachos tenían que competir en igualdad de condiciones con todos los demás, siendo elegidos finalmente sólo los mejores. Los que no alcanzaban el nivel de inteligencia requerido para el ingreso en Wal. sall tenían que ir a Rugby, que no pudo mantenerse como un colegio de primera clase, puesto que sus alumnos eran de segundo orden. La lucha de prestigio entablada entre los internados privados y los colegios de humanidades se fue resolviendo gradualmente en favor de los segundos.

Los colegios privados no tuvieron que ser suprimidos; los mejores de ellos se suprimieron a sí mismos. Los más capaces de sus directores empezaron a preocuparse de lo escasamente dotados que iban siendo sus alumnos y a medida que este fenómeno se acentuaba, y que el Tesoro iba abriendo más la mano, resolvieron sus problemas negociando con el Estado su inclusión en la relación de "colegios de humanidades en régimen de internado y subvencionados por el Estado", como fueron pomposamente determinados en lenguaje oficial. Para conseguir este ventajoso estatuto tenían que reclutar más de la mitad de sus alumnos entre los seleccionados por las autoridades locales en las escuelas primarias por el procedimiento corriente. Eton, en 1972, redujo la edad de ingreso a once años y se comprometió a que un 80 por 100 por lo menos de su cifra total de alumnos proviniera de las escuelas estatales, porcentaje aumentado hasta el 100 por 100 en 1991. Del mismo modo procedieron otros internados privados.

A no ser que los inspectores de Su Majestad otorgaran al internado un certificado de aptitud, que sólo se concedía si los niveles académicos alcanzados eran por menos tan altos como en los colegios de humanidades de externos, no podía ser incluido en la relación. Los inter. nados privados más conocidos (de hecho casi todos los que estaban asociados con la llamada Conferencia de Di. rectores) fueron admitidos a su debido tiempo, y abiertos a ciertos muchachos bien dotados que necesitaban una educación en régimen de internado, por una u otra razón (porque eran huérfanos o porque sus padres se mudaban de casa frecuentemente, o porque vivían en el campo demasiado alejados de los colegios de humanidades ordinarios). Otros colegios privados, la mayoría, fueron abandonados a su suerte. Como no asistían a ellos cerebros de primer orden al Estado no le importaba mucho lo que sucedía en sus aulas (siempre, naturalmente, que alcanzaran los niveles mínimos de higiene y de eficiencia en la enseñanza de oficios manuales o mecánicos, exigidos por el Estado para los colegios elementales, a los que la masa de los niños corrientes eran enviados). Por supuesto que, cuando los colegios privados quedaron reservados para los muchachos más mediocres ya no representó una distinción social el acudir a ellos y los padres se negaron a seguir dilapidando su dinero en los mismos. Esta, claro, era la opinión común, aunque no la de los "antropósofos", reformadores de la dieta, y anarquistas de la última hora, que siguieron tercamente afe. rrados a sus propios principios en materia educativa.

La integración de los dos tipos de colegios de humanidades fue de beneficiosas consecuencias para el contenido de los planes de enseñanza. Los colegios externos gozaban de justo renombre por su dedicación preferente a las ciencias; los mejores de ellos no se limitaban a impartir conocimientos intensos y especializados en una rama científica particular, sino que (lo que es más importante) inculcaban en los discípulos la auténtica actitud científica, rigurosa, curiosa, especulativa y escéptica; como también esa humildad ante la Naturaleza, que no ante el Hombre, y ese "desasimiento. apasionado", que constituyen la postura moderna ante la vida. Los colegios privados, menos a sus anchas en el mundo de la industria, de la tecnología y de la ciencia, prestaban demasiada atención a Atenas y demasiado poca al átomo.

Hasta los años sesenta, en el examen de ingreso en los internados privados se incluía el latín! (Y, en cambio, nada absolutamente de ciencia.)

La educación clásica recibida por las clases sociales hereditarias en Gran Bretaña contribuía no poco a su actitud pasiva. Las conducía a sobrevalorar el pasado, tanto el de Roma y Atenas como el de su propia historia. Creaba, además, la idea de la ineludible decadencia del Imperio británico (que tenía que seguir el precedente romano). La meritocracia sustituyó a Gibbon por Galton ⁴², y una vez que los maestros y las ideas se intercambiaron libremente los colegios de humanidades persuadieron a los primitivos inter-

nados privados de que debían adaptarse mejor a la era científica. Algunos internados asimilaron tan rápidamente la enseñanza que de hecho Eton fue el primer colegio que instaló un ciclotrón, y Christ's Hospital el primero en enviar un grupo de muchachos a la Luna.

La fusión no benefició exclusivamente a los internados. Estos admitían abiertamente que su principal objetivo era la formación de las clases rectoras del país; objetivo que monopolizaron hasta que guerreros y administradores acabaron por ceder el puesto a los hombres de ciencia y a los técnicos. Después de la integración los colegios de humanidades pasaron a cultivar aquella parte de la tradición que conservaba su valor y pudieron así desempeñar con mayor seguridad su misión fundamental de formación de las élites. Los internados privados habían conseguido liberar a los muchachos de la estrecha dependencia familiar sustituyendo la lealtad a la propia sangre por otros tipos de lealtad de más amplio ámbito. Los colegios de humanidades tenían una mayor necesidad de hacer esto mismo, puesto que muchos de sus discípulos provenían de hogares de menor cultura; en consecuencia, echaron mano de algunos de los procedimientos empleados por aquéllos. Algunos informes de testigos oculares confirman lo útil que fue el desarrollo del régimen de internado, como también las reuniones periódicas en los laboratorios para fomentar el espíritu científico, y los clubs vespertinos y de fin de semana para hobbies científicos y de otros tipos. Estos clubs han adquirido tal auge que los muchachos ya no necesitan ir a pasar el tiempo libre con su familia. Sus hogares se han convertido en hoteles, con gran beneficio para los propios niños.

4. Progreso de los tests de inteligencia.

La condición del éxito de todas estas reformas era que aumentara continuamente la eficiencia de los métodos de selección. Hubiera sido de todo punto infructuoso crear colegios de categoría superior si a la vez no se

ideaban medios adecuados para seleccionar los que debían acudir a ellos. Pero, naturalmente, no siempre se alcanza el mismo ritmo de progreso en cada una de varias tareas complementarias. En general, la reserva de los colegios de humanidades para los más capaces se llevó a cabo con más facilidad que la selección de los alumnos. Pero una vez que fue unánimemente admitido aquel principio se ejerció una presión muy fuerte sobre los psicólogos de la educación para que mejoraran sus métodos. Y los psicólogos respondieron. Una vez más la necesidad desempeñó su papel acostumbrado.

Después de 1944 aumentó considerablemente la demanda de plazas en los colegios de humanidades, sin que se produjera un aumento correlativo en la oferta. La competencia era muy fuerte: ¿Cómo hacer para designar a los vencedores? La utilidad de los tests de inteligencia para la selección del personal de las fuerzas armadas había quedado plenamente demostrada durante la guerra, por lo que era lógica la adopción de métodos similares en tiempo de paz, lo que además resultaba mucho más fácil en una sociedad estratificada, preparada por sus hábitos mentales a reconocer una jerarquía de valores en cuanto le fuera propuesta. Los resultados fueron muy notables: ya en 1950, sólo unos pocos años después de la ley de educación, la mayor parte de los niños de nuestro país se sometían a estos tests antes de abandonar la escuela primaria, y, a pesar de que también se usaba el método más primitivo de los exámenes, un alto cociente intelectual quedó definitivamente afirmado como el principal requisito para el ingreso en la élite. La psicología de la educación asumió en la pedagogía un papel central que nunca se le pudo arrebatar más adelante.

Sin duda, el progreso en las décadas siguientes fue frenado por la obstrucción socialista. Los defensores de los colegios comunes atacaron sin tregua la segregación de inteligentes y negados que constituía precisamente el objetivo de los tests de inteligencia. Ello era perfectamente lógico, desde su punto de vista: una vez admitida la premisa de que cada hombre es (de una manera que está por explicar, claro está) igual a todos los demás es censurable clasificar a los niños según su valía, y por ende, son condenables todos los medios de realizar esta clasificación. Si de hecho ningún muchacho es más capaz que otro los tests de inteligencia tienen que ser un fraude. Los críticos se burlaron de los psicólogos y parecían convencidos de tener toda la razón cuando afirmaban (acertadamente, desde luego) que los

tests no medían, ni podían medir, una abstracción como es la noción de una inteligencia hábil para todo. Pero todo lo que consiguieron los críticos fue acabar de confundir la discusión con meras disputas verbales. Esta confusión era en cierto modo inevitable (como ocurrió con la física en el siglo xvii), pues la psicología de la educación era una nueva rama de la ciencia, muy relacionada además con la metafísica y las últimas cuestiones. ¿Cómo podían los hombres ser iguales ante los ojos de Dios y ser desiguales a los ojos del psicólogo?

Pero los socialistas no hicieron sino complicar inútil. mente las cosas. Muy pocos profanos pudieron al principio comprender que la inteligencia no es una abstracción, sino un concepto de trabajo. Los psicólogos no se dedicaban a medir una inteligencia "hábil para todo" porque no existe tal cosa; sólo pretendían determinar las cualidades necesarias para disfrutar de una educación superior.

Si a este manojito de cualidades se le denominaba "inteligencia" ello se hacía solamente por conveniencia. El "test de los tests" era de naturaleza empírica: ¿eran los tests eficaces? Y la respuesta era que, en conjunto, sí lo eran.

La mayor parte de los niños que en los tests obtenían altos coeficientes rendían adecuadamente en los colegios de humanidades. En realidad, se trataba de una cuestión meramente estadística: la de averiguar si existía alguna correlación entre los tests (que podían haberse denominado tests de idiotez si el problema no pasaba de terminológico) y el rendimiento en el colegio de humanidades, la universidad y la vida en general ⁴³. Hay que reconocer que los psicólogos y sociólogos tardaron demasiado en idear unos "tests de los tests"; muchos de ellos se enredaron en cuestiones ideológicas, lejos de la práctica. No tuvieron tan clara visión del futuro como aquel director de colegio que pedía insistentemente que "se otorgara la mayor protección a las investigaciones que trataran de hallar alguna correlación entre el éxito de diversos hombres y mujeres seleccionados para diferentes misiones y el diagnóstico de sus respectivas capacidades, formulado por los varios procedimientos que se discutían, hasta hallar el mejor" ⁴⁴. Pero este consejo no había de ser acatado hasta mucho después.

Además, los socialistas no clamaban en el desierto. Durante algún tiempo consiguieron desacreditar parcialmente el sistema de los cocientes intelectuales, y en el período de su máxima influencia (1950-1970)

atemorizaron a cierto número de comités educativos locales hasta hacerles abandonar completamente los tests. Pero su éxito no había de ser de larga duración. Cada vez que se les presentaba una nueva remesa de alumnos las autoridades escolares tenían que ingeniárselas como pudieran para separar el trigo de la cizaña. ¿Por qué medio? Si prescindían de los tests de inteligencia tenían que recurrir al examen escrito ordinario; y si también prescindían de éste se veían reducidos a los informes de los profesores. Pero esto era para ellos una fuente todavía mayor de dificultades. La misión de los profesores ya era lo bastante difícil de ser realizada en conciencia como para que encima tuvieran que soportar el resentimiento de los padres de todos los niños que habían fracasado. Había que proteger a los maestros. Las autoridades escolares "progresivas" se vieron asediadas por peticiones de sus propios profesores en el sentido de que restablecieran el sistema de los cocientes intelectuales. Más todavía, la investigación puso de relieve, sin lugar a dudas, que los procedimientos alternativos, de informes del maestro y de exámenes ordinarios, perjudicaban a los niños de las clases inferiores. Los profesores favorecían inconscientemente a los muchachos que pertenecían a su propia clase; los exámenes a la antigua usanza eran más benévolos para los niños de hogares cultos.

Los tests de inteligencia, menos deformados por los prejuicios, fueron así un instrumento de justicia social, lo que hasta los más fanáticos socialistas de aquel tiempo se vieron obligados a reconocer.

Algunos socialistas más moderados, también contaminados de mística igualitaria, aunque en forma menos virulenta, se engañaron a sí mismos con la creencia de que la eficacia de los métodos selectivos seguiría siendo tan baja que muchos niños inteligentes dejarían de pasar por las mallas de la red. No se atrevían a defender abiertamente una selección mal hecha y a pedir que se privara a algunos muchachos bien dotados de las oportunidades necesarias para desarrollar sus facultades; pero en secreto se alegraban del hecho cuando se presentaba. Eran los católicos ocultos de una ciudad protestante. En el período de transición hacia una sociedad regida por la meritocracia esto era en cierto modo un arreglo conveniente, pues constituía una fuente de paz para el espíritu de estos socialistas, sin obstruir el progreso. Pero en el fondo era la táctica del avestruz. Estos místicos moderados debían haber comprendido que no se puede detener la marcha de la ciencia; o más bien, como sabían esto desde un principio, debían haberse

comportado en consecuencia. Una vez que la conducta humana empezó a estudiarse sistemática.

mente, de modo que los conocimientos, después de adquiridos, se hacían acumulativos, nada podía retrasar el continuo adelanto de la técnica de los tests, y por ende, la de seleccionar adecuadamente a los portadores de diferentes combinaciones de genes.

Como siempre ocurre, el progreso avanzó a ritmo desigual, de forma que a un período de estabilidad sucedía repentinamente un amplio salto adelante. El hombre tuvo que esperar hasta 1989 para realizar el avance mayor del siglo. Ya mucho antes los "cibernéticos" se habían dado cuenta de que el hombre obtendría mayores facilidades para comprender su propio cerebro cuando hubiera aprendido a imitarlo. A medida que los hombres se iban asemejando a las máquinas éstas se iban pareciendo más a los hombres, y cuando al fin se construyeron máquinas capaces de remedar a los hombres, los ventrílocuos, por ejemplo, pudieron entenderse a sí mismos. De ese año de 1989 datan las actuales unidades de medida de la capacidad mental; tales unidades se hicieron posibles tan pronto como se descubrió que la "inteligencia" de una máquina puede ser sometida a un test y apreciada numéricamente, al igual que sucede con las personas. Pamela, el calculador inventado por Bird y destinado al Laboratorio Fisiológico Nacional, con un cociente intelectual constante de 100, proporcionó la necesaria unidad de medida nacional, y todas las preguntas de los exámenes se sometían a su consideración antes de ser distribuidas en los colegios y otros centros educativos.

Pero ya mucho antes de 1989 los psicólogos habían conseguido fijar perfectamente los términos de las cuestiones que habían de ser resueltas. Se dieron cuenta de que el cerebro no era más fácil de separar de la economía bioquímica del individuo que los órganos sexuales, por ejemplo, y que el propio individuo tampoco era más separable que sus pulmones, del ambiente, tanto físico como social, en que vivía. De este modo muchas personas con una inteligencia potencial muy elevada no podían hacer debidamente uso de ella, como consecuencia de un estado de ansiedad debido a discordancias psíquicas. Muchas personas tenían una inteligencia variable según los cambios del ambiente, variabilidad más acusada en unas que en otras. Así se explicaba el caso de algunos records de inteligencia, que ostentaban un cociente de 140 en ciertas circunstancias, cociente que

podía bajar hasta 90 en otras (y no solamente antes del desayuno o cuando estuvieran haciendo el amor): una dolencia que, según se dice, padecen algunos dirigentes del Partido Técnico. Los psicólogos resolvieron con notable éxito el problema de aproximar los valores actuales a los potenciales. Los adelantos de la terapia fueron un subproducto muy útil de la selección educativa.

El comité Spens dijo en 1938 que "es posible, en una edad temprana del niño, predecir con bastante exactitud cuál va a ser el nivel definitivo de su capacidad intelectual". Esto es actualmente cierto, pero no lo era cuando se dijo por primera vez. No es extraño que se crearan muchos resentimientos por el hecho de que los principales tests tuvieran lugar una sola vez y a los once años. El rendimiento de una persona a esa edad decidía si había de ir a un colegio de humanidades. Si fracasaba, gozaba, en teoría, de una segunda oportunidad, más adelante. Pero en la práctica pocas veces se aprovechaba esta oportunidad. Los muchachos con un desarrollo tardío lo tenían, en efecto, demasinado tardío. Era muy raro que el niño o niña cuya capacidad se manifestaba a la edad, no tan adelantada, de catorce años consiguiera que se le trasladase de un colegio elemental a uno de humanidades. Generalmente quedaba agrupado con el negado para todo el resto de su vida. Esto representaba una cruel injusticia para el interesado, como asimismo una absurda dilapidación desde el punto de vista social; hasta tal punto que en cierto modo los colegios comunes fueron de alguna utilidad, ya que dieron ciertas facilidades a los alumnos para pasar de una categoría a otra. La gente sabía que en algunas personas la inteligencia alcanzaba su grado máximo a los doce años, mientras que en otras sólo llegaba a la plenitud de su desarrollo al frisar los treinta años; pero es lo cierto que la gente no era consecuente con sus conocimientos. A medida que la verdad se fue abriendo paso los educadores intentaron, con éxito creciente, realizar continuas valoraciones de la inteligencia a lo largo de toda la vida escolar. Se efectuaron mediciones de los cocientes intelectuales a los siete, nueve, once, trece y quince años, y cada vez que un alumno daba una cifra más alta que la vez anterior se le apartaba de los que ya eran sus inferiores, y se le juntaba con sus iguales. Sin embargo, las personas cuya capacidad se desarrollaba sólo después de abandonar el colegio no eran debidamente detectadas por el mecanismo selectivo. Incluso en los años ochenta, un hombre cuyo talento despertaba de repente a los veinticinco años se

enfrentaba con las mayores dificultades para obtener el debido reconocimiento de sus facultades.

En este terreno es donde el moderno desarrollo de la educación de adultos ha demostrado su vital importancia. La escuela se convirtió en vitalicia. Al final del siglo el derecho de cada persona a ser juzgada según su capacidad había ya obtenido un reconocimiento efectivo. Por fin se aceptó que, de acuerdo con la más elemental justicia, ningún hombre o niño debía ser considerado como negado hasta que ello se probase cumplidamente. La presunción era siempre a favor de la inteligencia. A toda persona, cualquiera que fuese su edad, se le concedió el derecho, más todavía, se la estimuló, para que cada cinco años solicitara un nuevo test en el Centro Regional de Educación de Adultos; y, si sus esperanzas se confirmaban, invariablemente se le hacía justicia. Se destruía la copia de su carnet nacional de inteligencia, sustituyéndola por una nueva, con el resultado del nuevo test, de tal forma que ningún empresario (o novia) que pidiera, en la forma ordinaria, que se le informara sobre sus cifras de aptitud y su cociente intelectual pudiera jamás tener conocimiento de su anterior categoría, más baja. Asimismo, los tribunales decidieron que, en su reseña destinada a "quién es quién", nadie estaba obligado a incluir otro cociente intelectual que el que ostentaba en la actualidad. Si el nuevo test se veía acompañado por el éxito ello suponía el principio de una nueva vida.

Sin duda, esto ha ocasionado dificultades. Algunos muchachos han sentido excesivas ambiciones por sus padres. y han estado importunándoles continuamente para que traten de mejorar sus coeficientes. Se han escrito y estudiado ávidamente libros sobre el cuidado de los padres.

Algunos trabajadores se han mostrado celosos cuando sus compañeros de más edad han sido enviados a la universidad o al instituto. Pero, a lo largo del dilatado período transitorio en que iban mejorando los procedimientos selectivos las ventajas han superado ampliamente a los inconvenientes. Por supuesto que en la actualidad los psicólogos han perfeccionado mucho sus métodos, hasta el punto de que pueden detectar la mayor parte de los factores susceptibles de retrasar el desarrollo, y pronosticar no sólo los cocientes intelectuales, sino también las edades en que irán apareciendo. No cabe duda de que todos estos adelantos han de parecer maravillosos a toda persona con mentalidad científica; pero las

polémicas por ellos levantadas han favorecido ciertamente los designios de los enemigos del orden establecido.

5. Resumen.

Este capítulo ha descrito una vez más la portentosa historia de la reforma de la educación. El Gobierno, una vez ganado a un sentido moderno de los valores, reconoció que no había inversión más productiva que la realizada en el potencial intelectual. De la avaricia se pasó a la munificencia y los gastos de personal y de material escolar pasaron a ser la carga más importante de las que gravitan sobre la renta nacional. Se mantuvo la independencia de los colegios de humanidades. En cuanto a los internados privados los mejores de éstos fueron objeto de fusión con los colegios de humanidades, con lo que se incrementó su eficacia. Complemento del sistema fueron los progresos, lentos pero continuos, en el arte de identificación de las capacidades. En los años ochenta se habían echado ya todos los fundamentos de nuestro moderno sistema educativo.

Estos adelantos fueron posibles porque, como he explicado ya en un capítulo anterior, los socialistas perdieron toda su fuerza como movimiento organizado. Pero no ocurrió lo mismo con los sentimientos de los que eran portavoces. En la primera infancia todos son socialistas a gatas y algunos nunca salen de ello. Pero este cogollo de igualitarios psicológicos que nunca acaban de curarse de las envidias del cuarto de juegos sólo llegó a constituir un serio peligro para el Estado cuando se les agregó ese elevado número de personas cuyas esperanzas se ven frustradas en la edad adulta. Los años sesenta fueron una de estas épocas de peligro, como lo son los tiempos actuales. Entonces, muchos se sentían defraudados porque ellos (o sus hijos) se veían privados de la educación superior a la que creían tener derecho; hoy en día la gente está decepcionada un poco por la misma causa, aunque en forma algo diferente: no es la segregación escolar lo que la irrita (hace tiempo que se ha acostumbrado a ella), sino la creencia de que los Centros Regionales para la Educación de Adultos han sobrevivido a su utilidad. Tales centros son actualmente tenidos en gran estima por algunos de los técnicos más capaces, justamente el tipo de personas que, aunque de clase baja, son lo bastante inteligentes para ser el alma de todo movimiento revolucionario. Es lógico que cualquier insinuación en el sentido de que los centros van a cerrar sus puertas fomente la irritación y el descontento.

Como explicaré más adelante, este fenómeno ha sido precisamente el origen de los recientes disturbios.

CAPÍTULO CUARTO

De la promoción por edad a la promoción por mérito

1. La clase de las personas de edad.

Durante medio siglo las escuelas fueron el principal objetivo de los reformadores y los resultados alcanzados fueron muy brillantes, tal y como convenía. Pero los reformadores, como siempre suele ocurrir (tal vez sea inevitable), fueron demasiado unilaterales en su acción. Se concentraron en la escuela, con exclusión de todo lo demás. con la desafortunada consecuencia de que durante muchos años el material humano se utilizó en la educación con mucha mayor eficiencia que en la industria. Nuestros abuelos no se dieron plena cuenta de que, tan necesaria como la promoción de los niños por el mérito, lo era la promoción de los adultos por el mérito, con todo lo que implicaba para la organización industrial. Una sociedad que reconocía los derechos del talento en la escuela, pero no en la industria, era como una casa internamente dividida.

No se acababa de comprender que, después de la supresión de las castas, o más bien, de su transformación en nuestro moderno sistema de clases, todavía era preciso enfrentarse con otra categoría de personas: la clase de las personas de edad. En realidad, mantener en puestos de responsabilidad a personas inadecuadas sólo porque tienen más edad implica la misma dilapidación de recursos que si ello se hace porque los padres de esas personas pertenecen a una clase superior. En una sociedad abierta los pocos que resultan elegidos dentro de muchos que son llamados a serlo con arreglo al mérito; el criterio de la edad debe descartarse no menos que el del nacimiento.

A lo largo de la historia humana la clase de las personas de edad ha sido, entre las rectoras, la que mejor se ha mantenido: toda aristocracia, toda plutocracia, o toda burocracia, una vez llegadas al poder, han sido a la vez una gerontocracia; incluso en las democracias, el gobierno por el pueblo, del pueblo y para el pueblo ha significado generalmente el gobierno por las gentes de edad. de la gente joven y para las gentes de edad. Antes de la revolución industrial el autócrata de una granja no compartía su autoridad paterna con ningún maestro mientras sus hijos eran jóvenes; más todavía, la retenía cuando eran adultos, y en su ejercicio sólo le contenía el

pensamiento de que, si tiranizaba demasiado a su descendencia, podía tocarle en suerte el destino del rey Lear. Después de la introducción de la industria los padres todavía hacían lo que podían para asegurar el progreso de sus hijos sobre los hijos de los demás... aunque nunca sobre ellos mismos; y a estos efectos la solidaridad de la edad hacía de todos los padres una gran familia de hermanos. Después del advenimiento de la nueva élite los padres ya no pudieron conseguir privilegios para sus propios hijos, pero todos juntos siguieron empeñados en que la generación siguiente, por muy capaz que fuera, no alcanzara la supremacía sobre ellos.

En una palabra: la meritocracia estaba en peligro de convertirse en una nueva gerontocracia. Si no se hubiese conjurado esta amenaza la revolución intelectual habría quedado incompleta.

Una vez se reformó la educación algunos creyeron que después de matriculados en el correspondiente centro de estudios, todos los objetivos quedaban alcanzados. Los triunfadores en el colegio y en la universidad propendieron a dormirse sobre los laureles. Arribaban, como a puerto seguro, a profesiones en que todavía prevalecía una mentalidad restrictiva, de gremio. Aceptaban sin rechistar el mando de sus colegas de más edad. Se consolaban pensando que con los años también ellos irían ascendiendo lentamente, del mismo modo que en el colegio, hasta convertirse a su vez en "venerables" personas de edad. Pero el ritmo implacable de la historia moderna vino a despertar a las gentes de su amodorramiento y la competencia se adueñó de la industria, como antes lo había hecho de la escuela. Para combinar lo mejor de Inglaterra, o sea, nuestro régimen para niños, con lo mejor de Norteamérica, que era su régimen para adultos, la competencia había de ser vitalicia.

2. Las fábricas dejan de ser escuelas.

Hasta la guerra de Hitler y los años inmediatamente posteriores a ella la educación determinaba las perspectivas de ascenso profesional y social, casi del mismo modo que ocurre en la actualidad. El trabajador manual que abandonaba la escuela a la edad mínima seguía siendo un obrero durante toda su vida; a lo más que podía llegar era a capataz, o bien, por otro camino, si tenía suerte, a secretario general de un sindicato. Un obrero, asistente durante pocos años a un colegio de humanidades, podía llegar a director de producción; un dependiente pagador, a contable. Según la edad a

la que el muchacho abandonaba la escuela se elegía la escala social por la que se había de ir subiendo; pues bien, en general era casi imposible trasladarse de una escala social a otra cuyas metas fueran más altas: el capataz seguía siendo siempre capataz. en vez de empezar de nuevo a subir en la escala por la que se llegaba a director de producción; el contable con. andaba en su puesto y no podía aspirar a jefe administrativo. La educación determinaba el punto de acceso a la Industria, el que a su vez fijaba hasta dónde se podía finalmente llegar.

Esta estructura habría sido aceptable si las escuelas hubieran estado más racionalizadas. Pero como ni la cantidad ni la calidad de la educación a recibir se determinaba aún con arreglo a la inteligencia ocurría que muchos muchachos inteligentes dejaban la escuela demasiado pronto, y muchos negados, demasiado tarde. Existió una minoría de empresarios más perspicaces que, imitando el modelo de la administración pública ya descrito en este libro, trataron de corregir las injusticias a que daba lugar el sistema educativo y lucrarse ellos a la vez. Concedieron a sus empleados más capaces la posibilidad de subir dentro de la firma, a falta de las oportunidades que se les habían negado en la escuela. Esta práctica llegó a extremos hoy para nosotros inconcebibles: un camarero, o un mandadero, podían ascender hasta formar parte del consejo de administración. En las primeras industrias nacionalizadas se acentuó esta tendencia. Así, por ejemplo, en los Ferrocarriles Británicos, un dependiente, si conseguía dejar atrás los grados más bajos cuando todavía era muy joven podía pasar de la escala de dependientes a alguno de los puestos inferiores de la escala administrativa. En la industria eléctrica el adelanto todavía era mayor.

"Se considera que todos los empleados de la industria están incluidos en una sola escala común; van ascendiendo a medida que se producen las vacantes, en competición abierta, con arreglo a la experiencia poseída y a la capacidad para desempeñar la misión concreta en que se produce la vacante".

En realidad, la práctica no concordaba enteramente con la teoría, pero la declaración transcrita nos muestra al menos cómo se deseaba que las cosas fueran. Algunos empresarios estaban tan orgullosos de sus sistemas y escalas de ascenso que preferían tomar el personal desde la escuela. y formarlo ellos mismos, en vez de emplear a personas con un título universitario. Desgraciadamente esta postura era bastante frecuente entre

los altos cargos de la industria que no eran ellos mismos universitarios (en aquellos tiempos todavía existía buen número de estos autodidactas). De modo que lo que era la vergüenza de la escuela, o sea, el procedimiento de selección, constituía el orgullo de la fábrica.

El principio de la segunda fase, que ha durado hasta la actualidad, se sitúa generalmente en los años 1950-1960.

Pasaron diez o veinte años antes de que el impacto de la ley de 1944 se notase en la industria, con carácter general. Pocos empresarios fueron tan rápidos como el director del colegio de humanidades de Manchester en ver el alcance de esa ley.

"En lo sucesivo -dijo sir Eric- la industria y el comercio ya no podrán emplear, como hasta ahora, a muchachos de quince o dieciséis años, que por su talento pueden asumir en una empresa los puestos de máxima responsabilidad".

Llegó por fin un tiempo en que sólo los empresarios más torpes dejaron de asimilar esta lección. Los hechos se hacían cada vez más patentes al final de cada curso.

Por muchas oportunidades de subir en la industria que se concedieran a los alumnos de los colegios elementales la realidad era que un número cada vez menor de ellos tenía la capacidad necesaria para ello. Los colegios de humanidades retenían a las promesas, que en tiempos anteriores habrían entrado en la industria a los quince años. y los más destacados ingresaban luego en la universidad.

Como la selección educativa asumió por fin el papel que le correspondía los magnates de la industria hubieron de conformarse con esto. O bien se las arreglaban para atraerse a una parte de los graduados en los colegios de humanidades y en la universidad o bien sus negocios iban a la ruina. Para las funciones de la alta dirección tuvieron que recurrir a los universitarios, aun con riesgo de enfrentarse con la hostilidad sindical hacia los "forasteros" sobre todo si eran cultos y estaban preparados. Los dirigentes sindicales pretendían, en interés de los afiliados al sindicato, que un hombre que había llegado por "el camino más áspero", ganándose todos sus ascensos en el seno de la industria, tenía por fuerza que ser superior a otro de formación exclusivamente académica. Pero esto sólo fue cierto antes de que la educación se hubiera hecho acreedora a la alta consideración que se le otorga actualmente. Además, no se podía negar que "el camino

más áspero para subir" es incuestionablemente el del colegio de humanidades.

La comprobación del hecho de que la escasez de talentos era más grave que cualquier otra fomentó la competencia entre los empresarios. Según un informe de la época, redactado sólo unos pocos años después de 1944, "a un joven estudiante, en su segundo año de universidad, una importante empresa le había ofrecido ya, para cuando se graduara, un puesto de 750 libras; y estaba siendo asiduamente cortejado por otra poderosa firma, cuyo gerente le invitaba continuamente a comer".

Pero esto no era nada en comparación con lo que sucedió después; toda compañía de miras progresivas llegó a tener un equipo de "descubridores del talento", que exploraba sistemáticamente las universidades y colegios de humanidades, y a la mayor parte de los profesores, tanto de ciencias como de letras, se les ofrecieron recompensas por proporcionar periódicamente informes sobre los alumnos más destacados. Los periódicos estaban siempre llenos de demandas de trabajo dirigidas a los estudiantes; las revistas escolares adquirieron considerable desarrollo gracias a los ingresos por anuncios. Esta competencia feroz era a veces desleal, como alegaron muchas asociaciones profesionales, y a menudo conducía al abuso. Algunos alumnos inteligentes de los colegios de humanidades fueron disuadidos de hacer el sexto grado por medio de generosas ofertas de aprendizaje; y otros lo fueron de solicitar el ingreso en la universidad por "reclutadores" de fácil palabra, que les prometieron no sólo elevados salarios, inmediatamente, sino también una carrera universitaria a expensas de la compañía, para más adelante. Ciertamente, las gratificaciones a cambio de ciertos informes y la contribución a los gastos escolares de investigación no eran procedimientos muy recomendables de aumentar los honorarios de los profesores de ciencias.

Finalmente, el Sindicato Nacional de Estudiantes, y el Sindicato Británico de Asistentes a los Colegios de Humanidades, tuvieron que proteger a sus afiliados, y en 1969 el Ministerio de Educación y la Federación de las Industrias Británicas elaboraron conjuntamente un Código o Recopilación de las Prácticas Lícitas para utilizar los productos de la educación superior. Se trataba de un intento loable, pero en la práctica resultó tan poco eficaz que el control gubernamental sobre la distribución de los recursos intelectuales disponibles se hizo imprescindible. Este

control permitió además la fijación de prioridades. La planificación estatal en este terreno es necesaria no sólo para acabar con la dilapidación originada por esta forma de competencia entre los empresarios, sino también porque confiere al Gobierno un poder estratégico que le permite controlar toda la economía.

3. Reto a la edad

La industria dejó de poner obstáculos a que fueran las escuelas las encargadas de seleccionar el personal destinado a la dirección de las empresas cuando se convenció de que ello era esencial para su propia supervivencia. En lo sucesivo la mayor parte de los que a los diecinueve o veintitrés años se incorporaban a las escalas más elevadas del comercio, la industria o las profesiones eran el cogollo de sus respectivas promociones. Los jóvenes destinados a dirigir las empresas se seleccionaban, de acuerdo con su mérito, por medio de exámenes en los colegios.

Pero en este período de transición la libre competencia no pasaba de ahí. Tan pronto como se realizaba su incorporación al despacho o a la fábrica el recién llegado ya no tenía la posibilidad de oponer su talento a todos y cada uno de sus colegas para subir hasta donde le correspondía.

No se le permitía, ni siquiera después de muchos años de familiarizarse con el negocio, competir abiertamente con personas mucho mayores que él. Mientras fuera un hombre joven, aunque tuviera la capacidad de Henry Ford o de lord Nuffield, tenía que contentarse con ser un dirigente secundón. En todos los puestos más importantes el ascenso era por edad, hasta el punto de que aun los jóvenes mejor formados, si no tenían una suerte excepcional, no podían aspirar a llegar a lo más alto de la escala hasta los cincuenta o sesenta años, por lo menos. La tercera y más reciente fase de la evolución ha sido precisamente el proceso gradual por el que la edad, como criterio valorativo, ha ido cediendo el paso al mérito, hasta que por fin la industria se ha decidido a imitar integralmente el modelo de las escuelas.

Una vez más nos resulta difícil entender cuán fuerte en aquellos tiempos era la posición de las personas de edad, especialmente en Gran Bretaña. El status subsiguiente a la edad había estado conectado con los derechos y privilegios hereditarios; pero éstos fueron mucho más fáciles de desarraigar que aquél. A mediados del siglo pasado ya era muy difícil encontrar a

alguien que defendiera abiertamente el sistema hereditario. Ya no se pensaba que las relaciones de parentesco confirieran el mérito a las personas. Pero en lo que a la edad se refiere las cosas eran diferentes. Los derechos de los viejos no hacía falta que se proclamaran públicamente: se consideraban como indiscutibles. Sin más razón que ésa, se le mantenían a la edad sus privilegios; y la gente no se daba cuenta de que se estaba contradiciendo al defender con palabras la promoción por el mérito y a la vez favorecer con hechos la promoción por la edad. Se intentó salvar la contradicción (antes de que nadie llamara de un modo expreso la atención sobre ella) sobrestimando el valor de la experiencia, de la que se pensaba que era exclusivamente un producto de los años. Existía en este punto una especie de mística; para justificar la encumbrada posición de alguien la gente solía decir: "No cabe duda de que tiene una gran experiencia", como si con ello se dijera la última palabra.

El respeto a la edad era una regla social tan afincada como el respeto a la aristocracia.

"Seniores priores": en ningún terreno tenía tanta vigencia esta máxima como en el de las escuelas. Estas debilitaron su propia misión progresiva al defender el mismo principio al que primitivamente habían sido tan hostiles. Los "prefectos" eran uno de los rasgos más característicos de los antiguos internados privados. Estos prefectos eran unos muchachos que ejercían una especie de gobierno cotidiano sobre sus compañeros más jóvenes; a algunos de éstos se les hacía trabajar para los demás como sirvientes. El mantenimiento de la disciplina estaba en gran parte encomendado a los prefectos, que podían imponer la obediencia, si era preciso, pegando a cualquier muchachito que provocara su desagrado. Por desgracia este sistema fue también adoptado por los colegios de humanidades. La consecuencia fue que la consideración que todos los niños suelen tener por los que les superan en edad se convirtió en un terror que a veces no se disipaba ya nunca. Los mayores, permitiendo que los más jóvenes ejercieran la autoridad cuando ello no ponía en peligro la suya propia, afirmaban ésta y la aseguraban toda, vía más. La supresión de los prefectos fue una reforma importante que se inició en los colegios "progresivos" que practicaban la coeducación y se extendió más adelante a los colegios más ortodoxos.

No dispongo ahora de tiempo para analizar los cambios sutiles, casi infinitesimales, que han contribuido a crear un nuevo espíritu; me limitaré a aludir brevemente a algunas de las fuerzas que a la larga fueron fatales a la gerontocracia. He aquí algunas de ellas.

1.º Presión de los jóvenes. No podía realizarse un sólido progreso hasta que los jóvenes adquirieran mayor confianza en sí mismos. Mientras se resignaran a aceptar la dominación de los mayores no había esperanzas de ningún cambio en la distribución del poder, del mismo modo que tampoco había sido posible el cambio, en un sistema hereditario, mientras la superioridad de las clases altas no había sido discutida por las clases inferiores. Era preciso que el derecho de los viejos a ejercer el poder fuera sometido a discusión, con no menos rigor que lo había sido el sistema hereditario, y por análogas razones. Se prescindió de la herencia por la sencilla razón de que un país industrial en competición con otros, si deseaba desarrollarse, no podía permitirse el lujo de tener dirigentes de segunda clase; las necesidades de la economía dieron nueva forma al cuerpo social. Pero la campaña emprendida no cesó después de esta primera victoria, sino que prosiguió dirigida esta vez contra las personas de edad.

Los representantes de las nuevas generaciones se rebelaron contra sus mayores; se trataba de jóvenes con valor suficiente para oponerse a las pretensiones de la edad en vez de aliarse con ella para no enajenarse a su favor. Algunos clamaron que se estaba destruyendo el orden establecido; por el contrario, otros, con mayor espíritu constructivo, trataron de aprovechar la situación y apartar los obstáculos a su propio ascenso. Los más rebeldes sabían por instinto que el progreso más rápido sobreviene cuando los viejos han de renunciar a su poder antes de terminar su vida; más todavía, la esencia de toda revolución social no es más que una anticipada transferencia de poder de una generación a otra. Pero los más sagaces sabían, por el contrario, que los avances más seguros se consiguen al estilo del ratón, mordisqueando en el orden vigente en vez de alzarse en armas contra él. Por ello la mejor política, según ellos, era la de poner en tela de juicio el valor de diversas personas de edad, tomadas individualmente y con criterio empírico, en vez de atacar a la clase como conjunto.

Los jóvenes, que habían alcanzado el éxito al oponerse a otras prácticas privadas, triunfaron también ahora, porque disponían de los recursos de una

cultura pública para respaldar su causa. Declararon que, en general, la juventud tenía derecho, con arreglo al criterio del mérito, a mayores privilegios que los que se le conferían. Y sin duda tenían razón. En una sociedad que se modifica rápidamente los jóvenes están mejor ambientados que los viejos: es más fácil para ellos aprender las cosas por primera vez que para los viejos olvidar y aprender de nuevo, por segunda o tercera vez, especialmente cuando la nostalgia de su propia juventud hace a las personas de edad reacias a esta clase de experiencias. Esto es todavía más verdadero cuando las escuelas progresan más rápidamente que la sociedad misma. Entonces los alumnos aprenden cosas diferentes, adaptadas a las necesidades de su tiempo (sobre todo cuando los profesores también son jóvenes); pero hay más, aprenden mucho más, puesto que los niveles son más elevados y mejores los métodos pedagógicos.

Basta comparar el actual estudiante de física con el hombre, ya viejo, que allá por los años ochenta asistía a la misma universidad, antes de que Shag hubiera venido al mundo. El cambio es tan enorme que puede decirse que ambos estudiantes no lo son de una misma materia. Suponiendo que posean la misma capacidad nativa está perfectamente claro cuál de ellos sería preferido para un puesto importante en los laboratorios, como, por ejemplo, en la dirección de la Clínica Eugenésica. He dicho que a igualdad de capacidad nativa; pero esto es muy poco probable. El progreso actual no ha afectado solamente al contenido de la educación superior, sino también a los métodos para seleccionar a los que han de beneficiarse de ella.

Cada diez años el talento medio de la élite mejora con respecto a la década anterior; el estudiante universitario del año 2000 tenía más talento y mejor preparación que el de 1990; lo mismo le sucedía al del año 2010 con respecto al del año 2000. El descubrimiento de que el graduado del año 2020 era sólo ligeramente superior al de 2010 contribuye a poner en claro las causas de la actual crisis.

2.º Ayuda de los viejos. Nunca ha habido una división tajante entre viejos y jóvenes. Las fronteras siempre han sido borrosas. Algunos jóvenes, amigos de la facilidad, eran partidarios de la estratificación por edades porque les aseguraba una vida tranquila; no sentían estímulo para competir con sus mayores. Por el contrario, algunos viejos eran "traidores a su generación". La promoción por edad, aunque incontestablemente favorecía

los intereses de la mayor parte de las personas de edad, no favorecía los de todas ellas.

En casi todas las profesiones no manuales se daba la promoción por edad. Así, por ejemplo, un escribiente de Banco empezaba desde los últimos puestos, y cada dos o tres años añadía un pequeño incremento a su salario e iba mejorando su situación en el Banco, hasta que llegaba a cajero, o quizá a director de sucursal. Pero podía ocurrir que perdiera su empleo a la edad de cuarenta años, por ejemplo, y sin culpa suya, quizá como consecuencia de la automatización; ¿qué había de hacer entonces?. Después de la primera ley de jubilación, debida a un Gobierno laborista, podía al menos disfrutar de una pensión. Pero su categoría profesional se perdía. Si trataba de entrar en otro Banco, o en otra profesión diferente, ¿en qué escalón debía comenzar a subir de nuevo? Si empezaba otra vez por abajo perdería todas las ventajas que había ido acumulando durante veinte años. Si reingresaba al nivel ya alcanzado, correspondiente a sus cuarenta años, ocuparía un puesto ambicionado por algún empleado de treinta y cinco años. En general, esta segunda solución se hacía imposible por la oposición de los empleados más jóvenes con deseo de subir. Ahora bien, si los viejos, para protegerse, propugnaban el sistema de promoción por edad no podían oponerse a que los jóvenes invocaran el mismo principio para asegurar sus perspectivas de ascenso lento, pero seguro. Por ello los viejos sólo se sentían seguros mientras no cambiaran de empleo; el miedo al despido de las personas de mediana edad fue una de las causas de la actitud cautelosa que condujo a muchas firmas importantes al estancamiento. Les aterraba la frase "demasiado viejos a los cuarenta años", frase temida por todos, a excepción de las personas excepcionalmente brillantes, a las que ninguna barrera de edad podía detener.

La consecuencia de todo ello fue que algunas personas de mediana edad, que tuvieron que resignarse a la pérdida de categoría para conseguir un nuevo empleo, después de verse privadas del anterior, se hicieron partidarias de la promoción por mérito, con el mismo ardor con que lo eran sus colegas más jóvenes cuya posición inferior se veían obligadas a compartir. Estos fueron aliados muy útiles para la juventud. Pero ésta obtuvo una colaboración todavía más valiosa en la persona de los retirados.

Una de las consecuencias de la promoción por la edad era un sistema de retiro a una edad fija y relativamente temprana. Hubo un tiempo en que se

estableció la edad de sesenta y cinco años. Por mucha capacidad, y por muchos deseos de seguir trabajando que tuviera un director de empresa, se ejercía sobre él una fuerte presión para que cesara. En efecto, si aplazaba su retiro sólo un par de años todo el mecanismo de los ascensos de los que esta.

Dan situados debajo de él se paralizaba. El subdirector con sesenta años de edad se veía obligado a esperar dos años más, e igual les sucedía a los demás subordinados, escala abajo, hasta llegar al joven de treinta años recién salido de la universidad. Todos estaban esperando que "el viejo" se fuese a su jardín a entretenerse con sus plantas. dejando el negocio de una vez, y confiaban que no se demoraría demasiado la hora de ocupar su sitio en su despacho. Por ello los empleados de todas las edades formaban frente común contra el grado supremo para lograr que se respetaran las reglas del juego. Antes del pleno establecimiento en el poder de la meritocracia, la jerarquía de las edades, como sucedáneo del orden hereditario, quizá haya sido imprescindible para preservar la estabilidad social. Pero el precio a pagar era muy elevado. Cada año cientos de miles de personas de edad, muchas de las cuales poseían méritos sobrados para seguir prestando servicios a la empresa y no ser una carga para ella, se veían forzadas a retirarse a la ociosidad, privadas de su propia estimación, a causa de la rigidez del sistema. Todos los que creían que, con arreglo al criterio exclusivo del mérito, podrían haberse quedado en sus puestos, se aliaron, como era lógico, con los jóvenes que esperaban mayor rapidez en los ascensos si se cambiaban las reglas del sistema.

Las consecuencias de no dar al mérito lo suyo se hicieron cada vez más graves a medida que aumentaba la duración media de la vida humana y el número de personas que conseguían vivir esta vida media hasta el final.

Los viejos constituían la única reserva importante de trabajo y de inteligencia, y esta reserva crecía continuamente. Finalmente, Gran Bretaña se vio obligada a seguir el ejemplo de otras sociedades industriales, en que las leyes sobre jubilación forzosa estaban menos anticuadas.

Pero cuando la edad de retiro se elevó a los setenta años las consecuencias políticas fueron tan graves que hemos tenido que esperar veinte años para una nueva elevación hasta los ochenta años, y otros doce años antes que la edad fija de retiro se suprimiera completamente. Estas reformas aceleraron la expansión de los nuevos principios porque el sistema

de promoción por la edad perdió repentinamente gran parte de su atractivo cuando toda la gente que estaba haciendo cola para subir vio que disminuían bruscamente sus posibilidades; entonces se sintieron más inclinados a depositar sus esperanzas en el propio mérito.

Además, las personas de edad cuya jubilación había sido aplazada no solían permanecer en sus puestos como dirigentes; muy pocas personas de más de cincuenta y cinco años pertenecen actualmente a la meritocracia con plenitud de derechos. Igual que les había ya sucedido a los trabajadores manuales, tenían que resignarse a la pérdida de categoría cuando su capacidad menguaba, bien en forma absoluta, o en relación con las nuevas promociones escolares. El director de empresa tenía que quedarse en escribiente en alguna otra firma, si no en la propia; el profesor se convertía en bibliotecario. Ha habido jueces que se han hecho taxistas, obispos que han descendido a curas, editores que se han quedado en escritores; en efecto, los viejos sobresalen en trabajos que requieren personas de confianza. El reemplazo de los jubilados prestó un gran servicio al disociar la autoridad de la edad. Al principio los jóvenes se sentían violentos al dar órdenes a personas mucho mayores que ellos, que por lo demás pertenecían a su misma clase social. Pero los reemplazados mostraron tan poco resentimiento, y tal contento por tener de nuevo trabajo, que la suspicacia de sus jóvenes superiores se disipó completamente y ejercieron el mando con una confianza en sí mismos más a la altura de su capacidad.

3.º Mejora de los métodos de estimación del mérito. Pero quizá la causa principal de la variación de las ideas es que el mérito se ha hecho cada vez más medible. En otros tiempos la edad tenía la ventaja decisiva de ser un criterio de objetivo de valoración, aun siendo erróneo; mientras que el mérito, con ser el criterio más certero, era todavía subjetivo. En realidad, durante mucho tiempo el mérito apenas fue otra cosa que un disfraz respetable del nepotismo. Las personas procuraban el ascenso de sus parientes y amigos, y pretendían ante sí mismos y ante los demás que no hacían más que dar al mérito lo que le correspondía. Pero si lograban engañarse a sí mismos no les resultaba tan fácil hacerlo con los demás. Los sindicatos en particular, se daban perfecta cuenta de las trampas que encerraba la llamada selección "por mérito", cuando una persona hacía de juez y de psicólogo de sus propios hijos, sin que la promoción de personas extrañas a los seleccionadores fuese una garantía segura de que se había

hecho justicia. Por ello abogaban por la promoción con arreglo a la edad, que parecía algo más defendible que el nepotismo puro y simple. Este criterio valorativo tenía al menos la ventaja de que se podía determinar con toda certeza si se había hecho o no justicia. Si en cualquier escala un hombre de treinta años era preferido a uno de cuarenta (o más bien, un hombre con diez años de servicio postergaba a uno con veinte años) todos podían convencerse de que se había cometido una infracción de la justicia.

Este círculo vicioso (la imprecisión del mérito, conducente a la adopción de otros criterios valorativos) fue superado solamente cuando los medios de selección utilizados en las escuelas se adaptaron convenientemente para su empleo en la economía. Los tests de inteligencia y de aptitud eran objetivos, y mucho más de fiar que las antiguas formas de exámenes a las que sustituían. La primera etapa, como ya hemos visto, fue que el nivel alcanzado en los tests (teniendo en cuenta su correlación con la educación recibida) había de determinar el nivel a que se ingresaba en la industria. Después de preparar así a la gente era sólo un paso más ampliar el alcance de los tests de manera que las marcas obtenidas decidieran no sólo la selección, sino también el ulterior ascenso. Al principio el procedimiento empleado fue que los empresarios hicieran pasar a los candidatos por sus propios centros selectivos; pero en aquel tiempo era tal la suspicacia que prevalecía en las relaciones industriales que se desconfiaba de la imparcialidad de tales centros sólo porque estaban a cargo de los industriales. La atmósfera se aclaró considerablemente cuando el Gobierno estableció su propia cadena de Centros Regionales para la Educación de Adultos, y de Centros Comunitarios, como un servicio público destinado a la industria, y, después de largos y enconados debates, dio a los empresarios acceso a los resultados de los tests de inteligencia realizados tanto en los centros como en las escuelas. Hoy en día los empresarios demuestran tanto interés como sus empleados en las reevaluaciones quinquenales llevadas a cabo en los centros regionales, y muchos de ellos expresan su satisfacción por la labor realizada con ocasión de los repartos de premios celebrados en sus fábricas.

Pero había una cosa que los centros regionales no podían hacer. No podían medir las cualidades de voluntad manifestadas en el esfuerzo desplegado por el empleado en la realización de su trabajo. Inteligencia y esfuerzo, sumados, componen el mérito ($I + E = M$). Un genio perezoso, de

genio no tiene nada. En este punto los empresarios han aportado su propia contribución al progreso. La "dirección científica", de la que Taylor, los Galbraith y Bedaux fueron en su tiempo los adelantados, ha conducido en tiempos modernos a los estudios de movimientos y éstos a su vez a la medida del esfuerzo. El arte de medir el trabajo ha pasado a ser una ciencia, con la consecuencia de que los salarios pueden ser, con toda precisión, expresados en términos de esfuerzo. Volveré sobre el tema en uno de los capítulos que siguen. La gran aportación del doctor Roskill ha sido poner de relieve cómo los principios que rigen en materia de medida del trabajo pueden también aplicarse a procesos mentales. Los empresarios acabaron procurándose unas tablas de Roskill además de las cifras obtenidas en los centros de educación, y si con todo ello se seguían equivocando en la elección de sus colaboradores lo mejor que podían hacer era someterse ellos mismos a un nuevo test. El derecho de inspección de los coeficientes empresariales conferido a los sindicatos es una de las más eficaces garantías de que, si un nuevo test es necesario, le será administrado al empresario tanto si quiere como si no.

4. Resumen.

Estas son, pues, algunas de las medidas que han contribuido a eliminar rigideces de la industria. Cuando la opinión pública responsable resolvió que la productividad debía elevarse, en interés de la humanidad en general, así como de la parte de ella que habita en estas islas, ya no hubo forma de resistir a las reclamaciones de la juventud. Las situaciones de emergencia fueron la gran oportunidad de ésta. Esto se comprobó en todas las guerras: los jóvenes acusaron a muchos altos jefes políticos y militares de tener ideas anticuadas, y les sustituyeron en muchos casos, evitando así la penetración del enemigo.

En tiempo de paz la competencia internacional fue también muy eficaz. La capacidad nativa desaprovechada en grupos de edad o clases sociales inferiores siempre ha tenido un poderoso aliado: el inteligente extranjero.

Como siempre ocurre, el cambio se ha creado su propia resistencia. En el pasado las protestas partieron de la juventud. Los jóvenes, rebelándose contra los convencionalismos y restricciones impuestos por las personas de edad consiguieron al fin crear un mundo nuevo. Pero cuando la juventud dirige, la edad es dirigida; y no todos los viejos se han resignado a su nueva

inferioridad. Todavía hoy sucede de cuando en cuando que un hombre de edad, superado y sustituido por un joven, da en censurar no tanto a su sucesor como al orden social que permite la vergüenza por la que tiene que pasar. Quizá desempeñe su papel de rebelde con bastante menos grandeza que el joven de hace cien años (los pantalones estrechos, chaquetones de pana y barbas que a algunos hombres de edad les gusta exhibir por ahí son de una comicidad un poco triste); pero, en todo caso, sufre el mismo tipo de descontento y por las mismas causas. Con esto localizamos uno de los apoyos más fuertes prestados a los reformistas de hoy. Desde el punto de vista de la sociología los viejos que asisten a los mítines no se dan de narices con las jovencitas que peroran en las tribunas.

* * *

Con esto termino la primera parte de mi ensayo, o sea, la descripción de los medios por los que se han igualado las oportunidades. He tenido que comprimir el progreso de más de un siglo en unas pocas páginas, por lo que sin duda no he subrayado debidamente el papel que a los individuos ha correspondido en el renacimiento intelectual.

Un análisis sociológico demasiado severo podría llevar a la conclusión de que la Historia ha recorrido todo este camino en forma tan ineluctable como el cohete de la mañana recorre el suyo hasta la Luna. Pero esto sería, sin duda, erróneo. La Historia no está hecha de procesos mecánicos. La estupidez no ha sido puesta en fuga por la sociología, sino por unos cuantos héroes que han combinado una gran conciencia y una gran inteligencia. Pensemos en Sidney y en Beatrice Webb, y en Bernard Shaw:

el moderno Partido Conservador sigue adelante con su lucha; pensemos en Forster, Fisher, Ramsay Mac Donald, Butler, Wyatt, Crosland, Stewart, Hailsham, Taylor, Dobson y Clauson: su causa es hoy la nuestra. Los populistas, con su reciente apostasía, se han privado del derecho a llamarse descendientes de todos estos grandes hombres.

Los Técnicos han entregado a los Conservadores los atributos de la grandeza.

Los grandes teóricos políticos de la pasada centuria modificaron el clima mental de su tiempo echando mano de viejos conceptos para explicar y valorar situaciones nuevas; así, por ejemplo, saludaron el sistema educativo a partir de 1944, como representante y defensor del principio igualitario. Apelaron de una manera empírica al buen sentido típico de

nuestra isla, en un mundo también repleto de sentido común y dominado por la competencia internacional. Detrás de los teóricos estaban los grandes administradores. Estos recurrieron a los psicólogos y los protegieron de la hostilidad pública; hicieron de los colegios de humanidades los centros formativos de la nueva élite; lucharon con el Tesoro hasta convencerle de una nueva verdad económica fundamental: que los gastos de educación son a largo plazo el único medio de elevar el producto nacional, y por ende, la capacidad tributaria del país; triunfaron por mil expedientes del oscurantismo de los internados privados hasta promover su integración con el otro tipo de colegio de humanidades; destronaron a los hombres maduros e hicieron de los jóvenes los reyes de la industria. Alabémosles por todo ello.

* * *

Sin embargo, el objeto de este ensayo no es honrar a los hombres célebres, sino prevenir a las inteligencias que me rodean. He dicho al principio de este libro, y lo vuelvo a repetir ahora, que nos mostraríamos indignos de nuestra formación académica si menospreciásemos a nuestros adversarios. Estoy de acuerdo en que, como individuos, pocos son excepcionales. Pero como masa son temibles, tanto más porque el progreso de la sociedad que nosotros hemos creado los refuerza a ellos de día en día. Seré más explícito. ¿Quiénes pertenecen a las clases inferiores en nuestro país? Podemos distinguir dos grandes grupos:

1° La mayoría, perteneciente a las clases inferiores desde la segunda generación. En este grupo se incluyen todos los hijos de familias adscritas ellas mismas a las clases inferiores, con excepción de los que por su inteligencia han podido subir, valiéndose de la escala educativa;

2° Una minoría, adscrita a la clase baja en primera generación. Se trata de los hijos negados de padres pertenecientes a las clases superiores, debidamente localizados en las escuelas y consiguientemente degradados a la clase social adecuada a su inferior capacidad.

En la segunda parte de este libro trataré del primer grupo, numéricamente muy superior al segundo, pues quiero abordar la difícil tarea de mostrar, a la luz de su status social, cómo el descontento puede cundir incluso entre estos proletarios de nacimiento. Por el momento me contentaré, para la defensa de mis tesis, con la tarea, más fácil, de poner de

relieve y analizar brevemente el resentimiento del segundo grupo, los torpes hijos de inteligentes.

Penosos estudios retrospectivos (en los que la Universidad de York ha ganado merecida fama) han puesto de relieve que, con bastante probabilidad, antes de los años ochenta, la "movilidad hacia abajo" era una cosa poco corriente. Las familias de la clase alta con hijos torpes hacían todo lo posible para ocultar a la luz pública el handicap de su descendencia. En general, compensaban con su propia determinación la abulia de sus hijos. Así, por ejemplo, una de las cosas que solían hacer era comprar en los colegios privados plazas que nunca se cubrían con arreglo al mérito. Para estimular a sus hijos se gastaban mucho dinero en libros y viajes b cuando la presión com. minada del hogar y del colegio había producido, como ocurría a menudo, una persona en apariencia no demasiado torpe los padres lograban deslizar a su hijo bien amado hasta un rinconcito confortable de alguna de las profesiones menos exigentes, como abogado o agente de Bolsa.

Estos padres antisociales se las arreglaban para controlar los accesos a las viejas profesiones y también a determinadas empresas familiares que por una u otra razón gozaban en algún grado de poder monopolístico. La clase alta encontraba trabajo para casi todos sus hijos, mientras que la mayor parte de los puestos adicionales en las profesiones nuevas, sobre todo la ciencia y la tecnología, se cubrían por jóvenes extraídos de las clases inferiores. En términos absolutos la vieja clase alta apenas disminuía, limitándose a perder su predominio relativo, en una época en que la proporción de trabajos de despacho en la economía aumentaba rápidamente.

Pero después de los años ochenta el cuadro empezó a cambiar. Creo que la innovación decisiva fue el reconocimiento del mérito en la industria y finalmente hasta en las profesiones. Al estúpido le resultó cada vez más difícil pasar por inteligente. Cada vez le costaba más pasar a través de las juntas de selección, y si se las arreglaba para salvar la barrera, dado que el trabajo exigido era cada vez más difícil y los departamentos de personal cada vez más eficientes, no había forma para él de ocultar su incapacidad. Después de la reforma de los internados privados también perdió la posibilidad de recibir una educación de primera clase, a no ser con un gasto enorme, a base de profesores particulares. Ciertamente, podía asistir a los internados privados de segundo orden (todavía puede hacerlo, si su familia

es lo bastante rica); pero ¿de qué le servía, si la formación recibida era también de segunda clase?

El cierre de las grietas por donde se "colaban" los torpes y negados ha progresado bastante como consecuencia de la actividad, callada pero extraordinariamente útil, de los centros regionales. Los miembros de los comités han convencido a muchas familias de que si realmente quieren a aquellos de sus hijos que carecen de inteligencia no deben enturbiar sus vidas con una mentira: por ejemplo, hacerles creer, a ellos y a la gente en general, que su cociente intelectual es 110, siendo así que en la realidad es 90. No creo ni por un momento que la adhesión al concepto moderno de los deberes paternos sea unánime entre las familias; de todas formas, no me parece que deba inspirar demasiada inquietud la actitud de las generaciones maduras. Además, existen muy pocos padres que no hayan tenido más que hijos torpes, que sólo hayan puesto en el mundo una pollada de patitos feos. Las generaciones jóvenes no han reaccionado tan bien; me refiero, naturalmente, a aquellos que no pueden seguir engañándose a sí mismos después de haber cosechado repetidos fracasos en los exámenes. Tales muchachos se crían en hogares ricos y honorables, y mientras permanecen en la infancia comparten la estima que la sociedad profesa a sus progenitores. Por otra parte, se acostumbran a un nivel de vida del que ya no pueden disfrutar una vez que se consagran a la ocupación manual que corresponde a su inteligencia. Criados quizá en una casa con aparato de atracciones, cocina acústica y fuegos abiertos les tiene que resultar penoso adaptarse a una vivienda protegida, en la que solamente pueden disponer de magnetófonos tridimensionales, alimentos ya cocinados y bomba calorífera. Es muy posible que todo el resto de su vida sea una continua mirada hacia atrás; la selección profesional científica, a pesar de toda su utilidad, no ha conseguido eliminar el mal humor y la nostalgia originados por ella misma. Sin embargo, tampoco es completamente seguro que en la realidad las cosas ocurran así. No podemos saber a ciencia cierta el grado de resentimiento que siente una persona obligada a descender de categoría social. Precisamente por ser poco inteligente no consigue expresar con claridad sus verdaderos sentimientos. Algunos psicólogos especializados en este tipo de cuestiones han aventurado la teoría, que me parece perfectamente plausible, de que estos fra. casados sufren, pero que sus limitaciones intelectuales les impiden manifestarlo al exterior. Lo cierto es que no han organizado ningún

ataque concertado contra la sociedad, a la que quizá pudieran acusar de ser su tirano. Ahora bien, no es imposible que, en los últimos cincuenta años, algunos de ellos, casi sin saberlo, hayan estado esperando y deseando, con sorda ira, una dirección para actuar que ellos eran incapaces de proporcionarse a sí mismos.

SEGUNDA PARTE
RETROCESO DE LAS CLASES BAJAS

CAPÍTULO QUINTO

Estatuto del trabajador

1. Edad de oro de la igualdad.

En la primera parte de este libro he pasado revista a los distintos medios por los que se realiza la promoción de nuestra élite moderna; sin duda, el resultado es espléndido. Ya no brilla el genio individual y aislado; por primera vez el mundo asiste al espectáculo de toda una clase brillante: ese 5 por 100 de un país que conoce el significado y trascendencia de esa simple cifra: 5 por 100.

Cada miembro de la élite es un especialista acreditado.

Nuestro conocimiento, que se ha hecho acumulativo de generación en generación, progresa a ritmo cada vez más acelerado. En sólo cien años estamos a punto de hacer realidad las utopías de Platón, Erasmo y Bernard Shaw.

Pero si la sociología ha llegado a alguna verdad indubitable tal verdad es que ninguna sociedad es completamente estable, que siempre hay tensiones y conflictos. En la primera parte de este ensayo ya he hecho alusión a algunas de estas tensiones, correlativas a los progresos de la meritocracia: tensiones entre la sociedad y la familia, entre las diferentes piezas de la estructura educativa, entre viejos y jóvenes, entre el fracasado, que desciende de clase social, y los demás miembros del proletariado. En esta segunda parte, y desde este mismo punto de vista, voy a analizar las consecuencias del progreso para las clases bajas, y, como antes he dicho, especialmente para los nacidos en ellas.

Otro método de análisis es el histórico; una vez más establezco un paralelo con la situación vigente hace una centuria. Taylor ha denominado a ese período "la edad de oro de la igualdad". Una especie de manía igualitaria prevalecía entonces porque dos principios contradictorios para la legitimación del poder social rivalizaban entre sí (el principio del parentesco y el principio del mérito) y casi todo el mundo, en el fondo de su corazón, creía en los dos a la vez. Toda persona consideraba lógico ayudar a subir a sus hijos y honrar a sus padres, y juzgaba igualmente lógico conseguir el triunfo y los honores por medio de su capacidad personal. La

consecuencia era que cualquiera que había alcanzado una situación privilegiada.

da al amparo de uno solo de estos principios podía ser combatido con las armas del otro: el hombre que nacía ya encumbrado era criticado porque no "merecía" su buena fortuna, y al de origen humilde, que subía por esfuerzo, casi se le tachaba de impostor. Por este procedimiento no resultaba difícil minar la posición de los poderosos, o al menos someterles a acres censuras.

Muchos eran "catapultados" por las riquezas o la influencia familiares; se beneficiaban no sólo de la cultura que vivían en sus hogares, sino también de las mejores escuelas y colegios, de viajes al extranjero y de una formación profesional muy cara, que les daba acceso al bufete, a la clínica o a la dirección de empresa: en una palabra, a todas las ventajas reservadas hoy en día exclusivamente a quienes las merecen. Pero como este trato de privilegio era aprobado solamente por la mitad del código moral los beneficiarios sólo se sentían tranquilos a medias en la posición social conquistada por esos procedimientos. No se podían decir a sí mismos con total convicción que eran los hombres más idóneos para el cargo que ocupaban porque sabían que no se lo habían ganado en competición abierta, y si eran sinceros para con ellos mismos habían de reconocer que por lo menos una docena de sus subordinados habría desempeñado ese cargo tan bien como ellos, o quizá mejor. Aunque a veces trataban de combatir estas dudas con una descarada afirmación de confianza en sí mismos tal actitud era algo difícil de sostener cuando se oponía abiertamente a los hechos. El hombre de la clase alta tenía que ser en verdad muy falto de perspicacia para no haberse dado cuenta, alguna vez en su vida, de que un soldado de segunda en su regimiento, un mayordomo o "mujer de faenas" en su hogar, un conductor de taxi o de autobús, o sencillamente esos trabajadores humildes, de rasgos enérgicos y ojos vivaces, que todos nos encontramos en los trenes o en las tabernas campesinas, que todas esas personas poseían, a veces, una inteligencia, sabiduría y buen sentido por lo menos iguales a los suyos, y que hasta la aldea más pequeña y pobre poseía su Judas el Oscuro *. Si hubiera percibido esta verdad, si hubiera reconocido que a veces los que socialmente eran sus inferiores le eran biológicamente superiores, si la gran variedad de tipos observable en todas las clases sociales le hubiera hecho pensar, un tanto oscuramente, que, "a pesar de todo, un hombre

siempre es un hombre", no cabe duda de que se habría sentido inclinado a tratar a sus semejantes con mayor respeto.

Pero aun cuando los encumbrados lograsen engañarse a sí mismos no conseguían dar el cambiao a sus subordinados. Estos se daban cuenta de que muchos de sus superiores estaban donde estaban no tanto por lo que sabían cómo por sus parientes y relaciones, por lo que, con exageración ya manifiesta, pasaban a juzgar a todos los magnates por el mismo rasero. Si hemos de dar crédito a las novelas de la época existían bastantes hombres de talento que no reparaban en esfuerzos para hacer saber, en el club de golf o en la fábrica, que habían subido por "el camino áspero", es decir, por sus propios méritos. Pero ¿quién podía saber hasta qué punto en el éxito había influido la casualidad o la falta de escrúpulos había compensado la de talento? Los trabajadores siempre tenían sus dudas. Seguían con sus críticas de los "poderes establecidos" y de esta forma mantenían en guardia hasta a las personas capaces. La energía derrochada en estas críticas y contracríticas era enorme.

Una consecuencia todavía más importante de estos conflictos de valoración era que los trabajadores podían juzgarse a sí mismos en forma muy diferente a como los juzgara la sociedad. A menudo el concepto subjetivo y el objetivo de una persona eran polos opuestos. El trabajador solía decirse a sí mismo: "Sí, sin duda, no soy más que un obrero. ¿Por qué me he quedado en simple trabajador?

¿Es que no sirvió para nada más? Desde luego que sí. Si hubiera tenido buenas oportunidades los demás hubieran sabido quién era yo. Doctor, cervecero, ministro... Podría haber sido cualquier cosa. Nunca tuve la opción y por eso no soy más que un trabajador. Pero que nadie piense que valgo menos que los demás. En realidad, valgo más".

La injusticia del sistema educativo permitía que la gente conservara sus ilusiones; la desigualdad de oportunidades reforzaba el mito de la humana igualdad. Sabemos hoy que sólo se trata de un mito; pero no lo sabían nuestros antepasados,

2. Un abismo entre las clases.

Esta evocación del pasado nos muestra bien a las claras qué cambio tan grande se ha producido. En aquellos días ninguna clase tenía una inteligencia homogénea: las personas inteligentes de las clases superiores

tenían mucho en común con el sector inteligente de la clase baja, pero también con los negados de su propia clase. Como hoy en día las personas se agrupan según su capacidad el abismo entre las clases se ha hecho más profundo. En primer lugar, las clases superiores no se debilitan por dudar de sí mismas y autocriticarse. Los hombres sobresalientes saben que el éxito no es más que la recompensa debida a su capacidad, a sus esfuerzos y a sus innegables realizaciones.

Merecen pertenecer a una clase superior. Por otra parte, saben que no solamente están mejor dotados, sino que además una formación superior ha sido superpuesta a sus cualidades nativas. La consecuencia es que pueden acercarse más que nadie a la comprensión total de la complejidad, siempre creciente, de nuestra civilización técnica. Reciben una profunda formación en materias científicas y son los hombres de ciencia los que han heredado la tierra. ¿Qué pueden tener en común con aquellos cuya educación terminaba a los dieciséis o diecisiete años, dejándoles solamente un ligero barniz, no de ciencia, sino de pseudociencia? ¿Cómo podrían conversar con las clases inferiores de igual a igual si hablan un lenguaje distinto, más rico y más exacto? Actualmente la élite sabe que de no ser por graves errores de administración, que se corrigen automáticamente apenas conocidos, los inferiores desde el punto de vista social lo son además en otros aspectos, y muy en especial, en las cualidades fundamentales de inteligencia y formación, que dominan el sistema de valores, más lógico, del siglo XXI. De aquí se deriva uno de nuestros problemas modernos más característicos: algunos miembros de la meritocracia, como reconocen muchos reformadores moderados, se han creído tanto su propia importancia, y a veces han cometido tales faltas de tacto, que han llegado a ofender innecesariamente a sus subordinados y a enajenarse su simpatía. Los colegios y universidades tratan de inculcar un sentido más adecuado de la humildad: pues incluso el hombre moderno, ¿qué cuenta junto a las maravillas que la Naturaleza ha puesto en el universo? Sin embargo, por el momento las relaciones públicas con las clases inferiores no son lo que debieran ser.

Por lo que respecta a las clases bajas su situación también ha cambiado. Hoy en día todas las personas, por baja que sea su situación, saben que no se les han escatimado sus posibilidades. Continuamente se las somete a nuevos tests. Si por una vez no alcanzan la marca requerida tienen varias

oportunidades más para demostrar su capacidad. Naturalmente, si han sido tachados de negados repetidas veces ya no pueden hacerse ilusiones; la idea que se forman de sí mismos es ciertamente poco halagadora, aunque saben que es la verdadera. No tienen más remedio que reconocer que si ocupan una posición inferior no es, como en otros tiempos, porque se les niegan las oportunidades, sino porque ellos mismos son inferiores. Por primera vez en la historia humana el hombre de escasa calidad no puede preservar su propia estimación. Esto ha enfrentado a la psicología contemporánea con su más grave problema. Es muy probable que los hombres que pierden el respeto hacia sí mismos tengan una vitalidad menguada, sobre todo si son inferiores a sus propios padres, y, por consiguiente, descienden de categoría social; pueden incluso dejar de ser buenos ciudadanos o buenos técnicos. El hombre corriente no puede prescindir de una hoja de higuera con que taparse.

Es natural que las consecuencias de esta degradación de la situación del inferior, y a la vez, de este ensalzamiento de los de arriba, hayan preocupado hondamente a las ciencias sociales. Desde luego, la solución no está a la vuelta de la esquina. El doctor Jason propuso su "argumento de los renacuajos", que se puede resumir así en pocas palabras: en conjunto, todos los renacuajos son más felices porque saben que algunos de ellos han de convertirse en ranas. Pero esto es, a lo sumo, una verdad a medias. Es posible que los jóvenes sean más felices; pero, ¿y los renacuajos viejos que saben que ellos nunca han de volverse ranas? Esta teoría no ha hecho más que confundir las cosas. Pero como el mismo lord Jason se convirtió en "rana" el estado de la cuestión pudo progresar, aunque lentamente.

La situación se ha resuelto, más o menos, por cinco factores diferentes. En primer lugar, por la doctrina pedagógica que inspiró la enseñanza en los colegios elementales.

Cuando se creó este tipo de colegios nadie sabía cuál debía ser el contenido de la enseñanza proporcionada a las clases inferiores. A los muchachos se les enseñaba a leer, escribir y las cuatro reglas de aritmética, así como a servirse de instrumentos sencillos, como calibradores y hasta micrómetros. Pero esto representaba solamente el esqueleto del plan, sin una ideología que lo informara. Los colegios tenían una función bastante más importante que la de enseñar a los alumnos unas cuantas técnicas elementales; debían también inculcar una actitud mental que les permitiera

realizar con eficiencia sus futuras tareas en la vida. Las clases inferiores necesitaban un Mito, y lo obtuvieron: el Mito Muscular. Felizmente ya poseían este mito en forma rudimentaria; los colegios no han hecho sino perfilarlo, dándole su formulación definitiva, que es el culto a la proeza física, perfectamente diferenciada de la intelectual. No ha sido difícil, porque la afición de los ingleses al deporte era tradicional y en ninguna clase tan arraigada como en la clase baja. Los colegios elementales no rompían con el pasado, sino que construían sobre él cuando incitaban a los alumnos a valorar la fuerza física, la disciplina corporal y la destreza manual. El deporte, la gimnasia y los trabajos manuales y de artesanía constituyen hoy en día el núcleo de los planes de enseñanza en este tipo de colegios. Este inteligente enfoque ha conseguido un doble objetivo. Se ha fomentado en la clase baja el aprecio del trabajo manual y se le ha enseñado a disfrutar más de su tiempo libre. Este segundo resultado es probablemente el más importante. Los alumnos más capaces han sido entrenados para tomar parte activa en juegos y deportes, lo que pueden seguir haciendo fuera de la escuela, y los demás, que constituyen la gran mayoría, han tomado en gran estima el boxeo, fútbol y demás deportes que cada noche pueden presenciar por televisión en sus propios hogares. Han aprendido a valorar las hazañas físicas casi tan alto como nosotros, los de las clases superiores, valoramos las del espíritu.

En segundo lugar, el movimiento para la educación de adultos, una vez llegado a la madurez, no sólo ha conservado y ampliado los centros regionales, sino que además ha conseguido que toda persona acuda a ellos, cada cinco años, para someterse a un nuevo test de inteligencia, sin tener en cuenta los resultados anteriores. Los tests todavía pueden ser más frecuentes, a petición del interesado. Algunos cocientes han experimentado variaciones muy notables, tanto en más como en menos, en los años medios de la vida. Al difundirse ampliamente estos cambios en los periódicos populares ello ha dado nuevas esperanzas a más de un técnico ambicioso. Además, como actualmente el tratamiento psiquiátrico se administra gratuitamente en todos los centros de trabajo muchas personas con barreras emocionales que les impedían el pleno desenvolvimiento de sus facultades han logrado una completa curación.

Tercero: incluso después de haber perdido ellos mismos toda esperanza muchos matrimonios de bajo cociente intelectual se consuelan pensando

que, por lo menos, sus hijos o nietos conservan la posibilidad de ingresar en la meritocracia. Este consuelo tiene un fundamento psicológico real. Los psicólogos han mostrado que los padres cuyas ambiciones se ven frustradas desplazan éstas invariablemente hacia sus hijos. Les basta la idea de que sus hijos puedan alcanzar lo que a ellos mismos les ha sido negado. "Actuad de acuerdo con nuestros deseos y no con arreglo a nuestras propias obras", le dicen a su posteridad. Esta ley puede expresarse incluso en términos cuantitativos: de acuerdo con el conocido principio de la compensación de aspiraciones cuanto mayor es la frustración experimentada por los padres en sus propias vidas mayores son sus aspiraciones para sus hijos. Casi desde el momento en que fallan en la escuela sus primeros tests de inteligencia los niños pueden consolarse pensando que algún día tendrán hijos que lo harán mejor que ellos, y si de los informes de los profesores se desprende, sin lugar a dudas, que los hijos también son torpes, todavía quedan los nietos. El fracaso personal no es tan penoso si queda la perspectiva de un posible triunfo por representación. Si todos gozan de la oportunidad de subir a través de la escuela ya se puede creer en la inmortalidad: se seguirán teniendo oportunidades por el intermedio de la generación siguiente. Más todavía: cuantos más hijos más posibilidades de subir a través de ellos; esto explica en parte el aumento de la natalidad observado en la segunda mitad del pasado siglo, después de las reformas.

Cuarto: otro factor favorable ha sido la misma estupidez de las clases inferiores, que las ha consignado a la situación en que se encuentran. Un error cometido por muchos sociólogos es el de atribuir a las clases bajas la misma capacidad que ellos poseen; se trata de un hábito mental parecido al antropomorfismo. Sin duda, los sociólogos se sentirían vejados si se les negase la categoría social que les corresponde. Pero, en este caso, las clases bajas no son los estudiosos, sino el objeto del estudio. su actitud mental es por fuerza diferente. Las personas de poca inteligencia tienen valiosísimas cualidades: son trabajadores, realizan su tarea a conciencia, son fieles a sus deberes familiares. Pero a la vez son inocentes, carentes de ambición e incapaces de comprender en su integridad la grandiosa estructura de la sociedad moderna, por lo que literalmente no pueden protestar eficazmente. Algunos sienten un oscuro descontento, sin estar muy seguros de cómo han de reaccionar, y toman el camino del psicólogo o del sacerdote. A la

mayoría no les ocurre ni eso porque no llegan a enterarse del trato que se les da.

3. Adelantados de los trabajos inferiores.

Pero el quinto, y más importante, de los factores que han contribuido a salvar la situación ha sido la introducción de la selección científica en la industria. En el capítulo precedente he mostrado cómo la promoción por el mérito sustituyó gradualmente a la promoción por la edad; cómo el principio selectivo que presidía el ingreso en los colegios de humanidades y en las universidades se aplicó también al mundo del trabajo. Voy a tratar ahora del destino que en éste ha correspondido a las generaciones salidas de los colegios elementales.

La selección por abajo operada por estos colegios ha sido imitada por la Industria, con no menos fidelidad, y con consecuencias por lo menos tan grandes como en el caso de los colegios de humanidades. De nuevo el punto de partida es la guerra de Hitler. En los primeros años de esa guerra los métodos de asignar destino a los reclutas se gobernaban casi exclusivamente por el azar, al igual que sucedía en la industria. Sólo después de varios desastres se adoptó un sistema más inteligente, descrito en una de las historias oficiales de la guerra por las siguientes frases de un destacado psiquiatra que prestó sus servicios durante la misma:

"En la distribución del personal debe ser principio fundamental que ningún hombre sea designado para un trabajo que está muy por encima, o muy por debajo, de su capacidad. Cualquier otro método de distribución conduce a la dilapidación de energía o a la destrucción de la eficiencia de las unidades".

¡Qué palabras tan sagaces y previsoras!

Ya por el fin de la guerra estas directrices se cumplían, y muy pocos hombres que ingresaban en las fuerzas armadas eran designados para un destino hasta que su inteligencia y aptitudes se habían medido con tanta exactitud como permitían los toscos métodos de la época.

Se alcanzaba una eficiencia mucho mayor en la utilización del personal cuando los torpes eran dejados aparte, y esta enseñanza no fue olvidada por algunos de los mejores cerebros de la industria civil. Esto era mucho antes de que los que se anunciaban buscando trabajo empezaran a citar en sus

anuncios los cocientes intelectuales; y esto, a su vez, también empezó a hacerse antes de que la dirección del Centro Eugénico se decidiera a expedir, por teletipo, certificados de esos cocientes a quienes legítimamente los solicitaban. Pero la mayor de las innovaciones de los años cuarenta fue el Cuerpo de Adelantados. Este cuerpo de cavadores y carreteros era indispensable, y cuando se adoptó la práctica de nutrirlo con hombres que no alcanzaban el cociente necesario para ingresar en los Servicios de Información el aumento en la eficiencia fue espectacular. La moral de estos hombres torpes mejoró considerablemente. Ya no estaban obsesionados por tener que competir con personas muy superiores a ellos. Estaban entre sus iguales; como las oportunidades de todos eran muy limitadas eran más iguales entre sí; y, como consecuencia, eran más felices, sufrían menos depresiones y trabajaban más. El ejército había asimilado la lección de los colegios: las personas aprenden con más facilidad, y rinden más, cuando se las agrupa con miras cuya inteligencia (o falta de ella) es más o menos igual.

Hasta el período 1960-1970 no se introdujo esta enseñanza en la vida civil. Las personas inteligentes acostumbraban a plantearse lo que pensaban era un problema difícil. "Quién -se preguntaban- llevará a cabo los trabajos inferiores en la sociedad del mañana?" Los que aparentemente conocían la solución se apresuraban a contestar: "Pues las máquinas, naturalmente; ellas serán los robots del futuro". Era una buena respuesta, pero de validez sólo parcial, dado el gran número de trabajos que nunca podrán ser realizados por máquinas. Más adelante, cuando se apercibieron de los nuevos y extraordinarios progresos alcanzados en el terreno de los tests de inteligencia y aptitud, y de la selección vocacional, los empresarios se dieron cuenta de que un Cuerpo de Adelantados o Iniciadores, ya para el tiempo de paz y con carácter permanente, podía ser una solución práctica del problema.

Poco a poco fueron descubriendo cuál era la respuesta correcta a la vieja pregunta: "¿Quién llevará a cabo los trabajos inferiores?" Esta respuesta es: "Pues aquellos a quienes les guste hacerlos, naturalmente".

Desde luego, era necesaria la creación de un cuerpo civil permanente de adelantados, o sea, hombres de fuertes músculos y pequeños cerebros (seleccionados por otros hombres de músculos débiles y grandes cerebros), que no sólo sobresalían en levantar cargas pesadas y vaciar cubos de basura,

sino que además gozaban con semejantes tareas. En efecto, nunca se les pedía que hicieran más de lo que podían hacer. Nunca se les obligaba a juntarse con otros hombres que los hubieran abochornado vaciando los cubos de la basura más aprisa que ellos, o, lo que era todavía peor en aquel tiempo, enviando tanto la basura como los cubos mismos al depósito de basuras (una muestra de deficiencia mental, o de genio). Sin embargo, aun los empresarios más progresivos iban con mucha cautela, y aún parecían sentir vergüenza por estas innovaciones. Se les desconcertaba fácilmente con una alusión a los gammas de Huxley o a los proles de Orwell. Pero los empresarios no se daban cuenta que estos dos escritores no habían atacado el principio de igualdad de oportunidades, sino los efectos del condicionamiento y la propaganda. Por estos medios hasta las personas inteligentes podían ser obligadas a aceptar un destino de trabajadores manuales. Y hoy sabemos que a largo plazo esto es imposible, y a corto plazo lleva a una absurda dilapidación de recursos y a crear un complejo de fracaso en los interesados. Porque los únicos trabajadores manuales de buen rendimiento son, como sabemos actualmente, los que no tienen la capacidad para hacer nada mejor. Los modernos métodos progresivos no tienen nada que ver con estos "mundos felices": Pero al principio no todos los empresarios se dieron cuenta de que estas innovaciones, que combinaban la justicia y la productividad, el orden y la mera humanidad, constituían una nueva etapa del progreso humano, hecha posible por los progresos de las ciencias sociales.

El Cuerpo de Adelantados fue el pendant de la clase de los altos funcionarios en la administración pública; su significación histórica es nada menos que ésa. La competición abierta para la provisión de cargos públicos llevó al establecimiento del principio de que los puestos de mayor responsabilidad debían ser ocupados por las personas más aptas; el Cuerpo de Adelantados representó el triunfo del principio, correlativo con el anterior, de que los trabajos más elementales debían ser desempeñados por las personas de menor capacidad. En otros términos: se configuraba una sociedad en que el poder y la responsabilidad, y no sólo la educación y la formación profesional, guardaban proporción con el mérito de la persona. De los dos principios el primero fue aceptado mucho más rápidamente: nadie quería que el país recibiera unas cuantas bombas de hidrógeno, o se quedara sin divisas, sólo porque en Whitehall no estaban absolutamente las

mejores montes de la nación. El Cuerpo de Adelantados tropezó con mucha mayor oposición. Piste parentesco entre dos principios que hemos citado no fue inmediatamente reconocido. Muchos pusieron objeciones (y entre ellos un creciente número de socialistas) alegando que el sistema iba contra la dignidad humana. Palabras vagas, por. que los conceptos eran confusos. La realidad pura y sim. ple era que la inmensa mayoría de las personas todavía no habían acomodado su modo de pensar a los principios del mérito.

En la triste Inglaterra de los tiempos pasados era completamente lógico abogar por la igualdad. En efecto, en lo que cuenta de verdad, o sea, en capacidad intelectual, los obreros, los campesinos, o cualquier otra clase, valían tanto como sus amos. Pero los adversarios del Cuerpo de Adelantados no supieron darse cuenta de que el mérito había ido desplazando a la herencia como principio de se. lección social, lo que había privado de sentido a todas sus peroratas sobre la igualdad. No se puede negar que lo característico en los hombres no es la igualdad, sino la desigualdad de sus dotes, que es lo que hace que surjan hombres geniales. Pero, una vez que todos los talentos se incluyen entre la élite, y todos los negados entre los obreros,

¿qué sentido tiene seguir hablando de igualdad? El único ideal defendible es el de iguales derechos para iguales inteligencias. La supresión de toda desigualdad en la educación no hace sino poner de relieve todavía más las insoslayables diferencias producidas por la Naturaleza.

Además, el hecho innegable y decisivo fue que los adelantados (o trabajadores manuales, como se les llamó en un principio, para diferenciarlos de los trabajadores mentales) eran felices. Nadie deseaba que se llenaran las salas de los hospitales de enfermedades mentales y, sin embargo, esto es precisamente lo que la industria venía haciendo durante muchos años con su sistema de designar a personas poco inteligentes para puestos que excedían de su capacidad. Nadie quería, y menos que nadie los socialistas, causar sufrimientos innecesarios. El principio "ob.

tener de cada cual según su capacidad" estaba empíricamente justificado. Los trabajadores eran más felices, y también, por la misma razón, las clases medias con cocientes entre 100 y 125. Los psicólogos pusieron de relieve una y otra vez que encargar a un hombre muy inteligente un trabajo de rutina era francamente desastroso, y des. embocaba en la enfermedad, el ausentismo y la neurosis, y recíprocamente, desde

luego. Por tanto, el conseguir en las diversas capas sociales que el oficio se conformara a la inteligencia no era sino una alta expresión de eficiencia y de humanidad: motor de la productividad y liberación de la persona. Sin estas conclusiones, debidas al estudio científico de las relaciones humanas en la industria, el resentimiento por la degradación del estatuto de las clases inferiores, y por su separación cada vez mayor de las clases altas, hace mucho tiempo que hubiera trastornado todo el orden social.

4. La nueva desocupación.

El principio fundamental del pensamiento social moderno es la desigualdad entre los hombres; de aquí se sigue un verdadero precepto moral, a saber, que a todos los hombres corresponde una situación en la vida acorde con su capacidad. Al cabo de una larga lucha la sociedad por fin se ha dejado convencer: las personas superiores han sido elevadas y las inferiores correlativamente rebajadas. Ambos tipos de personas llevan, por así decirlo, trajes que les caen bien, y es muy difícil que las clases inferiores hubieran sido tan dóciles si no se hubieran encontrado a gusto dentro de sus trajes. Los psicólogos lograron separar a los torpes de los inteligentes. Pero, una vez localizados los negados, había que resolver otro problema: ¿qué trabajo había que encomendarles? De nada servía constituir un Cuerpo de Adelantados si no había trabajo para ellos.

En el período especial que estoy estudiando, o sea, antes de 1963, muy pocos observadores contemporáneos se apercibieron de que el progreso económico amenazaba con producir un nuevo tipo de desocupación selectiva. Esta tendencia era patente, bastaba con fijarse un poco, pero no lo hizo casi nadie. En realidad, a algunos no se les escapó un proceso que se estaba llevando a cabo: el de la mecanización progresiva; pero ninguno reparó en las inevitables consecuencias de tal proceso en el plano humano. Se sabía que la principal utilidad de la maquinaria era el ahorro del factor trabajo; pero a nadie se le ocurrió preguntar: ¿qué clase de trabajo? La desocupación general, que afectaba por igual al inteligente y al estúpido, era el único tipo de paro que a la gente se le alcanzaba; pero el desempleo que afecta sobre todo a los intelectualmente inferiores apenas si era influido por los espíritus más perspicaces.

Después de la llamada "revolución industrial" cuando muchos procesos previamente efectuados a mano iban haciéndose a máquina, el trabajo

manual no estaba de más, ni mucho menos: la manufactura y la "maquinofactura" progresaban a la par. La maquinaria de los primeros tiempos era un don de los dioses para el negado. Se manejaba con la mano (no con el cerebro) y la atención continuada y monótona al funcionamiento de la máquina encajaba perfectamente con las aptitudes de los trabajadores escasamente dotados, sin especialización o casi sin ella. En una fábrica tipo de mediados del siglo XX había una división tajante entre los obreros especializados y el resto de ellos. Por un lado estaban los delineantes y calculadores, administradores e inspectores, y los hombres que atendían al montaje, mantenimiento y reparación de la maquinaria.

Por otro lado quedaban los que alimentaban la máquina con materias primas o combustible, tocaban unos pocos resortes y palancas y recogían el producto ya terminado; o bien los que añadían una sola pieza, en la llamada producción en cadena. Poco a poco esta separación se fue haciendo cada vez más pronunciada, como contrapartida de las divisiones sociales; el personal técnico fue subiendo de categoría a medida que la maquinaria a su cargo se iba haciendo cada vez más compleja y los ejecutores de trabajos rutinarios tuvieron una consideración cada vez menor a medida que la tarea a ellos encomendada se iba simplificando.

Cada vez se exigía más de los trabajadores especializados y menos de los no cualificados, hasta que finalmente estos últimos dejaron de ser necesarios. Como su misión era de pura rutina, podía, por definición, ser ejecutada por máquinas. Cuanto más sencillo era un trabajo más fácil era encomendarlo a una máquina; ésta se alimentaba a sí misma, ponía en acción sus propios resortes y extraía el artículo ya terminado. Los procesos semiautomáticos acabaron siendo completamente automáticos. El desplazamiento del trabajo inferior por la máquina se aceleró mucho después de la guerra de Hitler merced al desarrollo de la electrónica, y especialmente de los servomecanismos, aptos para dirigir procesos industriales descompuestos en sus movimientos más simples. Tan notable fue el progreso que una nueva palabra ("automación") se acu. no para designar el viejo proceso de la mecanización, en la nueva forma que estaba adoptando.

'Al principio el desplazamiento del trabajo no se manifestó abiertamente. Como era de rigor los sindicatos no hicieron diferencias entre el inteligente y el estúpido; par

Fa ellos los hombres cuyos puestos de trabajo habían sido sacrificados al proceso técnico eran afiliados que había que proteger como cualesquiera otros; por ello insistieron en que los trabajadores que perdían sus empleos por culpa de la maquinaria y de su ahorro de trabajo no debían ser despedidos, sino conservados para realizar cualquier misión, por innecesaria que fuera: por ejemplo, "vigilar" el trabajo del robot en vez de "manejarlo", como antes ocurría con la máquina. Incluso los dirigentes sindicales más inteligentes no quisieron reconocer que los únicos intereses amenazados eran los de los trabajadores de más baja capacidad, incapaces de ejecutar un trabajo algo complicado; adhiriéndose a las opiniones igualitarias entonces en boga, en el sentido de que cualquier hombre valía tanto como otro, se solidarizaron con los que sobraban y apoyaron los esfuerzos de los sindicatos para evitar los despidos. Los empresarios accedieron a menudo a estas exigencias para mantener buenas relaciones con su personal o porque se sentían responsables, más que el mismo Estado, de velar por sus "hermanos más débiles". Los empresarios tardaron mucho tiempo en darse perfecta cuenta de la urgente necesidad de reducir los costes laborales y hasta entonces ignoraron qué nutrida carga de pasajeros figuraba en su nómina. Todavía en el período 1950-1960 un número muy elevado de trabajadores sin cualificar se pasaban el tiempo entrando en un oficio y saliendo de otro, siempre cambiando, porque eran incapaces de conservar en ningún sitio un empleo estable. Millones de personas cambiaban de trabajo cada año. Posiblemente el empresario se daba cuenta de que los movimientos de personal en su firma eran muy intensos, pero, como todavía no se empleaban los tests para medir la capacidad de los nuevos aspirantes no podía darse cuenta de que la razón primordial de tales cambios era que la mayoría de los obreros no tenían la suficiente capacidad para desempeñar su función. Si además la coyuntura era de pleno empleo los obreros no figuraban como parados, sino en períodos breves entre dos empleos, y no había forma de conocer la existencia de este "ejército industrial flotante". Pero de hecho muy pocos de éstos que estaban siempre moviéndose proporcionaban a sus empresarios una compensación adecuada por los salarios que recibían.

Muchos que no encontraban sitio en la industria fueron a parar a un trabajo oficinesco de rutina o ingresaron en el sector de la distribución. Esta fue una buena solución, pero no podía ser permanente. La mecanización,

después de empezar en las fábricas, no podía circunscribirse a ellas: los despachos y las tiendas también fueron invadidos. A mediados del pasado siglo los mecanógrafos y tenedores de libros eran todavía frecuentes en las oficinas; ya por el último cuarto de siglo habían desaparecido completamente. La llevanza de las cuentas se encomendó a las máquinas calculadoras y los mecanógrafos ya no fueron necesarios como intermediarios entre la palabra hablada y la escrita. En cuanto a las tiendas, a mediados de siglo todavía empleaban a millones de personas; veinticinco años después, aunque los vendedores no habían desaparecido, ni mucho menos, ya quedaban bastantes menos. Los grandes almacenes, con su utilización más económica del personal, habían sustituido a muchas tiendas pequeñas; la rápida difusión de los autoservicios, en forma ya algo parecida a la actual, redujo el número de dependientes que se precisaban, y la distribución por tubos del té, la leche y la cerveza se extendía rápidamente.

5. De nuevo, servicio doméstico.

El comité Clauson, en su informe de 1988, aventuró la opinión de que por aquella fecha un tercio de todos los adultos no podía ser adecuadamente colocado en la economía ordinaria. La complejidad de la civilización les había dejado atrás; por su falta de inteligencia no podían encontrar refugios en la estructura profesional ordinaria y necesitaban alguna forma de "empleo protegido". ¿Qué había que hacer con ellos? Sólo quedaba una posible solución. Las personas que habían concluido su vida escolar en las escuelas para infradotados o en los grupos inferiores de los colegios elementales sólo podían ser útiles en un oficio: el servicio personal. Muchos podían, por ejemplo, si se les preparaba adecuadamente en los Centros Gubernamentales de Formación Profesional y se les controlaba después cuidadosamente, prestar servicios en los restaurantes y lugares de esparcimiento, en los transportes, o como porteros de las fincas o vigilantes en general.

Esto ya era un primer paso. Pero como adivinó lord Clauson sólo se llegaría al pleno empleo de las clases inferiores cuando una gran parte de éstas se dedicara al servicio personal dentro de los hogares. Esta recomendación fue agriamente criticada tanto en el Parlamento como en las tribunas electorales. Pero, ¿qué otra cosa se podía hacer? Los críticos no podían presentar proposiciones constructivas. Era un absurdo que muchas

personas inteligentes perdieran parte de su tiempo en la realización de faenas puramente manuales para sí mismas. Una persona bien dotada recibía, a expensas del Estado, una formación muy larga, primero en los colegios de humanidades y luego en la universidad, y después de terminada su educación se le confiaba un puesto de mucha responsabilidad en la industria o en el comercio. El trabajo debía haber acaparado todos sus esfuerzos, y su tiempo libre tenía que haberse utilizado para reposición de energías. En vez de eso, ¿qué ocurría? Que perdía parte de su tiempo útil no por dedicarse al trabajo para el que con tanto sacrificio se le había formado, sino recorriendo los autoservicios para comprar algún paquete de patatas o un poco de pescado congelado, o fregando platos, cocinando o haciéndose la cama. Esta dilapidación se daba también en el caso de varones, pero era mucho más acentuada en el supuesto de mujeres altamente inteligentes (y, por tanto, perfectamente formadas). A la mujer, después del matrimonio, no se le permitía (tan grande era el desorden de aquellos tiempos) que llevara a cabo el trabajo para el que estaba tan bien capacitada y con el que podía ser útil a la sociedad.

Todo lo contrario, tenía que disimular los estudios que había realizado y tratar de acostumbrarse a la escoba y al fregadero, como si fueran la recompensa más adecuada para una licenciatura cum laude, exactamente igual que si hubiera sido alumna de algún colegio elemental. Precisamente éste era el punto crucial: no valía la pena torturar con trabajos penosos a los inteligentes; era mucho más indicado dejar esos trabajos a personas que no los considerarían penosos porque eran incapaces de desempeñar una misión más destacada. Lo que constituía un suplicio para un cociente de 130 podía ser grato para uno de 85.

¿Es que la sociedad no había aprendido nada de los adelantados?

Los críticos replicaron que el servicio doméstico, más que servicio, era un acto servil. Tenían la tradición de su lado, pero no se pararon a pensar que en este caso era una tradición de corta vida. Durante miles de años todo el mundo aceptó que las clases altas tuvieran criados. Esta institución sólo desapareció transitoriamente en el período que medió entre el fin de la antigua aristocracia y el principio de la nueva; en aquella era de la igualdad en que a ningún hombre se le reconocía mérito suficiente para que le sirvieran sus semejantes, y en que nadie estaba seguro de nada, excepto que Juanito valía tanto como su amo. Pero cuando pasaron las circunstancias

que favorecían la tendencia igualitaria la situación cambió total. mente. No había ya inconveniente en restablecer el ser. vicio doméstico si se admitía con carácter general que algunos hombres eran superiores a otros; además, tal ser. vicio no despertaba resentimientos en el que lo ejecutaba porque los inferiores sabían que las clases altas tenían un importante papel que desempeñar y gozaban identificándose con ellos y cuidando de ellos. No cabe duda de que es mejor prestar servicios valiosos a una persona importante que languidecer viviendo a expensas del subsidio de paro. Naturalmente, se otorgaron garantías. Nadie deseaba asistir a la vuelta de los abusos vigentes en el siglo XIX. Todos los sirvientes fueron inscritos en la Asociación Nacional del Servicio Doméstico, que alcanzó a fin de siglo la cifra de diez millones de afiliados. Los que tomaban a alguien a su servicio debían pagarle el sueldo oficialmente fijado, proporcionarle un alojamiento higiénico; dar permiso al criado dos noches a la semana para asistir a un club deportivo regido por la asociación, pagarle un curso de repaso cada verano y no exigirle que trabajara más de cuarenta y ocho horas a la semana sin permiso de la autoridad local. En lo que respecta a las criadas el sistema dio buenos resultados, aunque había que contar con la absoluta falta de inteligencia de algunas, que, por ejemplo, estropearon más de un aparato de aire acondicionado. Pero con los hombres las cosas no fueron tan bien. A pesar de todas las experiencias realizadas por los centros de investigación de la asociación no se ha logrado dar con sucesores adecuados de los mayordomos y criados de otros tiempos. Hace más de cuarenta años que el paro masculino es superior al femenino.

6. Resumen.

Bajo el nuevo orden imperante se ha acentuado mucho la división de clases; el estatuto de las clases altas se ha elevado mucho, mientras que el de las bajas ha experimentado un retroceso. En este capítulo he analizado algunas de las repercusiones de este hecho sobre la estructura social. Todo historiador sabe que la lucha de clases era endémica en los tiempos anteriores al mérito, y, a la vista de la experiencia pasada, parece lógico pensar que toda pérdida de categoría de una clase tenía necesariamente que agravar el conflicto. Entonces, ¿cómo es que no ha sido así después de los cambios habidos en la última centuria? ¿Cómo la sociedad se ha mantenido

tan estable a pesar de la distancia cada vez mayor entre las clases superiores y las inferiores?

La razón fundamental es que esta nueva estratificación se ha llevado a cabo de acuerdo con un principio, el del mérito, generalmente aceptado en todos los niveles sociales. Hace cien años las clases bajas tenían una ideología propia (en lo esencial, idéntica a la que ahora está prevaleciendo) y tenían la fuerza precisa para usar de ella, tanto para elevarse ellos como para rebajar a los de arriba.

Negaban que las clases dominantes tuvieran derecho a la posición que ocupaban. Ahora bien, en las actuales circunstancias las clases inferiores ya no tienen una ideología propia en conflicto con el sentido ético de la sociedad en general, como tampoco la tenían en la edad de oro del feudalismo. Puesto que todo el mundo está de acuerdo en que el mérito es el que debe detentar el poder la discusión ya sólo puede girar en torno a los medios de selección empleados, pero no en torno al criterio valorativo al que todos se adhieren. Sin duda, esto es verdad; pero nuestro deber profesional como sociólogos nos obliga a llamar la atención sobre un peligro latente: el reconocimiento unánime de los derechos del mérito puede llevar a la desesperación a muchas personas que carecen por completo de él, y esto es tanto más peligroso cuanto que estas personas, no teniendo el talento necesario para elevar su protesta contra la sociedad, pueden volver su ira contra ellas y destrozarse a sí mismas.

La situación ha sido salvada por varios factores: el Mito Muscular, la educación de adultos, el desplazamiento de las ambiciones propias hacia los hijos y la estupidez congénita, y, sobre todo, aplicando también a la edad adulta las líneas generales que rigen el sistema educativo si en el mundo de los adultos, al igual que sucede en la escuela, los negados se agrupan sólo con sus semejantes no se les recuerda a cada paso su inferioridad. En comparación con los que les rodean no son en realidad inferiores; ahí están entre iguales, y pueden, aun en forma modesta, brillar desplegando sus cualidades más valiosas. Al moverse entre iguales la presión social se ejerce con menor intensidad sobre ellos y no cunde el resentimiento. Además, sienten respeto por los compañeros de su mismo grado de inteligencia, y esta solidaridad de clase, con tal :de que no degenera en una ideología subversiva, puede ser, y de hecho ha sido, un importante factor de cohesión

social. Durante algún tiempo hubo que hacer frente a la amenaza de un nuevo tipo de paro tecnológico; pero, después de la creación, sobre bases sólidas, de la Asociación Nacional del Servicio Doméstico una salida adecuada y permanente se puso al alcance de los graduados de nuestros colegios elementales.

Parece justo manifestar nuestra gratitud a Crosland, Taylor, Dobson, Clauson y demás fundadores de la sociedad moderna por la solidez con que supieron construir.

Pero no se puede sin peligro asegurar el carácter inconvencible de estas estructuras. Cualquier análisis sociológico; como el que he tratado de realizar en este capítulo, muestra bien a las claras que su estabilidad depende de un complicado sistema de controles y equilibrios. El descontento no puede ser totalmente eliminado ni siquiera en una sociedad racional. De cuando en cuando surge el paranoico, segregando resentimiento ante alguna injusticia monstruosa que imagina se le ha hecho; el romántico, que añora el desorden imperante en el pasado; la sirvienta, que se siente aislada hasta de los niños a los que cuida.

CAPÍTULO SEXTO

Ocaso del movimiento laborista

1. Una misión histórica.

Los numerosos seguidores del profesor Diver mantienen que las instituciones políticas tienen siempre carácter secundario y que son el efecto, nunca la causa, de las instituciones económicas y educativas. No niego que esta opinión sea cierta, mas no puedo aceptarla tal y como se la formula habitualmente. Sin duda, es verdadera en el momento actual, pero no es tan seguro que lo fuera en el pasado, en especial en el siglo XX. Una de las más trascendentales aportaciones de la escuela de Cambridge ha sido la de poner de relieve la importancia que en la época de transición tuvo el movimiento laborista. No se puede negar que, desde cierto punto de vista, aun entonces su misión fue secundaria. Los cambios sociales tuvieron su origen en la economía: el estímulo fue la competencia internacional y el instrumento la educación. Pero la urgente necesidad de una adaptación tenía que expresarse en un lenguaje que la gente pudiera comprender. Pues bien; la misión histórica del movimiento laborista fue difundir en el pueblo una nueva concepción de la vida.

Con su defensa de la igualdad los socialistas cooperaron no poco a ganar la batalla de la igualdad de oportunidades, y mientras ésta no se concluyó no había daño en ello.

Pero, una vez conseguida la igualdad de oportunidades seguir abogando por la igualdad no sólo era innecesario, sino que amenazaba con neutralizar los adelantos a los que el Partido Laborista tan eficazmente había contribuido. Nunca han faltado unos cuantos igualitarios integrales; incluso hoy se observa la aparición de algunos de ellos entre los populistas; pero, en conjunto, la gran mayoría del movimiento se ha sabido adaptar a los tiempos nuevos. El movimiento, tal y como era en otros tiempos, forzosamente tenía que declinar; de no ser así, la aceptación de su suerte por las clases bajas hubiera resultado muy difícil. Es posible que hubiéramos asistido no a una evolución, sino a una catástrofe. Me parece que para la comprensión integral de la pasada centuria es indispensable analizar el papel que en el curso de los acontecimientos ha correspondido a los socialistas, así en su auge como en su caída.

Una mejora de los métodos de selección social era la condición imprescindible del progreso. Sin embargo, otra revolución social, no menos profunda, era también ineludible. Todos los esfuerzos habrían sido vanos si no se hubiera preparado a las gentes selectas para su especial vocación. Si no se hubiera infundido en ellas un fuerte deseo de asumir sus responsabilidades el nuevo orden social se habría frustrado. Era preciso inculcar en todo el mundo un anhelo de subir hasta donde lo permitieran las respectivas capacidades. Para que la sociedad moderna alcanzara la madurez había que estimular la ambición y adaptar la mentalidad colectiva a las necesidades de la nueva era científica.

El socialismo ha contribuido poderosamente a esta evolución psicológica fundamental: el despertar de nuevos estímulos y la aceptación voluntaria de la disciplina necesaria para satisfacerlos. Como antecedente hay que tener en cuenta el protestantismo. Como Weber y Tawney mostraron hace ya mucho tiempo, una de las funciones más importantes del protestantismo fue la de fomentar el espíritu de lucro. Esta adaptación de la religión a las necesidades económicas fue lo que hizo posible la expansión en la Europa occidental y en aquellas partes del mundo que en otro tiempo pertenecieron al Imperio británico. El fracaso experimentado en este terreno por otras religiones más antiguas fue, por el contrario, factor decisivo en la aparición de las nuevas religiones del comunismo y el nacionalismo (conectadas entre sí), y en el desencadenamiento de las revoluciones en los períodos de transición. Para que la mentalidad rusa, china o árabe fuera capaz de asimilar los turbogeneradores, las varas electrostáticas o las pilas atómicas, el comunismo, aliado con el nacionalismo, fue absolutamente imprescindible.

En Gran Bretaña el protestantismo puritano condujo al país a través de las primeras fases de la primera revolución industrial. Pero más allá de cierto estadio de la evolución su eficacia habría cesado si, bajo la influencia de las Iglesias no conformistas, no se hubiera transformado en anglosocialismo, un nuevo movimiento evangélico, del tipo de los que adquirieron una influencia predominante en la primera mitad del pasado siglo.

La limitación del protestantismo era que, aun estimulando la adquisición de la riqueza, no sancionaba la absoluta necesidad de una mayor movilidad social. Llegaba incluso a aprobar la acumulación de

bienes de fortuna con el fin de legarlos a la posteridad. En lo fundamental no era más que una transacción (en aquel tiempo muy necesaria) con el extremismo hereditario del sistema feudal.

Sobre esta base el socialismo ejerció una influencia importante, aunque transitoria, que en lo esencial consistió en destacar un aspecto parcial de las enseñanzas del cristianismo, dejando en la sombra todos los demás. Insistió repetidamente en la igualdad. Algunos pensadores cristianos ya habían enseñado, aunque a veces sin la suficiente energía, que todos los hombres son hijos de Dios, y por ende, iguales a los ojos de su Padre; hijos ante Dios, hermanos entre sí. Los socialistas hicieron de esta idea un arma poderosa que utilizaron para vencer las resistencias a la evolución que deseaban.

"¿Qué derecho -se preguntaron- tiene un hombre a las riquezas cuando otro carece en absoluto de ellas? ¿Qué derecho tiene un hombre a dar la ley a su hermano? La desigualdad es una afrenta a la dignidad humana." Estas ideas no eran más que la sustancia misma del Evangelio.

Tal era su influencia que muchos socialistas de la primera época no habrían aceptado nunca la necesidad ineludible de la promoción individual, a no ser por la brillante invención de la igualdad de oportunidades.

Cuando la oportunidad de subir se alió con la igualdad fue ya tan respetable como el mismo Santo Grial. Los socialistas no se dieron cuenta de que en la práctica la igualdad de oportunidades equivalía a la oportunidad de ser desiguales. Esta ceguera era necesaria para que los socialistas ayudasen vigorosamente a despejar el camino al talento.

Como ya he explicado anteriormente, atacaron con la mayor energía todas las formas de desigualdad debidas a la herencia. Los derechos reales, la decadencia del nepotismo, una enseñanza secundaria y universitaria gratuita, la integración de los internados privados, el salario escolar, la supresión de la Cámara de los Lores hereditaria, son los progresos más importantes debidos a su iniciativa.

Soy de la opinión de que no se hubiera podido destronar el principio hereditario ni llevar a efecto la fundamental variación psicológica requerida por la economía sin el apoyo de una nueva religión, y esta religión fue el socialismo. Fue venciendo las resistencias principalmente en dos terrenos. En primer lugar, se enfrentó con las castas superiores. Después de una larga lucha se impidió a los ricos transmitir sus privilegios a sus hijos (en la

medida de lo posible esto se hizo sin trasladar los niños recién nacidos a las guarderías infantiles estatales). Para conseguir este adelanto fue necesario supeditar el egoísmo familiar a los intereses de la sociedad. Hubo que educar a los padres hasta hacerles ver que buscar puestos de responsabilidad para hijos torpes constituía un auténtico pecado y sacrificaba el bien común a los intereses particulares de unas cuantas familias. En realidad, el nivel adecuado de civismo no se ha alcanzado todavía. Pero al menos, y gracias a la incesante agitación socialista, las familias ricas terminaron por convencerse de la inutilidad de una resistencia abierta. ¿Por qué no se produjo una oposición más tenaz a los derechos reales por herencia o a la integración de los internados privados? Los ricos no podían luchar porque su moral había sido minada por las enseñanzas socialistas, sobre todo cuando, por razones de simple supervivencia, los conservadores acabaron por entenderse con sus adversarios. Aquellos conservadores vivían, como alguien ha dicho que viven los árabes, robándose unos a otros la colada. Atacados por los socialistas como infractores de la moral, abandonados por sus defensores, los detentadores de fortunas hereditarias acabaron por sucumbir, quedando sólo unas cuantas mujeres medio locas para continuar la lucha. En todas las sociedades los que poseen el poder y la riqueza necesitan que la moral sancione su buena fortuna para tranquilizar su conciencia. De otro modo las clases dirigentes carecerían de la seguridad imprescindible para llevar a cabo su misión. En los tiempos feudales el nacimiento facilitaba el acceso al poder; en la época capitalista este papel correspondía a la riqueza. Pero a medida que cambiaban las circunstancias los ricos hereditarios ya no pudieron mantener sus privilegios. Perdieron la confianza necesaria para gobernar y fueron cediendo el poder a los autodidactas, y más todavía, a los hombres de formación académica, que habían obtenido la aprobación moral de la sociedad, y, por consiguiente, la propia. Los nuevos dirigentes eran, con arreglo a los nuevos valores, los que merecían ostentar los atributos de la realeza.

En segundo lugar, el socialismo consiguió despertar la ambición en las clases trabajadoras. Para los socialistas el verdadero éxito tenía que ser a corto plazo, pues un éxito a largo plazo constituía en realidad un fracaso. Todo progreso hacia una mayor igualdad o amplitud de oportunidades en la educación o en la industria fomentaba las aspiraciones individuales. En la personalidad normal la ambición está siempre latente, presta a despertar

ante el estímulo de la esperanza. Las nuevas oportunidades con tribuyeron a crear nuevos deseos. La demanda, como siempre, se creó su propia oferta.

Hasta bien entrada la época isabelina la sucesión familiar en el oficio era mucho más corriente en las clases bajas que en las medias. En Londres o Liverpool el hijo de un cargador de muelle seguía con la ocupación de su padre, sin hacer caso de la influencia que sobre él se intentara ejercer en la escuela, porque para él era la mejor profesión del mundo. Igual ocurría con los hijos de los mineros en la zona de Durham, de los labradores en apartados rincones de Somerset, o de los trabajadores del acero en Corby o Scunthorpe. La mejora de las comunicaciones ayudó a desterrar tales absurdos, haciendo que todo muchacho, en cualquier distrito, pudiera tener conocimiento de niveles de vida muy superiores a los suyos, por muy lejos que vivieran los interesados. Las opiniones sobre los distintos oficios empezaron a formarse a escala nacional y dejaron de ser subjetivas. Más adelante los centros de educación de adultos utilizaron, con bastante astucia, el célebre argumento de analogía con lo que sucedía en el deporte. Según ellos, ningún técnico británico selecciona ría a los jugadores de su equipo local de fútbol sólo porque sus padres ya habían jugado en el mismo equipo, sin tener en cuenta si eran o no los hombres más apropiados.

Entonces, ¿por qué había de ser distinta la manera de proceder del empresario? Sin embargo, en tiempos recientes se ha pretendido desvirtuar este argumento. Según los actuales reformadores, si se pretende no jugar a un fútbol que no sea de primera clase hay motivos para sentir inquietud por todos aquellos que no son lo bastante buenos para conseguir un puesto en el equipo.

La ampliación de las oportunidades y la mejora de las comunicaciones, una vez que se practicaron intensamente, hicieron posible la transformación psicológica, pero no la hicieron necesaria. Sin el fermento de la agitación socialista el trabajador hubiera permanecido hundido en la apatía por carecer del empuje necesario para sacar ventaja de las nuevas posibilidades puestas a su disposición.

Es curioso que cada generación inteligente deba por sí misma llegar al conocimiento de la resignación con que el hombre ordinario acepta su suerte. En realidad, es bastante fácil que el técnico, además de pensar que debe conformarse con su trabajo por sus escasas posibilidades de conseguir alguno mejor, opine que sus hijos deben adoptar la misma actitud. De esta

apatía le tienen que librar, una y otra vez, los que tienen un sentido más certero de los valores. El socialismo desempeñó entonces el papel de liberador. Desterró la excesiva satisfacción de la propia persona. Le enseñó al técnico que no era inferior al presidente de la compañía y que éste, por consiguiente, no tenía derecho a su mayor riqueza. Predicando la igualdad sembró en las gentes la envidia, y ésta, como suele ocurrir, fue el estímulo de la competencia. Cuando un hombre se propone sobrepasar al que de momento está colocado por encima de él no hace sino sublimar el deseo infantil de ser más que el padre. Con ello se genera una gran cantidad de energía que se aplica a un propósito constructivo. Esta energía, si se alía con la inteligencia, es irresistible. Pero había de ser liberada y el socialismo fue la llave para ello. Si la envidia ha pasado a ser una virtud pública en vez de un vicio privado todos sabemos a quién tenemos que agradecerlo.

Pero este cuadro también tiene su lado desfavorable, y es que la ambición no nace sólo en las personas inteligentes, sino también en las torpes y en las familias de éstas, aunque ello sea en menor medida. Esto es inevitable, puesto que no se ha podido prever todavía con total exactitud dónde va a hacer su aparición la inteligencia. Es preciso que todo el mundo sea ambicioso para que nadie dotado de un gran talento deje de hacer uso de él. Sin embargo, cuando la ambición se combina con la estupidez no puede sino intensificar el inevitable fracaso. De aquí la actitud mental de los intelectuales igualitarios. A pesar de ser personas superiores tienen tanto miedo de que se les envidie que se identifican con el hombre humilde y hablan en su nombre. Piden que la igualdad no quede limitada a las oportunidades, sino que se extienda a la renta, el poder social y la educación, y que, en una palabra, se la convierta en principio rector de todo el orden social. Exigen que se trate a los desiguales "como si" fueran iguales una y otra vez, los que tienen un sentido más certero de los valores. El socialismo desempeñó entonces el papel de liberador. Desterró la excesiva satisfacción de la propia persona. Le enseñó al técnico que no era inferior al presidente de la compañía y que éste, por consiguiente, no tenía derecho a su mayor riqueza. Predicando la igualdad sembró en las gentes la envidia, y ésta, como suele ocurrir, fue el estímulo de la competencia. Cuando un hombre se propone sobrepasar al que de momento está colocado por encima de él no hace sino sublimar el deseo infantil de ser más que el padre. Con ello se genera una gran cantidad de energía que

se aplica a un propósito constructivo. Esta energía, si se alía con la inteligencia, es irresistible. Pero había de ser liberada y el socialismo fue la llave para ello. Si la envidia ha pasado a ser una virtud pública en vez de un vicio privado todos sabemos a quién tenemos que agradecerlo.

Pero este cuadro también tiene su lado desfavorable, y es que la ambición no nace sólo en las personas inteligentes, sino también en las torpes y en las familias de éstas, aunque ello sea en menor medida. Esto es inevitable, puesto que no se ha podido prever todavía con total exactitud dónde va a hacer su aparición la inteligencia. Es preciso que todo el mundo sea ambicioso para que nadie dotado de un gran talento deje de hacer uso de él. Sin embargo, cuando la ambición se combina con la estupidez no puede sino intensificar el inevitable fracaso. De aquí la actitud mental de los intelectuales igualitarios. A pesar de ser personas superiores tienen tanto miedo de que se les envidie que se identifican con el hombre humilde y hablan en su nombre. Piden que la igualdad no quede limitada a las oportunidades, sino que se extienda a la renta, el poder social y la educación, y que, en una palabra, se la convierta en principio rector de todo el orden social. Exigen que se trate a los desiguales "como si" fueran iguales.

Con todo esto el socialismo dejó de ser un acelerador y empezó a hacer de freno. Puede decirse que terminó su misión una vez que la educación, primero, y la industria, después, fueron reorganizadas de forma que casi todas las personas capaces del país quedaron concentradas en las clases superiores. El Partido Laborista ya no podía seguir siendo la fuerza política que había sido en otros tiempos, una vez que las clases a las que representaba ya no tenían en sus filas a personas de valía. La importancia del partido en la política del país tenía que resentirse. Pero todavía hubo más: la decadencia del Parlamento. La redistribución de la inteligencia ha afectado no solamente al Partido Laborista, sino también a la Cámara de los Comunes; ambos fenómenos se han reforzado mutuamente.

2. Decadencia del Parlamento.

El genio británico (si puede aplicarse esta expresión a una nación que en inteligencia es una muestra de la humanidad, no superior a otro país cualquiera), el genio británico, decimos, está llevando savia nueva a los viejos conductos. Creemos en la evolución y no en la revolución,

precisamente porque sabemos que el cambio puede ser mucho más rápido cuando superficialmente no hay cambio alguno. Así ha ocurrido con la Commonwealth, con la monarquía, con el movimiento laborista. Así ha ocurrido también con el Parlamento.

La democracia, en cuanto significaba que la fuerza política pertenecía a una legislatura elegida y todopoderosa, fue un típico producto de transición de la casta a la clase: su principio básico de un voto para cada hombre era igualitario. Una madre de familia llena de problemas, de Brighouse o de Spenborough, por ejemplo, tenía el mismo voto que Beatrice Webb. El sistema parlamentario, tal como lo definió Maine, consistía en "escuchar nerviosamente por un tubo acústico las sugerencias vertidas en él por la más baja inteligencia".

En los tiempos feudales el país estaba gobernado por una casta dirigente. Hoy en día tenemos una sociedad sin castas y la nación está regida por una clase dirigente.

En el período intermedio no la gobernó ni una casta ni una clase, más bien una combinación de ambas. Durante cientos de años el talento tuvo que compartir el poder social con el nacimiento; mucho tiempo después de que la decadencia del principio hereditario hubiera empezado a concentrar el talento en las clases superiores, todas las clases, hasta las más bajas, seguían teniendo en sus filas a hombres y mujeres superiores. En estas circunstancias el sufragio universal no estaba reñido con la realidad de las cosas. Dar la misma ponderación a todas las clases era un medio tan bueno como cualquier otro de conseguir un Parlamento inteligente. Los obreros textiles, los del acero, los mineros, los agricultores y cualesquiera otros grupos elegían entre ellos a hombres de inteligencia superior a la normal. Sus representantes en el Parlamento estaban capacitados para regir al país.

Apenas el Parlamento había conseguido la supremacía cuando ésta empezó a verse en peligro a causa de la creciente complejidad del Estado moderno. En tiempo del Gobierno Campbell-Bannerman, e incluso del primer Gobierno laborista, bajo Ramsay Mac Donald, los parlamentarios eran dignos de ocupar sus puestos. Los asuntos debatidos eran todavía tan sencillos que el aficionado inteligente (más o menos, la condición de los antiguos miembros del Parlamento, de la que estaban orgullosos) podía tomar decisiones acertadas. En la primera fase de la tecnología esto era cierto. Pero en tiempo del Gobierno Butler los negocios "ordinarios" del

Estado eran ya tan "extraordinarios" que un simple aficionado, por muchas dotes que tuviera, poco más podía hacer que enfrentarse con los problemas y captar sus términos. Aun esto solo exigía una dedicación total, de forma que a un parlamentario le resultaba muy difícil obtener un sueldo extra con otro trabajo, lo que por otra parte fue siendo cada vez más necesario (a la vez que más imposible) como consecuencia de uno de los triunfos más afortunados del sentimiento igualitario: la limitación de los salarios de los miembros del Parlamento. Las personas capaces podían cada vez menos permitirse el lujo de pertenecer al Parlamento, con lo que la calidad de los partidos políticos se resintió. La inteligencia siempre ha procurado ir tras el poder; cuando éste se localizó en los altos cargos de la administración pública los hombres destacados se fueron detrás de estos cargos y abandonaron la política; muy pocos escaparon a la fascinación ejercida por Whitehall. Hoy en día las lumbreras de Oxford y de Cambridge no consideran una carrera política ni como un interés ni como un deber. El interés les aconseja no depender de unos electores tornadizos; el deber les pide que sirvan a la sociedad ocupando un puesto de la más alta responsabilidad, que el Parlamento, en general, no puede ofrecer. Los Gladstones modernos están en Harwell. Otra causa de decadencia es que las clases inferiores, aunque cada vez más desprovistas de capacidad, han seguido eligiendo representantes extraídos de ellas mismas. Se han aferrado a sus derechos democráticos con la consecuencia de que el cociente intelectual medio del Parlamento ha descendido bastante. Los representantes elegidos por el pueblo ordinario ya no tienen el talento de antes; por ello han tenido que ir cediendo el poder que detentaban.

Ante este problema se propusieron dos soluciones principales, una de ellas revolucionaria, la otra reformadora.

Los "revolucionarios" pidieron que las formas se adaptaran a los hechos y que se suprimiera el Parlamento, o se condicionara la elección de una persona a que poseyera un determinado cociente intelectual. También defendieron la representación proporcional, en virtud de la cual se concedería a cada persona un número de votos proporcionado a su inteligencia. Pero todo esto era pecar por falta de visión. Como solían decir nuestros antepasados, cada uno sabe dónde le aprieta el zapato. Siempre que una decisión política sea susceptible de causar sufrimientos a alguien el hombre corriente debe tener el derecho de quejarse a un representante

parlamentario elegido por él. El reconocimiento de este derecho mantiene siempre alerta a los funcionarios públicos y hasta a los estudiosos de las ciencias sociales. Más todavía: de cuando en cuando surgen cuestiones en que la opinión del hombre ordinario debidamente asesorado por las personas indicadas para ello, tiene tanto valor como la opinión de la meritocracia, y en tales ocasiones, poco frecuentes sin duda, nada se pierde con permitir que en la Cámara de los Comunes se expongan públicamente toda clase de pareceres.

Por una transacción típicamente británica el propósito de los revolucionarios se ha conseguido en parte, y no mediante la supresión de la Cámara Baja, sino por la reorganización de la Cámara Alta. Una reforma a fondo de la Cámara de los Lores fue combatida durante muchos años por algunos miembros del Partido Laborista, que alegaban la razón (por cierto, significativa) de que si la Cámara Alta dejaba de ser hereditaria su prestigio subiría tanto que representaría una competencia peligrosa para la Cámara de los Comunes. Es mejor, decían, dejar que los lores se extingan poco a poco. Pero, en la atmósfera mental que iba prevaleciendo, la objeción (que no carecía de fundamento) no podía ser eficaz. El principio hereditario no tenía defensa posible. Un portavoz socialista de los años cincuenta expresó un punto de vista más razonable cuando dijo:

"Conviene recordar cuál es exactamente la razón de la oposición laborista a la Cámara de los Lores, tal como es en la actualidad. En principio, no combatimos la creación de Pares ni la estimamos injusta, sino el elemento hereditario que existe en el sistema vigente".

Finalmente, el Partido Laborista luchó en favor de la reforma tanto como los propios conservadores. Se suprimieron los pares hereditarios y se dejaron solamente los vitalicios, tanto de un sexo como de otro, elegidos entre las personas más eminentes del reino; se pagaron sueldos muy elevados a los miembros de la Cámara. Estas reformas, que empezaron en 1958 y prosiguieron durante los veinte años siguientes, hicieron de la Cámara Alta un cuerpo mucho más influyente que la Cámara de los Comunes. El sistema de selección sustituyó en gran parte al de elección. Saltando todas las fases intermedias de la democracia (del mismo modo que algunos países han pasado directamente del ferrocarril al cohete dirigido) la Cámara de los Lores, tradicionalmente un instrumento de la aristocracia, pasó a ser un instrumento de la meritocracia. El dominio de los lores sobre

el Parlamento quedó asegurado cuando, por acuerdo constitucional, el Ministerio de Educación se reservó en todos los gabinetes a la Cámara Alta. Esta posee hoy en día una categoría similar a la del comité central, al que pertenecen los dirigentes de la China comunista (que nombran ellos mismos sus sucesores); la Cámara de los Lores es el comité central de nuestra élite.

Contribuyó también a la evolución el fortalecimiento progresivo de la administración pública, que compensó la inevitable decadencia del Parlamento. La cuidada selección en las escuelas, una formación universitaria de primera clase, los progresos de la ciencia y de la técnica administrativas, una tradición, de más de un siglo de existencia, de camaradería y de abnegada entrega al deber, todos éstos son factores que en conjunto han ido elevando la competencia y valía profesional de los funcionarios públicos, con muy escasos retrocesos. Ante este hecho casi todos los políticos aficionados introducidos en los Ministerios no han tenido más remedio que renunciar a sus funciones y al poder que les conferían, y contentarse con puestos más bien honorarios (como el de parlamentario, por ejemplo). Se da a veces la excepción, por cierto bastante enojosa, de algún político tan vanidoso o tan poco inteligente que se resiste a reconocer su falta de competencia. A veces, como solía hacer la reina Victoria, piden que su poder meramente nominal se convierta en real.

En realidad, parte del conocimiento acumulado por la administración pública consiste en saber cómo derrotar estas pretensiones. Claro que estas cosas hace treinta años que casi no suceden. Por fortuna no hay hombres como el príncipe Alberto en los Parlamentos de nuestro siglo. Hoy en día los conflictos sociales y políticos son mucho menores, y los funcionarios públicos ya no tienen por qué mantenerse "por encima de las pasiones humanas", con lo que se han introducido bastante en política, compensando así la pérdida de vitalidad del sistema parlamentario de dos partidos. Tanto ellos como la Cámara Alta, de vital importancia en la actualidad, pertenecen a una meritocracia de creciente poder e influencia. La Cámara de los Comunes todavía no ha pasado a mejor vida (y esperemos que esto no ocurrirá nunca); más bien parece que, como la monarquía, ha encontrado un rinconcito confortable en la Constitución. Lo antiguo subsiste en lo nuevo, pero a un nivel más alto.

3. Los técnicos.

Para el historiador es un enigma cómo el Partido Laborista se las ha arreglado para durar tanto tiempo; es difícil encontrar un ejemplo más perfecto de inercia social. Como la misma democracia, el Partido Laborista fue una reacción contra la tradición feudal. Su origen hay que buscarlo en la antigua clase trabajadora, como entonces se la llamaba; la solidaridad de esta clase se debía a que, a pesar del nombre usado para designarla, era más una casta que una clase. En los siglos XIX y XX el sufragio universal dio el poder político a los trabajadores. Estos mantuvieron su cohesión, y al negárseles ventajas y mejoras de otra clase que las políticas hicieron uso de su poder para desafiar y combatir la autoridad ejercida por las castas elevadas. Los dirigentes más capacitados y ambiciosos, cuyo medro personal se veía obstruido por el sistema hereditario, consagraron sus esfuerzos a mejorar la suerte de su clase, como conjunto; hago notar que su clase y no ellos mismos dentro de ella. Aunque parezca extraño, el objetivo era hacer subir a toda una clase, independientemente de la capacidad de los pertenecientes a ella.

Se trataba de un poderoso ejército, que acabó por conseguir el éxito (el triunfo socialista del que antes he habla. do), expugnó la fortaleza y abrió de par en par las puertas al talento. Pero la victoria fue desintegrando al ejército y reduciéndolo a brigadas, pelotones y, finalmente, unos cuantos francotiradores aislados. Ya en el período 1960-1970 los hijos destacados de trabajadores manuales no sufrían ya ningún handicap grave por causa de su origen.

Por su propio e individual mérito podían llegar por la escala social tan lejos como alcanzara su capacidad. Eso representaba la buena fortuna tanto para ellos como para sus padres. Mas para la clase trabajadora, considerada en su conjunto, la victoria fue en realidad una derrota.

Saciada de sus propios éxitos, por así decirlo, la clase empezó a desintegrarse desde dentro. Las ambiciones de las familias tendieron cada vez más a favorecer a los hijos, en vez de a la clase. El culto al hijo se convirtió en el opio del pueblo; la esperanza y ambición individuales inspiraron y vitalizaron al país, que empezó a progresar a mayor velocidad que nunca, coincidiendo con la decadencia del Partido Laborista.

El Partido Laborista no tuvo más remedio que ceder ante la nueva sociedad a cuya creación tanto había contribuido; prácticamente dejó de existir. Cada vez fue menor el número de electores (por musculosos que

fueran, como buenos trabajadores) que respondieron con prontitud a la llamada laborista. Con excepción del "proletariado sin cualificar" (por emplear una expresión que todavía estaba de moda en la primera mitad del pasado siglo) la mayoría de los trabajadores lograron algún progreso, impelidos por las aspiraciones que tenían para sus hijos, y dejaron de considerarse como el estrato inferior de la sociedad. La palabra "trabajadores" acabó por desacreditarse. Hacia la mitad del siglo los dirigentes más sagaces del partido (y, ciertamente, todavía los había competentes y de valía) se dieron perfecta cuenta de la necesidad de un cambio. Dejaron de apelar a la solidaridad obrera y se dedicaron a halagar a la clase media, en parte para atraerse nuevos electores, pero sobre todo para conservar a sus antiguos seguidores, poniéndose al nuevo nivel que éstos habían alcanzado. Uno de los síntomas de la ambición que iba ganando a todas las clases socia. les fue designar con nombres más presuntuosos ciertas ocupaciones que no hubieran podido revalorizarse de otro modo. Hoy en día no tenemos por qué ser tan hipócritas.

Podemos localizar a la inferioridad, allí donde se encuentre, y llamarla por su nombre. Pero en aquellos días a los cazarratas se les denominaba "empleados del servicio de lucha contra los roedores"; a los inspectores y cuidadores de retretes y demás instalaciones higiénicas,

"inspectores de la salud pública" y "cuidadores de los servicios higiénicos". Los empresarios se adaptaron al cambio de las costumbres y despidieron a sus trabajadores no admitiendo más que a "técnicos", vestidos con batas blancas en vez de los monos tradicionales. El Partido Laborista procedió a un reajuste parecido. "Laborista" era como una piedra de molino al cuello; "trabajador". un tabú pasado de moda; pero "técnico", qué magia había en esa palabra! Y éste fue el origen del moderno Partido Técnico, que agrupó en la medida de lo posible a todos los técnicos manuales e intelectuales.

Luego les tocó el turno a los sindicatos. El Sindicato. de Trabajadores de los Transportes se convirtió en el Sindicato de Técnicos de los Transportes; el Sindicato de Trabajadores Municipales, en el Sindicato de Técnicos Municipales. El cambio de nombre no libró a estos sindicatos de la competencia de otro gran sindicato nacional, la Asociación de Personal Fiscalizador y de Técnicos de la Ingeniería, que además tenía la ventaja de poseer desde el principio denominación y estatuto adecuados. Los

trabajadores mineros pasaron a ser los técnicos mineros (una fuerza importante durante la primera época del Partido Técnico); asimismo, los trabajadores de la madera, del ramo textil y los dependientes de oficina pasaron a ser, respectivamente, los técnicos de la madera, del ramo textil, de despacho, y así sucesivamente. De modo análogo nacieron el Congreso Sindical Técnico y la Asociación para la Educación de los Técnicos. Todo esto produjo la consecuencia de que las profesiones de mayor categoría tuvieron que asumir una denominación más enjundiosa, con objeto de mantener las distancias necesarias. Así, por ejemplo hoy en día no tenemos por qué ser tan hipócritas. Podemos localizar a la inferioridad, allí donde se encuentre, y llamarla por su nombre. Pero en aquellos días a los cazarratas se les denominaba "empleados del servicio de lucha contra los roedores"; a los inspectores y cuidadores de retretes y demás instalaciones higiénicas, "inspectores de la salud pública" y "cuidadores de los servicios higiénicos". Los empresarios se adaptaron al cambio de las costumbres y despidieron a sus trabajadores no admitiendo más que a "técnicos", vestidos con batas blancas en vez de los monos tradicionales. El Partido Laborista procedió a un reajuste parecido.

4. Reajuste sindical.

Para apreciar debidamente el camino recorrido conviene que nos representemos mentalmente una reunión del Consejo Tripartita de la Industria Nacional, en el año 1950, por ejemplo. Asistían ministros de la Corona junto con representantes del Congreso Sindical, la Federación de las Industrias Británicas y las corporaciones públicas. No se podía decir que ninguno de estos grupos tuviera mayor capacidad que los demás. En las discusiones los sindicalistas no eran desbordados por sus oponentes, pese a haber abandonado el colegio a los trece o catorce años, mientras que los magnates de la industria privada habían ido a Cambridge y los directores de las corporaciones públicas se habían formado en Sandhurst. Los dirigentes sindicales no sufrían ningún handicap por haber tenido que entrar en una fábrica a una edad en que otros llevaban todavía pantalón corto. Las ventajas, si acaso, estaban de su parte. Los sindicalistas contaban en muchos casos con mayor experiencia. Más todavía: contaban entre ellos a algunos de los hombres más eminentes del país. El reparto del poder entre las clases no era sino la consecuencia natural de un reparto previo de

inteligencias. Los dirigentes sindicales se ganaban la confianza de aquellos entre los que habían sido extraídos, y lo merecían, ciertamente.

Muchos llegaron a ministros en los cuatro primeros Gobiernos laboristas antes de que empezara la decadencia del partido. La capacidad de los dirigentes mineros era particularmente alta; la razón era que en los pueblos mineros la gente joven no podía trabajar como obrero en otras ocupaciones y tenía escasas posibilidades de subir hasta la clase media. Pero en los años cincuenta y sesenta empezó a manifestarse un fenómeno, al principio no apreciado debidamente: a estos héroes populares no les sucedían otros igualmente capaces. Los hijos de los dirigentes sindicales, de los ministros laboristas y de otros trabajadores que conseguían destacar no se convertían a su vez en trabajadores manuales. Asistían a los colegios de humanidades y a la universidad, preparándose para el comercio y las profesiones liberales; buen número de ellos acudía incluso a los internados privados. El destino de estos jóvenes anunciaba los tiempos que habían de venir.

Contemplemos el presente; qué diferente, sin duda alguna, era, en el período 2020-2030, una reunión del Consejo Tripartita, institución que se ha conservado por razones de forma. A un lado de la mesa se sientan los hombres con un cociente de 140 y al otro los que sólo llegan a 99. A un lado los magnates intelectuales de nuestro tiempo y al otro unos hombres honrados, de manos llenas de callos, pero que se sienten más a sus anchas con un guardapolvo puesto que moviéndose entre documentos. Por una parte una firme confianza en sí mismo, nacida del éxito penosamente conseguido; por otra, el convencimiento de la justa inferioridad. En estas reuniones los sindicalistas hacen actualmente unas reflexiones pesadas (cuidadosamente ensayadas con anterioridad), que, para ser francos, no ejercen sobre sus colegas mayor influencia que la que un niño, provisto de un canuto para lanzar guisantes, puede ejercer sobre un cohete espacial. Debidamente instruidos por sus informes y encuestas sociológicos los altos funcionarios conocen el estado de la opinión en las fábricas mejor que los capataces que trabajan en ellas. Los dirigentes rara vez se dan cuenta de que la cortesía con que se les trata es pura formalidad. No saben que del poder apenas si conservan todavía una sombra.

La razón es clara. La escuela ha empezado a desempeñar eficazmente su misión de selección social; eso es todo.

Después de que las reformas, tanto tiempo deseadas, fueron llevadas a cabo los muchachos verdaderamente destacados no tuvieron que ejecutar trabajos manuales, como no fuera por algún fallo imprevisible. Recibieron su formación de instituciones algo superiores a la "Asociación para la Educación de los Trabajadores" (sic). Ya por el año 1964, los muchachos más brillantes, hijos de trabajadores manuales, acudían a los mejores colegios de humanidades de su distrito, pasaban luego a Oxford y Cambridge, y recibían luego becas para viajes y para cursar estudios en el Colegio Científico Imperial, en las Escuelas Judiciales o en el Colegio Administrativo. Los Keir Hardies de las últimas generaciones han llegado a ser, sin impedimento alguno, los primeros físicos, químicos, psicólogos, funcionarios, empresarios y críticos de arte de su tiempo.

Entre los niños que en los años cuarenta abandonaban la escuela para dedicarse a trabajos manuales existía todavía un 5 por 100 con un cociente intelectual superior a 120; en los años cincuenta (cuando la eficacia de la ley de educación empezó a dejarse sentir) el porcentaje había descendido al 2 por 100; en los años setenta era sólo un 1 por 1.000. En el último cuarto del siglo no quedaban ya trabajadores capaces de ocupar los cargos sindicales de mayor responsabilidad; hacía ya bastante tiempo que la calidad de los dirigentes sindicales, tanto si se les destinaba al Parlamento como al distrito sindical o a la fábrica, había descendido en forma muy notable, especialmente entre las generaciones jóvenes. Debo decir que el principio de la promoción por la edad, al que los sindicatos permanecieron fieles, no representaba un inconveniente tan grave como en la industria, porque generalmente los dirigentes de más edad eran los más capaces. La razón es que la inteligencia no es la única cualidad necesaria para ser un buen dirigente sindical; también se necesitan otras; como la acometividad, la obstinación y la capacidad de trabajo. Sin embargo, aunque la inteligencia no es la única cualidad requerida es absolutamente necesaria, y la falta de ella en los nuevos dirigentes sindicales se ha notado mucho.

Entonces ¿cómo se las han arreglado los sindicatos para subsistir? Varias reformas han contribuido a salvarlos: la sustitución progresiva del personal elegido por uno, de carácter más técnico, nombrado en forma parecida a los funcionarios del Estado, la simplificación de las funciones sindicales y una mayor "respetabilidad". En primer lugar, los fallos del método electivo se han compensado parcialmente, al igual que sucedió con

el Parlamento, aumentando el número y atribuciones de los "funcionarios sindicales". Por el método de elección muy pocos graduados universitarios han pasado a formar parte del personal administrativo de los sindicatos que agrupan a los trabajadores manuales; sin embargo, poco a poco, aunque quizá demasiado despacio, los comités ejecutivos sindicales se han ido dando cuenta de la creciente complejidad de la economía y del prestigio cada vez mayor de la universidad, y, deseosos de hacer buen papel ante los empresarios y ante el Gobierno, han nombrado a muchos universitarios para sus departamentos de investigación, producción y relaciones públicas. El Partido Laborista marcó el camino a seguir aceptando como representantes en el Parlamento a muchos que provenían de Winchester y otros colegios distinguidos, y más tarde, de las universidades; sólo así se pudo remplazar a los obreros inteligentes, que ya no existían. Ya por el año 1960 casi ninguno de los dirigentes del partido había sido un trabajador manual: un cambio trascendental, ciertamente, si pensamos cuál era la situación en 1924. Con algún retraso los sindicatos hicieron lo mismo. Las universidades han cooperado estableciendo cursos especiales para la formación de candidatos apropiados, que, a pesar de su elevado cociente intelectual, tienen la paciencia suficiente para soportar a los tontos (cualidad imprescindible para los asesores de los dirigentes sindicales). El curso, muy notable por cierto, establecido por el Instituto de Tecnología de Leeds prescribe que se pase un período entre los obreros para adquirir experiencia práctica; así los candidatos a las funciones empresariales y sindicales trabajan en las fábricas como obreros cualesquiera. El resultado de todo ello es que los sindicatos han atraído, para sus puestos de más responsabilidad, a muchos graduados que, sin ser lumbreras, poseen buenos cocientes, entre 115 y 120, aproximadamente.

Los sindicatos han subsistido gracias a hombres como lord Wiffen. Es instructivo comparar su carrera con la de Ernest Bevin, que careció por completo de una formación merecedora de tal nombre.

<i>Lord Wiffen</i>	<i>Mr. Ernest Bevin</i>
Nacido el 9 de agosto de 1957 en Bradford. El padre era hilador.	Nacido el 9 de marzo de 1881 en Winsford, Somerset. El padre era labrador.

5 a 11 años: Grupo A de la escuela primaria. Cociente intelectual: 120.	Aprende a leer y escribir en la escuela del pueblo.
11 años: Examen de los once años cumplidos. C. I. 121.	Abandona la escuela para trabajar en una granja.
13 años: Colegio de Humanidades de Bradford. C. I. 119.	Mozo de cocina en Bristol. Chico de recados de una tienda de ultramarinos.
14 años: Lo mismo.	
15 años: Lo mismo.	Trabaja en una furgoneta para reparto de mercancías.
<i>Lord Wiffen</i>	<i>Mr. Ernest Bevin</i>
16 años: Sexto grado. C. I. 118.	Conductor de tranvía, luego trabaja otra vez en una furgoneta de reparto.
18 años: Beca estatal. Cambridge. C. I. 120. Se especializa en sociología y en realización de tests. Clasificado en la segunda clase.	Carretero. Secretario del comité del de. recho al trabajo, de Bristol.
28 años: Profesor de relaciones humanas en la industria, en el Colegio Técnico de Acton. C. I. 123.	Secretario del ramo de carreteros (sección de Bristol) del Sindicato de Trabajadores de Muelles y Diques.
29 años: Pensionado en la Universidad de Harvard. C. I. 115.	

32 años: Empleado en la sección de investigación en el Sindicato de los Técnicos del Ramo Textil. C. I. 115.	Ayudante del organizador nacional de sindicatos.
34 años: Lo mismo.	Organizador nacional de sindicatos.
41 años: Sigue en la misma sección, pero con menor categoría. C. I. 114.	Secretario general del Sindicato de Transportes.
59 años: Pasa al Congreso Sindical. Secretario sindical. Miembro del consejo general. C. I. 116.	Ministro de Trabajo.
64 años: Recibe un título nobiliario. C. I. 116.	Ministro de Asuntos Exteriores.
72 años: Presidente del comité de educación del congreso sindical. C. I. 112.	
76 años: Profesor auxiliar del Colegio Técnico de Acton - (puesto que ocupa en la actualidad). C. I. 104.	

Personalidades como la de Walter Wiffen han asegurado la dirección dada en otros tiempos por hombres como Bevin a los trabajadores manuales.

El segundo factor que ha permitido la supervivencia de los sindicatos es que las funciones de éstos, en una sociedad más racional, han adquirido un carácter rutinario, de modo que existe poco campo para la iniciativa o la

innovación. Los delegados locales y de taller ya no están a la altura de los empresarios, pero esto no importa gran cosa, ya que en la actualidad las negociaciones sobre salarios y condiciones de trabajo se llevan a escala nacional, en que la influencia del personal pagado es preponderante.

El Consejo Británico de Productividad está continuamente dotando a los sindicatos de material publicitario, películas y dibujos animados, y también el Consejo Nacional ha adquirido mayor importancia desde que se encargó de la revisión anual de precios. Sólo estadísticos muy expertos pueden penetrar en las complejidades de esta revisión; los que trabajan para los sindicatos se reúnen con sus colegas de la Oficina Central de Estadística, para fijar juntos los detalles. Una consecuencia de estos reajustes es que hasta el pasado mayo no se ha conocido ninguna "huelga" desde la que hubo en Leamington en 1991.

En tercer lugar, las reformas (igual que sucedió con la monarquía) han asignado a los sindicatos un puesto toda vía más honorable en el orden social. Hoy en día no existe ningún organismo nacional de alguna importancia en que no estén representados. Tanto el Gobierno como los empresarios privados practican con los sindicatos un sistema de consultas mutuas (a excepción quizá de aquellos sindicatos en que la influencia de las camarillas populistas es particularmente grande); una consecuencia es que se da conocimiento a los sindicatos de toda decisión importante, al menos con un día o dos de antelación a su publicación ordinaria. Se ha creado la Orden Real del Congreso Sindical Técnico y todos los miembros del consejo general, después de su elección, reciben automáticamente un título nobiliario se ha hecho general la concesión de honores de diversos tipos a trabajadores ordinarios. Con estas y otras medidas de inteligencia de tacto se ha conseguido levantar una situación que de otro modo podría haber adquirido un sesgo amenazador. Los populistas alegan que no existe auténtica unión entre el personal sindical a sueldo y los trabajadores afiliados al sindicato. Cualquier sociólogo reconoce la realidad de este peligro. Pero el remedio no es retroceder hacia un pasado que sólo en la imaginación constituye una edad de oro. La solución, tal y como las universidades han sabido ver, consiste en la obtención de informes y encuestas de la opinión pública tan perfectos como sea posible para que los entendidos puedan tomarle el pulso a la sociedad sin riesgo de equivocarse.

5. Resumen

He empezado este capítulo alabando a los socialistas por el ataque en masa que supieron desencadenar contra el principio hereditario. Sin su actuación las castas nunca habrían sido sustituidas por clases y la vieja aristocracia no habría adoptado su forma actual. Pero cuando su misión quedó cumplida con el logro de la igualdad de oportunidades tuvieron que someterse a una reajuste importante y en ocasiones penoso. Finalmente, el grueso del Partido Laborista, bajo el nuevo nombre que ha asumido, se conformó con su pérdida de categoría y con la decadencia de su portavoz habitual: el Parlamento. Los sindicatos técnicos compensaron la pérdida de su poder con su mayor respetabilidad. Los técnicos organizados ya no son uno de los pilares fundamentales de nuestra sociedad. Pero el movimiento minoritario de los socialistas radicales, incluidos algunas veces en las filas oficiales, otras veces ajenos a ellas, no ha podido ser totalmente suprimido. Los populistas actuales descienden, sin duda alguna, de los igualitarios sentimentales que durante muchos lustros constituyeron la pesadilla de los dirigentes sindicales más razonables, así como del Gobierno.

Actualmente a lady Avocet le agrada comparar la meritocracia con los mohicanos que después de sojuzgar a otra tribu se llevaban a los mejores jóvenes de ambos sexos para educarlos como miembros de sus propias familias. Tanto ella como sus correligionarios afirman que los técnicos necesitan dirigentes que compartan su postura mental, precisamente por haber sido técnicos ellos mismos. Según ellos, si los técnicos fueran dirigidos de nuevo por un Ernest Bevin su moral sería muy alta, porque podrían identificarse completamente con él y atribuirse el mérito de sus acciones. La sociedad recuperaría su cohesión porque los técnicos serían dirigidos por personas que les explicarían sus propias necesidades y los remedios a ellas adecuados en términos que podrían comprender. Los populistas creen que mientras no aparezcan estos dirigentes reclutados entre las propias filas del bajo pueblo su misión es la de administrar, por así decirlo, a los técnicos. Hasta el año pasado todos pensábamos que esta opinión era descabellada y ridícula...

CAPÍTULO SÉPTIMO

Ricos y pobres

1. El dinero del mérito.

Las clases, o castas, no se pueden suprimir en una sociedad y la condición sine qua non de la armonía social es que la estratificación existente se ajuste a la ética imperante en la sociedad considerada. En el largo período que medió entre la ruina de la vieja aristocracia y la aparición de la nueva no había acuerdo en cuanto al criterio moral que podía justificar la división de clases. Por ello se producían incesantemente acerbos conflictos en torno a la distribución de ventajas y privilegios; conflictos particularmente agudos cuando el objeto de la discusión era el dinero. Los pobres siempre se estaban quejando de que los ricos tenían más de lo necesario y, en consecuencia, reclamaban mayor porción para sí. Los ricos rebatían estas afirmaciones y replicaban que, a juzgar por su aportación al producto social, sus ganancias eran más bien mediocres. Entre las partes que se enfrentaban en este terreno no podía haber verdadera paz; a lo sumo una transacción y una tregua. ¡Pero qué cambio tan radical se ha producido! La distribución de la renta es mucho más desigual que antes y, sin embargo, el conflicto es mucho menos agudo. ¿A qué se debe un estado de cosas tan afortunado? En la evolución sobrevenida podemos distinguir dos fases, antes y después del año 2005.

A lo largo de la última centuria, a medida que los organismos y empresas se hacían mayores y más complejas las diferencias entre las rentas por fuerza se iban haciendo mayores. La escala industrial era cada vez más larga y el número de grados, según el salario percibido, crecía continuamente. Hace cien años, una firma pequeña, con sólo diez empleados, divididos en tres o cuatro categorías, era cosa corriente. El que mejor estaba no se diferenciaba mucho del que lo pasaba peor. Pero en los grandes negocios que vinieron después, hasta predominar, había cientos de grados, todos con salarios diferentes. Al final de la escala estaba el trabajador que sólo percibía el mínimo vital, por debajo del cual ya no debía descender ningún salario. Aquí, por lo menos, prevalecía la igualdad. Este mínimo era como el piso bajo de toda la pirámide de rentas. Tomemos el ejemplo de la Autoridad Atómica Europea en el año 1992: un ascensorista

recibía el mínimo establecido, o sea, 450 libras al año. Por encima de él había doscientos veintiún grados, y como el intervalo medio entre dos grados era de 250 libras el presidente del organismo tenía que percibir un sueldo anual no menor de 55.700 libras. De hecho su salario neto era de 60.000 libras (sin contar la cuota de Mutualidad). La diferencia entre los extremos era del mismo orden en la mayor parte de los organismos y corporaciones importantes, y las firmas pequeñas tenían que fijar diferencias de , sueldos análogas, proporcionalmente hablando, para atraer a las personas capaces.

Desde luego, la aparición de este nuevo orden y la supresión del caos antes existente fue labor de muchos años.

La tarea más difícil fue la de crear, paralelamente a la gran variedad de oficios existentes, toda una gama de jerarquías relacionadas entre sí, para lo cual fueron indispensables importantes progresos en las técnicas de estimación del mérito; utilizando una antigua expresión debida al Instituto Británico de Dirección de Empresas se fue llegando a "una valoración sistemática de cada empleado, en términos del trabajo realizado, y de sus aptitudes y demás cualidades necesarias para desempeñar con éxito su misión". Naturalmente, surgían dudas cuando, como consecuencia del progreso técnico, había que inter.

calar un nuevo oficio en una escala ya existente, sin causar demasiadas alteraciones del orden en vigor. También podían presentarse cuestiones en torno a las diferencias entre dos grados correlativos, y si los psicólogos industriales no llegaban a resolverlas por sí mismos era fácil que en la discusión intervinieran los sindicatos. Pero las divergencias nunca fueron de importancia, una vez que se admitió unánimemente que la valoración del mérito era el único medio adecuado de comparar dos oficios entre sí.

Como ya he dicho, en nuestro país nunca predominaron las tendencias igualitarias. Casi todo el mundo pensaba que algunos grupos o personas valían más que otros (según quien fuera el juzgador, las clases profesionales eran superiores a los trabajadores manuales, o bien a la inversa): lo malo era que cada uno tenía su propio criterio de valoración. En cierto modo fue un alivio que la gente se pusiera cada vez más de acuerdo en juzgar con arreglo al mérito, o más bien, al sentido que en la práctica había que dar a esta palabra, tanto en la industria como en la educación.

Se apagaron muchas pasiones y se adoptó una actitud más empírica después de la supresión de la herencia. Aunque a menudo incurrían en confusiones la mayor parte de los socialistas centraban sus críticas mucho más en las desigualdades heredadas que en las no heredadas; el blanco de sus ataques era, sobre todo, el rico que había heredado de su padre una gran fortuna. Pero los derechos reales, las levas de capital, el impuesto sobre los rendimientos del capital y el impuesto especial sobre las rentas no ganadas produjeron sus frutos; se acallaron con esto muchas críticas y se vio claramente que entre las clases inferiores muy pocas personas ponían objeciones a la desigualdad como tal. El criterio más corriente era que si una persona había subido, con su esfuerzo y su talento, por la escala educativa, y acababa consiguiendo un buen empleo, y percibiendo un sueldo elevado, probablemente sería que se lo había ganado; ¡buena suerte y a disfrutarlo!

2. Síntesis moderna.

Aunque éste era el punto de vista general nunca fue unánimemente aceptado. Las críticas vinieron del sector habitual. Los igualitarios no podían seguir oponiéndose a que los niños más inteligentes recibieran una formación más profunda que los demás porque esto a todos favorecía: el técnico más pobre prefería, cuando su mujer estaba enferma, poder llamar a un médico con un cociente de 100 por lo menos. Del mismo modo, tampoco los socialistas podían seguir combatiendo el principio de que las personas de más valía detentaran el poder. Todo el mundo salía ganando si los hombres mejores ocupaban los puestos de mayor altura, como jefe de Estado Mayor, astrónomo real, vicescanciller de universidad o presidente del Consejo de Investigación de las Ciencias Sociales. Los socialistas no tuvieron más remedio que aceptar a la nueva élite. Pero una minoría, entre ellos, seguía quejándose de que esta élite estuviera tan bien pagada. De acuerdo, solían decir, con que el mejor astrónomo ocupe el puesto de astrónomo real; pero, ¿por qué debe percibir mejor sueldo que el albañil que construye su observatorio?

Tal pregunta era en extremo embarazosa, porque, planteada en estos términos, no se podía contestar. En realidad, los que levantaban esta cuestión eran personas bastante extrañas, que se pasaban el tiempo (sobre todo en Inglaterra) recorriendo el país de punta a punta y preguntándose, de

un modo casi metafísico, si esto o aquello era justo o injusto. Sólo se les podía contestar con otra pregunta: "Justo o injusto, ¿con arreglo a qué principio?". Según el que se eligiera se podía llegar a conclusiones muy diferentes. Así, por ejemplo: No se deben hacer acepciones de personas porque la distribución debe basarse exclusivamente en los respectivos rendimientos y no en la condición de las personas que los producen. o bien: No se debe pagar más al hombre de ciencia perezoso que al barrendero diligente porque la distribución debe basarse en el esfuerzo. O bien: No se debe pagar más al inteligente que al estúpido porque la sociedad debe reparar las injusticias cometidas por la Naturaleza.

O bien: No se debe pagar más al estúpido que al inteligente porque la sociedad debe compensar a este último por no alcanzar casi nunca la felicidad (no hay nada que hacer con los hombres de talento; de todos modos, acabarán siendo desgraciados). O bien: Al hombre que vive en el Matadero Municipal una existencia larga y exenta de preocupaciones no se le debe pagar tanto como al sabio que se consume al servicio de la ciencia en el Politécnico de Battersea. O bien: Al que hace su trabajo a gusto no se le debe pagar tanto como al que lo hace a disgusto. Se puede defender cualquier postura, según los criterios de justicia en que uno se apoye, y esto es precisamente lo que históricamente ocurrió.

Hace ya muchos años que se ha alcanzado un acuerdo en esta árida discusión y se ha reducido al silencio a los socialistas; es éste un triunfo del moderno arte de gobernar. Y lo mejor, para un país como el nuestro, que se atiene al precedente, es que esto se ha conseguido sin romper con el pasado. A lo largo de la última centuria una parte cada vez más importante de los sueldos se ha ido pagando en especie, en forma de gastos (exentos de impuestos). Allá por el año 1990 este principio se había desarrollado en miles de usos y convenciones nuevas. Para convencerse de ello el historiador no tiene más que ojear la sección de anuncios de los periódicos de aquel tiempo. He aquí un ejemplo típico:

Distrito de Harwell: Se ofrece un puesto de endocrino. psiquiatra (Grado 24) en una clínica infantil. Derecho a retiro. Salario inicial de 10.850 libras, a elevar por incrementos anuales de 135 libras 10 chelines hasta un total de 12.205 libras; alimentación pagada. Los impresos de solicitud, a obtener del psicólogo provincial.

Las palabras clave eran bien conocidas entre los funcionarios de la administración local. "Alimentación pagada" significaba que las autoridades del distrito, progresivas en esto, se habían adherido a la Convención de la Asociación de Corporaciones Municipales, por la que el personal a sueldo había de recibir determinados pagos en especie, las comidas y unas vacaciones, además de otros.

Pero, ¿por qué estos ingresos adicionales? La cuestión es en extremo interesante. El fundamento de este sistema se puede explicar más o menos así: Todo empresario debe asegurarse de que su personal vive en condiciones óptimas para rendir adecuadamente. Después de las enormes cargas públicas que supone la formación de parte de este personal sería absurdo mantenerlo, tanto en su hogar como en su trabajo, en un ambiente poco propicio, susceptible de mermar su productividad. Después de todo, en lo que a los profesionales se refiere, la distinción entre trabajo y ocio es bastante artificial. Sus vidas están dedicadas íntegramente a su vocación.

Hace unos treinta años Mr. Gulliver planteó brillantemente los términos de la cuestión, en un escrito, famoso por su franqueza, en que pedía un trato más racional y más justo para las clases superiores. Todos recordamos su título: El trabajo de la "élite" nunca se termina.

"Somos los pensadores - empezaba diciendo -; ¿no es así? Se nos paga para que pensemos. Ahora bien, ¿qué necesitamos para trabajar con eficacia? Necesitamos silencio: nadie puede, agobiado por ruidos molestos, concentrar intensamente su pensamiento. Necesitamos comodidad: un hombre hostigado por pequeñas deficiencias en el medio que le rodea no puede realizar un trabajo importante y eficaz. Necesitamos largas vacaciones: la Historia nos muestra continuamente ejemplos de hombres de ciencia que han dado con la pieza suelta que faltaba en un razonamiento científico en forma totalmente inesperada. por ejemplo, mientras se bañaban en una playa, se paseaban por el campo o dormían la siesta junto al Cari. be. Un hombre brillante no puede hacer el trabajo de un año en doce meses, sino en ocho. Necesitamos secretarios para trabajar y servicio doméstico en el hogar; los pequeños quehaceres de la vida restan al hombre de talento muchas energías que deberían dedicarse a fines más altos.

Exactamente del mismo modo que un carpintero necesita un escoplo, o un mecánico una llave inglesa, necesitamos libros para cultivarnos, grabados y reproducciones para estimularnos, vino para tonificarnos. No

pedimos todo esto para nosotros mismos. Lo pedimos para el bien de la sociedad a cuyo servicio consagramos nuestro talento. No se puede permitir que los celos, la vanidad o el egoísmo obstruyan el progreso social y las realizaciones humanas."

Estas ideas, algo suavizadas de forma, tienen ya general aceptación. No podemos dudar de la importancia de los cambios que han afectado a la sociedad.

Los empresarios que sentían alguna preocupación por el bien público han acabado por asumir sus responsabilidades para con el personal a su servicio. Han reconocido que tienen el deber de facilitar el marco adecuado para el mejor desarrollo de la actividad mental, a lo largo de las veinticuatro horas del día, tanto en el trabajo como fuera de él. Sin duda, hace falta mucho dinero para facilitar buenas viviendas al personal graduado, poner a su servicio un coche con chófer o los aviones de la compañía, proporcionarle servicio doméstico, tanto en su oficina como en su hogar, y darle los medios de invernar en Monlego Bay, Tashkent, Cachemira, Caracas, Palm Beach.

Llandrindod Wells o en cualquier otro lugar recomendado por el psicólogo industrial. Pero el empresario, al menos, tiene la seguridad de que los empleados no pueden hacer con todo este dinero lo que gusten. No se trata de un ingreso del personal, sino de un coste de la empresa; es lógico que en calidad de tal lo soporte el empresario.

Mr. Idris Roberts fue el primer hombre de Estado que supo ver las posibilidades de esta situación. Logró por fin hacer callar a los críticos accediendo a todas sus peticiones y estableciendo la igualdad total de las rentas. Anteriormente algunos miembros de la élite se habían opuesto a esta nivelación por razones de eficiencia. Pensaban que, sin adecuados incentivos, no se podía esperar de ellos que rindiesen al máximo. Sin embargo, acabaron por darse cuenta de que un sistema a base de sueldos elevados, pero gravados por fuertes impuestos, no era una buena solución. Finalmente se produjo una situación aparente.

mente paradójica: la élite se manifestó dispuesta para aceptar la nivelación por no preocuparle ya el problema de los ingresos, mientras que el bajo pueblo adoptó igual actitud por preocuparle todavía dicho problema. Esto abrió el camino a la ley de nivelación de rentas, de 2005, creación original de Mr. Roberts, que conjugó los intereses de todos de forma

sumamente ingeniosa. Desde entonces todos los empleados, de cualquier rango que sean, reciben la Cuota Igual (así se la llama oficialmente), sólo por su condición de ciudadanos; las diferencias entre los diversos grados no se fundamentan en una variedad de salarios, sino de gastos, en atención a las exigencias de la productividad.

Naturalmente, se permite a los empresarios que lo deseen que concedan ventajas especiales también a los simples técnicos, y algunos de ellos, los de miras más amplias, han hecho uso de esta facultad y han construido para sus técnicos instalaciones de atletismo y campos de cricket y de fútbol, adosados a sus factorías. Es lógico que los técnicos, que sólo tienen una jornada de siete horas, no reciban el mismo trato que los profesionales, que están en la brecha las veinticuatro horas del día, Pero el espíritu de trabajo, a pesar de su carácter psicológico y variable, conviene cultivarlo; desde este punto de vista una inversión prudente en este tipo de esparcimientos físicos resulta frecuentemente provechosa para la compañía.

La nivelación de rentas ha terminado con las prolijas discusiones sobre diferencias de sueldos, tan frecuentes en otros tiempos. Hoy en día las diferencias se basan exclusivamente en la edad. El Gobierno reformador de Mr. Roberts se hizo cargo de que los técnicos se habían acostumbrado a que periódicamente se les subieran los salarios y que no convenía desilusionarlos suprimiendo esas expectativas. Un sociólogo antiguo, llamado Hobhouse, escribió en cierta ocasión una frase tan profunda como verdadera:

Pregunta: ¿Cuál es la renta ideal?

Respuesta: Un 10 por 100 más de lo que se tiene.

La ley establecía además que la Cuota Igual había de reajustarse todos los años, según el resultado que arrojarla la revisión de precios. Si en cualquier año los precios subían la Cuota Igual había de elevarse en proporción; de hecho, desde el año 2005 los precios han ido elevándose lentamente, con lo que la remuneración del hombre ordinario ha ido creciendo también. Todo el mundo está conforme con el sistema, pero a veces hay divergencias respecto a la cuantía de una variación anual dada. Más de una vez ha ocurrido que los índices de precios preparados por los estadísticos sindicales difieran notablemente de los elaborados por los expertos oficiales. Esta es una cuestión exclusivamente de detalle; pero también aquí ha hecho su aparición la pasión política. Las universidades se

han ocupado del problema; dentro de poco los profesores de econometría más eminentes sacarán a la luz pública un programa de estadística más uniforme.

La manera de enfocar el problema de la participación en los incrementos de la productividad también se ha actualizado bastante. En otros tiempos los técnicos reclamaban frecuentemente que su remuneración subiera al compás de la productividad. Puesto que habían producido más (decían), debían participar en el aumento de beneficios.

Pero este razonamiento era erróneo: el progreso económico no se debe a los trabajadores manuales (que ni si quiera trabajan más), sino a los inventores y organizados, que idean nuevas técnicas y procedimientos. En estricta justicia los incrementos corresponden a la meritocracia. Además, los aumentos en productividad deben destinarse a lograr una productividad todavía mayor y no malgastarse repartiéndolos entre las clases inferiores. Un gran país necesita una gran inversión. A mediados del pasado siglo la inversión era bajísima en Gran Bretaña, al revés que en Rusia, donde el poder económico era detentado con carácter exclusivo por una élite, que sabía que para que el país fuera rico los ciudadanos tenían que seguir siendo pobres. Por fin, también a nosotros se nos ha alcanzado que la productividad y la pobreza son inseparables. Desde el año 2005 el incremento anual en la productividad ha sido debidamente reinvertido, especialmente en capital humano, o sea, en la educación superior y en mantener "en forma" a las personas que se benefician de ella; y también, aunque con carácter secundario, en la renovación y ampliación del equipo capital.

Parece que a nadie se le pueden ocurrir objeciones contra una concepción tan sana y tan práctica. Sin embargo, no ha sido así. De nuevo han hecho su aparición los populistas. Para ellos, los técnicos deben participar de los incrementos de la productividad. La nación "puede pagar".

Las cifras lo demuestran: en 2031 el gasto nacional (los populistas incluso han tratado de resucitar la expresión, ya pasada de moda, de "renta nacional") se elevó en un 54 por 100 respecto al año anterior; el año pasado el aumento fue de un 61 por 100. Sin embargo, estas cifras no son tan significativas como creen los agitadores. Estos hablan como si el viejo mito socialista, la Era de la Abundancia, hubiera llegado por fin. Y no es así, ni mucho menos. El país necesita hasta la última porción de capital humano y

material que sea capaz de ahorrar si desea sobrevivir en la gran batalla de la competencia internacional. Somos todos pobres, y seguiremos siéndolo, porque las exigencias de una edad científica son inagotables. Con su ligereza los extremistas están poniendo en peligro la marcha del progreso.

3. Resumen.

La reforma de la distribución de la renta ha sido una de las más felices de la época moderna. Los continuos des acuerdos de otros tiempos tenían su origen en la lucha de clases, inevitable cuando el porcentaje de capacidad era poco más o menos el mismo en todas ellas. Se cometía una injusticia básica con los miembros inteligentes de las clases inferiores no dándoles lo que les correspondía; en consecuencia, ellos se revolvían contra el orden social existente, y como en su lucha necesitaban el apoyo de todos sus compañeros de clase, cualquiera que fuese su grado de inteligencia, acudían a toda clase de principios y de argumentos para basar en ellos su protesta. Pero cuando se puso remedio a la injusticia fundamental y se estableció la plena igualdad de oportunidades para todas las personas de valía, cualquiera que fuera su clase, los enemigos del orden establecido se convirtieron en sus defensores más fieles. La unión sucedió a la discordia y el mérito fue reconocido unánimemente como el principio que debía orientar toda la reforma económica, al igual que ya había sucedido en el terreno educativo. No obstante, la élite ha mostrado una vez más su moderación y su prudencia no llevando el principio hasta sus últimas consecuencias. Todos los ciudadanos, incluyendo los de las clases Ínfimas, perciben idéntica remuneración de base: la Cuota Igual; ésta se somete a un reajuste anual en la forma que hemos explicado.

Sin embargo, esta ordenación tan razonable tampoco ha escapado a las críticas. Los populistas alegan que la apariencia de justicia es engañosa. Dicen que "los hipócritas" (como suelen llamarnos) se han hecho con una porción enorme del producto nacional y que ello se debe a que los humildes ya no tienen a nadie (excepto ellos mismos) que hable en defensa de sus intereses. Afirman también que los ricos son hoy en día más ricos que nunca, después de haber inventado esa falacia de que el talento pertenece al activo de las empresas con el mismo derecho que el capital material; que los dirigentes sindicales no han sido capaces de percatarse de esto y por ello se han puesto al lado del orden establecido; que el debate en torno a la

distribución del gasto nacional es una mera cuestión de astucia y recursos dialécticos, y que los derrotados tenían que ser necesariamente quienes dejaron que los más inteligentes de sus hijos fueran captados por el enemigo. En consecuencia, se han proclamado a sí mismos los defensores y abogados de las clases bajas, atribuyéndose la misión de luchar por ellas ahora que, según dicen, los sindicatos ya no están en situación de hacerlo. Hemos de reconocer que su defensa de una distribución más general de los incrementos en productividad, por absurda que nos parezca, ha encontrado últimamente algún eco en la opinión pública.

CAPÍTULO OCTAVO

Crisis

1. Primera campaña de las mujeres

Hasta ahora he tratado de describir el desarrollo de nuestra sociedad, sobre todo a partir de 1944, para así poner mejor de relieve algunas de las causas más profundas del descontento actual. No desconozco las conquistas de la ingeniería social ni el hecho mismo del progreso.

Es evidente, sin embargo, que la sociedad nunca funciona sin fricciones. Pese a los adelantos del último siglo la sociología sigue todavía en la infancia, y mientras no se ponga a la altura de las demás ciencias no podremos conocer con certeza el conjunto de leyes que rigen a la ingeniería social. En la Naturaleza el ser humano sigue siendo la porción más misteriosa. La sociedad que tanto nos ha costado crear no es más que un equilibrio, siempre delicado, de fuerzas contrapuestas. Todo cambio genera una reacción. La apertura de las escuelas al talento tenía por fuerza que irritar a muchos, que con esta medida perdían sus privilegios. La pérdida de categoría social, a la que inexorablemente estaban abocados los hijos poco inteligentes de familias encumbradas, tenía que enojar a los padres; y así sucesivamente, en todos los demás fenómenos que he analizado. Me parece que estas tensiones, por el momento inevitables, explican en buena medida el apoyo que ha recibido la actuación de los extremistas. El análisis histórico da razón sin duda de la viabilidad de los movimientos actuales. Sin embargo, queda por explicar por qué estos movimientos han adoptado la forma y organización que hoy tienen, y cuál ha sido el resorte inmediato de su acción.

El primer hecho notable a destacar es que casi todos los altos dirigentes de los populistas son mujeres y así ha sido desde el principio del siglo. Fue en este tiempo cuando las mujeres pasaron a primer plano en la política izquierdista; como era de prever, sus primeros pasos en este nuevo campo de acción poseyeron ese peculiar sello romántico que las caracteriza. Siguiendo la tradición de los populistas rusos del siglo pasado, que han dado su nombre al movimiento actual, muchas chicas de Newnham y de Somerville, en su mayoría de perfiles hombrunos, en vez de trabajar como cirujanos o científicos, que era para lo que su formación las capacitaba, se

dispersaron por Salford o Newcastle y se hicieron obreras de fábrica, cobradoras o azafatas. Usaban lápiz de labios, asistían a los partidos de fútbol e iban los domingos a Butlins. Creían, en efecto, que tenían la misión de vivir como si fueran técnicos ordinarios, para despertar en éstos la sensación de la inferioridad humillante con que la sociedad les trataba. Se afiliaron a los sindicatos técnicos, se presentaron como candidatas a determinados cargos políticos e incitaron a los técnicos a la huelga y a la agitación. Andaban siempre metidas en el Consejo Británico de Productividad.

Pidieron al Congreso Sindical Técnico que se vinculara formalmente con el socialismo. Se dedicaron intensamente a hacer propaganda. Quizá su mayor éxito fue su dominio transitorio del Times, al que durante algunos meses, en 2009, convirtieron en un periódico popular. Sin embargo, todos sus esfuerzos fueron en vano. La chispa no prendió porque no había madera en que prender. Las chicas retornaron a sus lares de Tunbridge Wells y de Bath, y la gran mayoría de los técnicos siguieron llevando tranquilamente su vida de todos los días, disfrutando de la estabilidad de empleo, que entonces era general, y atentos sólo a velar por sus hijos. Ante estas travesuras adoptaban una actitud tolerante y divertida; desde luego, no se animaban a la acción. No hay nada tan impasible y sólido como un técnico británico corriente. Son verdaderamente "la sal de la tierra"

Sin embargo, las chicas, antes de volver a su ambiente, concertaron una alianza bastante extraña, que dejó una marca duradera en nuestra política. En los organismos internos del Partido Técnico quedaban todavía algunos hombres de edad que, después de recibir su primera formación en el antiguo Partido Laborista, no habían salido nunca de la adolescencia política. Estos viejos fueron fuertemente atraídos por las chicas, y es posible que, de cuando en cuando, la atracción fuera recíproca. Empezaron a redactar programas de acción y a forjar una nueva política. ¿Por qué - se preguntaban- las chicas finalmente habían fracasado? Y se respondían a sí mismos: las chicas no llevaron a buen término su movimiento porque ellas mismas no eran técnicas. Poseían una mentalidad diferente y no hablaban el lenguaje de Salford, sino el de Somerville. No acababan de calar en los auténticos problemas de los técnicos, con lo que éstos no tenían confianza en ellas. La situación sería muy diferente si las chicas, y también los chicos,

con un alto cociente intelectual, no dejaran nunca de pertenecer a la clase técnica.

No deberían acudir a la universidad; sino dejar la escuela a la misma edad que la gente ordinaria. Entonces se tendría confianza en ellos. Serían técnicos de corazón, aunque por su talento pertenecieran a la élite. Con su gran inteligencia puesta al servicio de sus camaradas asumirían la dirección y caudillaje que en otros tiempos hombres como Bevin o Citrine desempeñaron para los viejos sindicatos. Con todo ello se levantaría desde los cimientos un nuevo movimiento socialista y se daría un sentido nuevo al viejo slogan de la igualdad. Era, sin duda, una perspectiva incitante.

Pero cuando se entró en el terreno de las propuestas prácticas todo lo que se les ocurrió a los innovadores fue que en cada generación una determinada proporción de los muchachos más inteligentes abandonara la escuela a la edad mínima para convertirse en técnicos. Pero ¿cómo había de hacerse la selección? ¿Por sorteo? A algunos les sedujo la idea y llegaron a proponer que en cada generación un 10 por 100 de todos los que poseyeran un cociente superior a 125 fueran destinados al trabajo técnico. Este sistema era evidentemente absurdo y quedó abandonado. Pero si se prescindía del sorteo, ¿a qué procedimiento acudir? Los reformadores propusieron entonces que los profesores dejaran de presionar sobre los padres y los muchachos que, por una u otra razón, no sentían entusiasmo por la educación superior. Deseaban que se suprimieran las asociaciones mixtas de profesores y padres de familia con objeto de que éstos no estuvieran tan sujetos a la influencia de los maestros. También querían que las escuelas dejaran de dar clases vespertinas y de fin de semana para los padres. En una palabra: pedían un conjunto de medidas que en aquellos tiempos ya no eran practicables. No se puede negar que en todas las épocas la mayor parte de las personas bien dotadas desean prosperar en la vida. Para esto no se requería un estímulo por parte de las escuelas. Los alumnos estaban de antemano de acuerdo con los deseos de los profesores.

Ante estas dificultades los reformadores acudieron a una vieja opinión que, en los cien años anteriores a 1944, había estado bastante en boga: la teoría de que el trabajo manual era tan valioso como el mental. En realidad, durante muchos años (aunque nunca en un país comunista)

los seguidores de la teoría marxista del valor económico afirmaron que el trabajo manual era más valioso que cualquier otro. (Una opinión bastante

extraña, sin duda; pero el historiador sabe que hubo un tiempo en que estaba ampliamente difundida.) Los reformadores trataron de conseguir la resurrección de esta vieja idea. No tenían otra alternativa. Parece innegable que la mayor parte de los muchachos inteligentes desean realizar un trabajo intelectual. Sin embargo, los reformadores, para conseguir sus propósitos, se empeñaron en desconocer este hecho en demostrar que los alumnos bien dotados deberían estar a gusto ejecutando trabajos manuales; sólo así podrían, por su libre voluntad, convertirse en trabajadores manuales. En una palabra: para alcanzar sus objetivos habían de modificar todo el sistema de valores imperante.

Y éste fue el camino que siguieron. Insistieron tercamente en que el carpintero realizaba un trabajo tan valioso como el cristalógrafo, olvidando un pequeño detalle, a saber, que ninguno de los reformadores era carpintero de profesión.

No cabe duda de que estos agitadores de hace veinticinco años supieron plantear difíciles problemas sociales. De estos debates nacieron las modernas doctrinas igualitarias, contra las que hoy en día nos estamos enfrentando. ¿Por qué -preguntaron- se considera a un hombre superior a otro? La razón (contestaron ellos mismos) es que los criterios por los que los hombres juzgan recíprocamente de su propio valor son de una estrechez inconcebible.

.Cuando nuestro país estaba gobernado por guerreros cuyo poder dependía de su capacidad de matar el mejor luchador era el mejor hombre; a los pensadores, pintores y poetas se les trataba con desprecio. Cuando el país pasó a ser regido por terratenientes, los predicadores, comerciantes o cantantes gozaban de escasa consideración.

Cuando finalmente el poder pasó a los industriales todas las demás personas eran miradas como inferiores. Pero (según los reformadores) la constitución social nunca ha sido tan simplista como en la Inglaterra de los tiempos actuales. Como todos los designios de la nación convergen en uno dominante la expansión económica, el criterio para juzgar a la gente, es exclusivamente su contribución a la producción, junto con los conocimientos aplicados en qué consiste tal contribución. El trabajador manual ordinario, cuya cooperación es muy pequeña, cuenta muy poco. Pero el hombre de ciencias cuyos inventos realizan el trabajo de diez mil personas, o el administrador, que organiza grandes masas de técnicos,

merecen que se les cuente entre los grandes hombres. La capacidad de aumentar la producción, directa o indirectamente, es lo que se conoce con el nombre de "inteligencia": con esta común medida se ejercita el juicio de la sociedad sobre sus miembros. La "inteligencia" es la que da acceso al poder en el Estado moderno, desempeñando el papel que correspondía al nacimiento en la sociedad antigua. La insistencia en este tipo particular de capacidad es el producto de un siglo de guerras potenciales o efectivas, en que, lógicamente, la actividad máspreciada tenía que ser la que tendiera al aumento del potencial bélico; pero (añaden los reformadores) en los tiempo actuales, en que la amenaza de guerra es mucho menos grave, parece que los criterios valorativos deberían modificarse.

En 2009 un grupo local del Partido Técnico publicó el Manifiesto de Chelsea. Este, entonces, no llamó mucho la atención, pero en los últimos diez años ha ejercido una considerable influencia, especialmente en el interior del movimiento. Se trata de un documento extenso y retórico. que empieza afirmando (con una interpelación a la que ningún historiador serio podría adherirse) que el objetivo primordial del grupo, como de todos sus predecesores socialistas, y de las Iglesias antes que ellos, es el cultivo y fomento de la variedad. Postula una sociedad sin clases.

Se opone a la desigualdad porque refleja un sistema de valores estrecho. Niega que, con arreglo a un criterio fundamental y exclusivista, cualquier hombre sea superior a otro. Defiende la igualdad entre los hombres en el sentido de que todo hombre merece respeto por el bien que hay en él. Todo hombre (y hasta toda mujer) es genial en algún tipo de actividad: puede ser genial en fabricar tiestos, cultivar margaritas, tocar las campanas, cuidar niños. o incluso (hay que reconocer que los reformadores no son intolerantes) en inventar telescopios de onda; en cualquier caso la sociedad tiene el deber de descubrir al "genio" y honrarlo adecuadamente. Creo que vale la pena transcribir el último párrafo del Manifiesto; con ello se llega al conocimiento de las teorías (bastante extrañas por cierto) de los reformadores sobre la futura sociedad sin clases:

"Una sociedad sin clases poseería una pluralidad de valores y a la vez actuaría sobre ellos. Habría que valorar a las personas no sólo por su inteligencia (y por su formación y poder social, como derivados de aquella cualidad). sino también por su amabilidad, su arrojo, su imaginación, su sensibilidad, su simpatía, su generosidad; entonces las clases dejarían de

existir. ¿Cómo podría decirse que un hombre de ciencia es superior a un portero que a la vez es un padre admirable, o que un funcionario sobresaliente vale más que un camionero, si éste, además, sabe cultivar rosas con sin igual destreza? La sociedad sin clases sería una sociedad tolerante, en que, paradójicamente, las diferencias entre los individuos serían mera. mente toleradas, y a la vez, activamente estimuladas; por fin se guardaría el debido respeto a la dignidad del hombre. Todos los individuos tendrían entonces iguales oportunidades; pero no para subir, determinando matemáticamente la amplitud del ascenso, sino para desarrollar las propias capacidades y llevar una vida más rica y más valiosa. Se ve claro que los autores del Manifiesto trataban de dar nuevo significado a la igualdad de oportunidades. Esta, según ellos, no debía entenderse como igualdad de oportunidades para subir en la escala social, sino para que todas las personas, prescindiendo de su "inteligencia", pudieran hacer fructificar todos los dones que poseían y en especial para captar la belleza y profundidad de la experiencia humana, y vivir, por así decirlo, "al máximo" Un niño cualquiera no es funcionario en potencia, sino una persona individual e intransferible, valiosa como tal.

Los colegios no debían dedicarse con carácter exclusivo a la estructura profesional del país y a formar a todo el mundo para aquellos oficios que en un momento dado se considerasen importantes, sino más bien a estimular los talentos individuales, aunque no fueran del tipo más útil en una sociedad científica. Habría que conceder tanta importancia al arte y a los trabajos manuales como a la ciencia y a la tecnología. El Manifiesto también pedía que se suprimiera la jerarquía de colegios y se instaurasen de una vez los colegios comunes. Tales colegios habrían de tener suficientes maestros, en cantidad y calidad, para que todos y cada uno de los alumnos fuesen debidamente atendidos y estimulados. Sólo así podrían progresar, cada uno a su propio ritmo, hasta realizar plenamente la propia e individual persona. Los colegios no llevarían la estratificación al extremo, sino que, al menos hasta cierto punto, agruparían a alumnos desiguales; este sistema de combinar la variedad con la unidad enseñaría a los alum. nos a sentir respeto por las diferencias infinitas que se dan en el seno del género humano y que constituyen precisamente una de las mayores virtudes de éste. Los colegios ya no considerarían a sus alumnos como seres formados de una vez para siempre por la Naturaleza, sino como una combinación de

cualidades en potencia que pueden desarrollarse eficazmente por la educación.

2. El moderno movimiento feminista.

Estas primeras fases del reformismo son actualmente reveladoras porque en ellas vieron la luz muchas ideas que han alcanzado después amplia difusión. La verdad es que en la organización del movimiento no se guardó la debida continuidad. La mayor parte de las mujeres des. contentas se retiró de la vida pública y muchas de ellas son hoy en día las esposas respetadas de algunos de nuestros mejores hombres de ciencia. Pero algunas de ellas, tanto solteras como casadas, se aferraron a sus ideas y mantuvieron vivo el espíritu de rebelión. A ellas se han ido uniendo otras provenientes de las mejores familias del país, especialmente en los tres últimos años, en que las adhesiones han sido muy numerosas. ¿A qué se debe el levantamiento en armas de tantas mujeres?. No es tan fácil como parece encontrar una explicación. Desde luego, no podría aspirar al título de sociólogo si atribuyera el hecho a la casualidad. Sería un error total se olvida a veces que, hacia el final de la última centuria, antes de que resurgiera el interés por la política, existían algunos excelentes estudios de la psicología femenina. En esencia venían a decir que, para muchas mujeres (sobre todo las más capaces, varoniles por su potencia mental, aunque por su lado afectivo siguieran siendo mujeres), la ordenación de la sociedad favorecía exclusivamente al sexo opuesto. ¿Acaso preguntaban las más indignadas no nacen cada año tantas niñas como niños inteligentes? Es cierto que pueden recibir la misma educación que cualquier candidato masculino a la meritocracia. Pero, ¿qué ocurre cuando terminan sus estudios? Que desempeñan el cargo para el que han sido formadas sólo hasta el matrimonio. Desde ese momento se espera de ellas, al menos por algunos años, que se dediquen exclusivamente a sus hijos. En esta vida fastidiosa ha significado para ellas algún alivio el renacimiento del servicio doméstico y la ayuda de sus maridos. Pero una mujer, si hace caso de las enseñanzas de la psicología, no puede confiar por entero el cuidado de sus hijos a una persona de escasa inteligencia. Los niños necesitan el amor de su madre, como también que ésta les estimule intelectualmente, les inicie con delicadeza en la cultura superior y les prepare pacientemente para una vida de trabajo y de consagración a su profesión. Una mujer que descuida sus

deberes maternos lo hace con peligro para sus hijos y con riesgo de incurrir en el desagrado de su marido.

Estos estudios antiguos pusieron de relieve la doble misión, profesional y biológica, de la mujer, y también que de esta dualidad se originan para ella tensiones y conflictos mentales; en efecto, muchas mujeres no dejan de darse cuenta de que la educación de los hijos es una de sus ocupaciones más nobles (especialmente si no las absorbe por entero). El problema nunca ha sido de fácil solución. Algunas mujeres han optado por limitar el número de hijos para poder volver lo antes posible al trabajo profesional, lo que ha reducido peligrosamente el stock de inteligencia necesario para la sociedad. Otras han decidido que la familia tradicional es un anacronismo y se han descargado en los criados de su función maternal. Algunas han llegado a comprometerse a enviar a todos sus hijos a la Escuela londinense de Artes y Oficios, en que no se enseña la ciencia; así, claro, el problema se corta de raíz.

Sin embargo, una minoría, pequeña pero importante, se ha dejado seducir por la vieja mística de la igualdad.

La antigua lucha por la igualdad social se combinó con el movimiento en pro de la emancipación de las mujeres, lo que le prestó nuevo vigor. Igualdad, prescindiendo de la clase y el sexo: he aquí un buen slogan; sólo que perdió gran parte de su atractivo cuando se suprimieron las clases hereditarias (no los sexos hereditarios, que al menos de momento no se conocen...). Sin embargo, para algunas mujeres, el slogan conservó su fascinación; para ellas los sexos recibían un tratamiento manifiestamente desigual. Deseaban la igualdad entre los sexos; pero como ésta es evidentemente inalcanzable trasladaron su enojo del sexo masculino en general a las clases rectoras, a las que hicieron responsables de la tiranía impuesta en realidad por la biología. Como sus hijos entraban pronto en el jardín de infancia, no les resultó difícil a las madres disponer de tiempo para discutir y protestar contra el orden establecido, desde sus círculos femeninos.

La mayor parte de ellas no llegaron a prescindir del ser. vicio doméstico para exteriorizar su protesta. En la actualidad un número bastante elevado de las dirigentes del movimiento han decidido realizar ellas mismas todos sus trabajos caseros; pero, a pesar de todo, están en minoría, y además esta

determinación puede ser conveniente en algunos aspectos, puesto que a las interesadas, si están casadas, les queda poco tiempo para la acción política.

No cabe duda de que las activistas, por medio de sus círculos y organizaciones similares, han afirmado con energía la influencia que poseen y han demostrado a su parentela masculina (quizá en exceso dispuesta a creerse todas las maravillas que la sociedad debe al movimiento femenino) que constituyen una fuerza con la que hay que contar. Esta actitud suya representa una protesta contra el criterio de las "realizaciones efectivas", que es al que recurren los hombres para valorarse unos a otros. En efecto, a las mujeres se las suele juzgar más por lo que son que por lo que hacen, más por otras cualidades que por la inteligencia propiamente dicha; más por su afectividad, su encanto y su vivacidad que por su éxito profesional y social. Es natural que las activistas exigieran una mayor estimación social de las cualidades típicamente femeninas; pero hay que lamentar que con este objeto se unieran las mujeres más inteligentes con otras de capacidad sólo mediana.

La discusión ha adquirido mayor acritud debido a dos factores: el "empobrecimiento" de las mujeres y la campaña eugenésica. El empobrecimiento es una consecuencia de la reforma del sistema de remuneración que he descrito en el capítulo precedente. A los hombres se les considera como partidas del activo de la empresa, y es innegable que las amas de casa no pueden pretender una consideración análoga. Las esposas de los hombres que pertenecen a la élite suelen beneficiarse de la nueva concepción del hogar, como una dependencia más de la oficina o de la fábrica. Los sueldos de sus criados figuran en la nómina de la empresa en que trabaja el marido. Sin embargo, los maridos, indudablemente, se benefician más.

Las mujeres viajan menos al extranjero, asisten a menos cenas elegantes, por cuenta de la empresa; no necesitan tener dos bares, uno en la oficina y otro en casa. Es natural que alguna vez tengan verdaderos celos de los privilegios y del nivel de vida disfrutados por los maridos por su calidad de activo de la empresa. He aquí uno de los factores por los que la guerra entre los sexos se ha extendido a la política.

Además, hay que tener en cuenta la campaña eugenésica. El fundamento de ésta fue simplemente el sentido común. El profesor Eagle y sus colaboradores sólo pedían que la gente, antes de elegir al cónyuge,

consultara el Registro de Inteligencia. Esto era en defensa del interés común y también de la felicidad del matrimonio. Un hombre con un cociente intelectual elevado no puede sentirse igualmente orgulloso de un hijo que va al colegio ele. mental y de otro que va a Oxford, y la probabilidad de que el hijo fuera torpe aumentaba, naturalmente, cuanto más torpe fuera la madre. Un hombre de cociente elevado que se casa con una mujer cuya cifra, por el contrario. es baja no hace más que despilfarrar sus genes; la más elemental prudencia aconseja que toda persona, antes de casarse, se informe acerca del coeficiente del futuro cónyuge, y también, para mayor seguridad, de los correspondientes a sus padres y abuelos. Todos hemos leído alguna vez alguna de esas novelas, hoy tan populares, en que se describen los apuros de una joven para casarse, debido al bajo coeficiente de algún antepasado, que se interpone entre ella y su enamorado, hasta que finalmente se descubre que el registro estaba equivocado y todo se arregla. Desde luego, el consejo del profesor Eagle era saludable. Alguna vez hemos pensado lo contrario porque contrariaba algún capricho nuestro, que todos podemos sentir, y a cualquier edad; pero, racionalmente, todos damos nuestro asentimiento. Es hoy muy poco frecuente que un alto funcionario, si tiene algún dominio sobre sí mismo, contraiga matrimonio con una muchacha que no cuente con ningún antepasado con un cociente superior a 130. La noticia de un matrimonio de ese género se extendería rápidamente entre los compañeros de trabajo y calificaría al funcionario como persona de poco fiar; aunque sólo por razones de propia seguridad el interesado ha de saber refrenarse.

Sin embargo, este consejo tan sensato ha gustado bastante menos a las mujeres, y esta vez sí que no consigo explicarme la razón. Parece que opinan que, en un matrimonio de inteligencia, todo romanticismo ha de quedar forzosamente excluido. Para reforzar su posición se han aliado con las clases inferiores, que, como es sabido, dan mayor valor a la hazaña física y deportiva que al talento; en consecuencia, han sobrevalorado una cualidad que nada tiene que ver con la inteligencia, elevándola a la categoría de símbolo: la apariencia física. El profesor Eagle combate enérgicamente a los hombres que eligen a sus mujeres atendiendo exclusivamente a su aspecto externo (en esto hay que reconocer que su propia mujer le secunda muy eficazmente...); pero, cuanto más se esfuerza. con mayor violencia le replican los populistas. Es bastante frecuente que

algunos grupos femeninos de éstos, que presumen de elegantes, asistan a las reuniones políticas vestidas de la manera más extravagante, llevando jerseys tipo Saldana y zapatos del tipo escándalo, completamente maquilladas y peinadas con arreglo a los últimos dictados del comité de modas. Uno de sus slogans favoritos es ese tan cómico de que "la belleza está al alcance de todo el mundo". No se puede negar que el aspecto de las mujeres miembros del "seminario volante" llama poderosamente la atención. Al menos no se les puede reprochar que descuidan su atuendo y su apariencia externa.

3. Sobreviene la crisis.

Sin embargo, a no ser por los acontecimientos a que ahora me voy a referir, este movimiento femenino no hubiera pasado de una función algo bufa, aunque, eso sí, representada con sumo ardor. Si se ha convertido en una amenaza para el Estado ha sido por la repentina actualización de un asunto que estaba olvidado hacía ya mucho tiempo. Me refiero, naturalmente, a la nueva doctrina revolucionaria nacida en el ala derecha del Partido Con. servador. Lord Cecil y sus seguidores han hecho lo que nadie en las tres últimas generaciones se ha atrevido a hacer: han pedido la restauración del principio hereditario. Quizá no con estas mismas palabras, pero éste es el sentido de su programa. El impacto producido por esta actitud ha sido muy fuerte. El extremismo de las derechas siempre ha conducido al extremismo de las izquierdas.

Su argumentación merece cierta atención; en efecto. afirman que la tendencia que pretenden hacer triunfar tiene una existencia manifiesta desde hace por lo menos veinticinco años. Hay que reconocer que todo progreso hacia la igualdad de oportunidades crea una resistencia para seguir adelante. Hace un siglo la reforma de la educación era absolutamente imprescindible al objeto de evitar que la inteligencia se siguiera despilfarrando en las clases inferiores. Pero, naturalmente, a medida que el talento se iba separando de la masa y trasladando al estrato social que le correspondía, o sea, a las clases superiores, las razones para continuar este proceso iban siendo cada vez menos imperativas. Ya por los años 1990 a 2000 todos los adultos con un cociente de 125 para arriba pertenecían a la meritocracia. Un elevado porcentaje de los niños cuyo cociente era a su vez mayor de 125 eran hijos de estos mismos adultos. Hoy, más que nunca en el pasado, se cumple que

las clases superiores del presente están engendrando y educando a las del mañana. La élite se está convirtiendo en hereditaria; los principios de la herencia y el mérito se están fusionando. La conversión fundamental que se inició hace más de dos siglos está casi terminada.

Indudablemente, la meritocracia gana con ello en brillantez. Hace cincuenta años muchos miembros de la élite lo eran sólo desde la primera generación, lo que les colocaba en situación de inferioridad en relación con sus com. pañeros de clase. Provenían de familias en que no existía una tradición de cultura. Sus padres, que carecían de formación, no podían añadir su propia influencia a la ejercida por el maestro. Tales personas se quedaban, por así decirlo, a medio formar; se instruían en el colegio, pero no en el hogar. Una vez graduadas no tenían la misma confianza en sí mismas que aquellos que desde el principio se beneficiaban del apoyo y el estímulo de la familia.

A veces esta falta de confianza degeneraba en conformismo, lo que afectaba a la facultad de innovación, que, como es sabido, es una de las más importantes a ejercitar por la élite. Eran además intolerantes, y en su lucha por los ascensos mostraban un afán mayor que el necesario; no obstante, eran demasiado cautelosas para tener éxito. Hoy que es muy reducida la proporción de personas pertenecientes a la élite desde la primera generación, estos defectos se han atenuado mucho y es mucho menor el riesgo de que la sociedad degenera en una turba estratificada.

Ya no es necesario rebajar los niveles máximos para que todos los muchachos, cualquiera que sea su clase, puedan tener acceso a la cultura superior. En estos hechos basan su argumentación los nuevos conservadores. Según ellos, las ventajas del nuevo orden existente deberían ser reconocidas sin regateos: habría que conceder a la élite no sólo los privilegios que hoy ya nadie le discute, sino también (y este es el caballo de batalla) la garantía de una educación especial para sus hijos.

Las probabilidades de que estas exigencias tengan éxito han aumentado como consecuencia de los últimos adelantos de las ciencias sociales, algunos de los cuales ponen en entredicho ciertos hechos y opiniones que hasta ahora se consideraban indiscutibles. Lo cierto es que los progresos alcanzados en psicología permiten la determinación de la inteligencia y aptitudes del individuo a edades cada vez más tempranas. Hasta principios de siglo el margen de errores en los tests que se venían practicando (incluso

el de los catorce años) era todavía bastante elevado, de modo que si después de dicha edad no se hubieran concedido nuevas oportunidades la pérdida de capacidad para el país hubiera sido muy elevada. Si se llevaba el principio de igualdad de oportunidades hasta sus últimas consecuencias no se podía prescindir de las personas de evolución tardía. Estas son las razones de la instauración de la educación de adultos y de la creación de centros regionales. Era preciso que todo el mundo, en cualquier momento de su vida, tuviera la oportunidad de someterse a nuevos tests. Pero los rápidos progresos alcanzados en la psicología de la educación han permitido la medición de la inteligencia durante la infancia, aunque esté en estado latente y no pueda ser debidamente apreciada y medida por un observador no preparado, como también la determinación de la edad, en la época adulta, en que ha de dar los coeficientes más elevados y llegar al máximo desarrollo. Estos descubrimientos han quitado en parte su razón de ser al movimiento en pro de la educación de adultos. Si, sobre la base de los tests practicados a los quince años, se puede predecir el futuro ¿para qué sirven los centros regionales? Bastaría con que los expertos no perdieran de vista a los tardíos y, llegado el momento, confirmasen que su pronóstico era certero. Dando algún margen de tolerancia para los casos dudosos no podían equivocarse. Los organizadores de la educación de adultos han protestado contra esta iconoclasia (así la llaman); no han negado la exactitud de los nuevos descubrimientos, pero han afirmado que su movimiento debía subsistir, aunque sólo fuera para mantener la moral de las personas de bajos cocientes, a las que de otro modo se les arrebataría toda esperanza.

Poco a poco han ido rebajándose las edades a las que podían practicarse tests con muy escasa probabilidad de error. En el año 2000 esta edad se fijaba en los nueve años; en 2015, en los cuatro; en 2025, en los tres. Esto último ha afectado a muchos maestros tanto como los anteriores descubrimientos perjudicaron a los centros de educación de adultos. En efecto, la justificación de que en las escuelas primarias la educación fuera común para niños de todas las inteligencias hasta los once años era que el grado definitivo de inteligencia no se podía determinar a edades tan tempranas. Era lógico que no se procediera a ninguna segregación mientras no se poseyeran los datos necesarios sobre cocientes. Pero, una vez que se pudieron realizar tests a la edad de tres años, con toda garantía de eficacia,

ya no tenía objeto que los niños mejor dotados fuesen a las mismas escuelas que otros más mediocres, lo que inevitablemente tenía que obstruir y retrasar su desarrollo intelectual. Era más acertado separar a los niños inteligentes de los demás destinándolos a jardines de infancia y escuelas primarias especiales, de un modo análogo a como ya se hacía para los estudios superiores, en que los jóvenes más destacados iban a Oxford y a Cambridge, donde estaban debidamente segregados de los otros, que no podían ir más allá de las universidades provinciales. En cuanto a los tardíos podían permanecer con la masa hasta que llegara su hora, o bien acudir a escuelas experimentales en que quizá los procesos de la naturaleza podrían anticiparse.

Enfrentados con estos hechos, y con las propuestas derivadas de ellos, algunos maestros reaccionaron de modo similar a los educadores de adultos; admitido, dijeron, que la edad adecuada para tests es la de tres años; de todos modos, es preciso fingir que no lo es y proceder en consecuencia. No se puede condenar a los niños a tan tierna edad: dejarían en absoluto de luchar si pensaran que todos sus esfuerzos no podrían dar un mentís al dictamen del psicólogo, o al menos, que sería muy pequeña la probabilidad de que así ocurriera. Hay que dar a los niños el estímulo de la esperanza, y no sólo a ellos, sino también A los maestros y, sobre todo, a los padres. Ningún sociólogo (según los maestros) puede desconocer la fuerza de estos argumentos. Durante mucho tiempo la igualdad de oportunidades ha sido la base de toda la ética de la educación y no daría buenos resultados prescindir de este principio de la noche a la mañana. La cohesión social es tan importante que tendremos que "apresurarnos poco a poco". Etc., etc.

Pero la ciencia no progresa poco a poco. La edad de tres años no era el límite. Se ha conseguido predecir la inteligencia durante el período de gestación. El doctor Charles, premio Nobel, que nos ha enseñado tantas cosas sobre la transmisión de la capacidad intelectual, ha mostrado recientemente que la inteligencia de los niños se puede predecir a partir de la de sus antepasados. Sus primeros y notables experimentos se realizaron con ratas.

Su hipótesis X se confirmó más adelante gracias al test general a que fueron sometidos todos los niños de tres años en 2016. En lo que respecta a nuestro país, el Centro Eugénésico posee datos correspondientes a cuatro generaciones, desde el año 1950 en adelante, a más de otras estimaciones

retrospectivas recopiladas a base de trabajos penosos, en especial desde que el estudio de las necrologías pasó a ser una de las ramas de la sociología. Haciendo un uso adecuado de estos datos, con los necesarios márgenes de tolerancia, es posible predecir con notable exactitud la capacidad de los hijos de cualquier matrimonio; más todavía: valiéndose de diversas hipótesis sobre usos matrimoniales y sobre las migraciones internas y externas las tendencias y distribuciones de inteligencia se han calculado ya para los próximos mil años.

4. Nuevos conservadores.

Indudablemente, los trabajos del doctor Charles han contribuido a modificar la postura de muchos matrimonios inteligentes. Ya no necesitan, ni desean, enviar a sus hijos a una escuela primaria común; mientras el Estado no proporcione las especiales que hacen falta ya han surgido en algunos distritos iniciativas para crear, con carácter privado, este nuevo tipo de escuelas primarias, en que los hijos de esos padres inteligentes se juntarán sólo con los niños de su propia clase. Esos matrimonios de elevados coeficientes, que antes se detenían a veces ante las camitas de sus hijos, preguntándose cuál sería la valía de éstos.

empiezan a ser un caso poco frecuente. Para ellos los hijos ya no tienen un destino desconocido; son los dirigentes del mañana. Todo esto ha ocasionado un endurecimiento del sentimiento de clase. Se había puesto en duda la necesidad de que todos los niños asistieran a la misma escuela primaria hasta una edad mínima; se habían hecho vacilar de este modo los fundamentos del orden social; algunos padres inteligentes se sintieron incitados a ir todavía más lejos y se preguntaron si la misma igualdad de oportunidades no era una idea completamente pasada de moda.

Planteadas así las cosas los defensores del orden vigente no tenían por qué intranquilizarse demasiado. El fallo del razonamiento es evidente; sólo algunos conservadores fanáticos en su apego a la familia, que no han oído hablar de Charles y de Galton, o no les han leído debidamente, y que desconocen lo más elemental de la genética, dejan de darse cuenta de ello. Para razonar bien hay que tener presente que, hablando en términos generales, los hijos de un matrimonio inteligente son de una inteligencia media menor que la de sus padres; por el contrario, la inteligencia de una nueva generación sube ligeramente respecto a la generación anterior cuando

ésta es torpe. La tendencia es hacia la nivelación. De no ser así, la élite, en toda justicia, debería detentar el poder con carácter hereditario. Tal como son las cosas es necesario conservar una cierta movilidad social, aunque no con la intensidad de hace un siglo.

En realidad, la mayor parte de los dirigentes conservadores conocen perfectamente esta tendencia a la que me acabo de referir y han contado con ella en sus programas de acción. En sus proposiciones se observan diferencias, si no esenciales, cuantitativas o de grado. Para los extremistas del ala derecha el hecho en sí carece de importancia. Es posible que algunos hijos torpes de padres inteligentes reciban una educación superior; la mayor parte de ellos, a pesar de esta educación, seguirán siendo menos inteligentes que sus progenitores; pero adquirirán en sus hogares un pulimento que, unido a la formación recibida, les permitirá formar parte de la élite, a la que quizá no honrarán, pero a la que al menos no pondrán en ridículo.

Las ventajas de hacer hereditaria a la meritocracia compensarían con creces cualquier inconveniente que se siguiera del sistema propuesto. Los padres se sentirían enormemente aliviados ante el problema de sus hijos y éstos se evitarían todas las tensiones psicológicas por las que actualmente tienen que pasar al medir sus fuerzas con los muchachos de las clases inferiores. Ya no habría que fomentar la ambición de muchas familias de las clases bajas al objeto de que no se descuidaran y no permitieran que sus hijos se vieran privados de las ventajas de la educación superior, si tenían derecho a ella; aparte de que, al existir menos ambiciones e insatisfacciones, el cuerpo social ganaría en estabilidad. Es posible que más adelante sea precisa una nueva ola de movilidad social si la distribución de inteligencia adquiere un desfase excesivo con la distribución de poder; pero mientras tanto, podemos esperar; disfrutemos de cincuenta años de paz, liberados del caos de la movilidad social.

Estas teorías no tienen la menor posibilidad de éxito. porque representan una ruptura demasiado brusca con la ética imperante en la actualidad. Una doctrina más matizada pide que la distribución de inteligencia se adapte a la distribución de poder: si nos fijamos, observaremos que, aunque el resultado final coincide con el producido por el actual sistema educativo, el procedimiento seguido es exactamente el inverso. Sin duda, han influido en estas ideas los experimentos llevados a cabo por el académico Donikin en Ulan-Bator, que ponen remate a una

larga serie de ellos realizados en muchos otros países, incluyendo el nuestro. Si hemos de dar crédito a los informes publicados los biofísicos han mostrado que es posible, al menos para las especies animales inferiores, producir por medio de la radiación mutaciones susceptibles de control en la constitución genética del animal antes de su nacimiento, y que se puede de este modo elevar su nivel de inteligencia. Si estos descubrimientos se pueden llevar a la práctica en lo que a la especie humana se refiere surge en seguida el problema fundamental: ¿qué familias han de verse favorecidas con esta elevación artificial de la inteligencia de los hijos? Los dirigentes conservadores afirman que los que ya tienen son los que deben tener más, porque en estas familias es donde existe la atmósfera más adecuada para el desarrollo de la capacidad, y porque sería absurdo manipular la inteligencia de los hijos de las clases inferiores, dado que en todo caso han de tener la suficiente para las funciones que en su día les han de ser asignadas. Desde luego, la decisión la debe tomar la meritocracia, no el pueblo ordinario, que no puede juzgar adecuadamente de la gravedad de la cuestión. Sin duda, cualquier aumento de los conocimientos es en sí una cosa buena, pero en este caso concreto, y desde el punto de vista de la sociología, soy de la opinión de que en la aplicación de los recientes descubrimientos toda prudencia es poca. Ya han circulado algunos rumores sobre determinadas manipulaciones llevadas a cabo en las esposas de algunos altos funcionarios en el Centro de Maternidad de South Uist, rumores que han despertado bastantes inquietudes.

Por otro lado, se ha propuesto que el Ministerio de Educación declare el Plan de Adopción de Niños por él elaborado obligatorio para todas las autoridades locales.

La adopción de niños es tan vieja como el hombre. En todas las sociedades ha habido personas que, insatisfechas por no haber tenido hijos, o no haberlos tenido en el número deseado, los han buscado por ese procedimiento, que además les permite elegirlos a gusto del consumidor: delgaditos o gordinflones; rubios con ojos azules, o morenos con ojos grises; niños o niñas; pequeños o grandes. Pero existe una diferencia entre nosotros y las sociedades de otros lugares y épocas, y es que damos mayor valor a la inteligencia, y que los psicólogos y biólogos nos han dado los medios de medir a ésta desde la cuna. Como consecuencia, en la actualidad

un genio que se queda sin padres se convierte automáticamente en pupilo del Estado.

Un huérfano inteligente es hoy en día una bendición para cualquier familia, especialmente para la esposa, si no se siente con ánimos para seducir a algún catedrático famoso, o no le gusta recurrir a la inseminación artificial con simiente de los pocos hombres, todos altamente inteligentes, a los que el Ministerio autoriza como donantes de inteligencia. Por ello los miembros de la élite con escasez de hijos han aumentado enormemente en los últimos años sus solicitudes a las sociedades de adopción. La oferta es totalmente insuficiente; de aquí un crecimiento inquietante en el mercado negro de bebés: es bastante frecuente que las familias de la élite cambien a los bebés estúpidos (con una buena dote, si la familia es muy rica) por los inteligentes, extraídos de las clases inferiores.

Algunos padres desesperados han llegado hasta el rapto de niños, después de seleccionar cuidadosamente a alguna madre embarazada de la clase baja, cuya genealogía de inteligencia era prometedora. Esto ha dado origen a alianzas escandalosas entre detectives privados y especialistas en genética. Para evitar estos hechos, dicen los culpables, lo mejor es permitir que se adopte a los que tarde o temprano pasarán a formar parte de la élite mientras son pequeños, en vez de hacerlo mucho más tarde, y de una forma mucho más complicada, unos "padres adoptivos" un tanto impersonales, como son el colegio de humanidades y la universidad. Después de una encuesta gubernamental bastante completa la ley para el bienestar de los niños se aprobó en 2030. Según ella, las adopciones privadas serían nulas en lo sucesivo, a no ser que la autoridad local del distrito en que residieran los adoptadores hubiera ordenado, para su jurisdicción, la vigencia de la reglamentación y garantías establecidas con carácter general por el Ministerio de Educación. Inmediatamente algunos comités locales de educación, como los de Cheltenham, Bournemouth, Harrogate y Bognor, adaptaron sus ordenanzas locales a las prescripciones de esta ley; pero otros muchos no les siguieron. Muchos conservadores pidieron que se obligase de una manera formal a todas las autoridades locales a cumplir la ley; ésta ha sido la gota de agua que ha hecho rebasar el vaso y ha precipitado la crisis del pasado mayo.

5. El papel de las masas.

Parece que el sociólogo, con su formación y su intuición, es quien está mejor capacitado para comprender por qué estos sucesos, y las polémicas surgidas en torno a ellos, han causado una conmoción tan profunda. Cualquier insinuación, y con más motivo, una afirmación solemne en los medios influyentes, en el sentido de que el principio hereditario iba a ser restablecido, después de dos siglos de luchas para acabar con él, equivale a un ataque contra todo nuestro sistema de valores, más inquietante todavía por la rapidez con que se han precipitado los acontecimientos. Incluso los que hace dos centurias se constituyeron en defensores de las clases inferiores (seguidores de Robert Owen, carlistas y primeros socialistas) no mantuvieron en contra de las clases altas de entonces una actitud tan extrema como estos rebeldes de hoy. Por lo menos conservaban cierta afinidad con la religión cristiana. Estos otros rebeldes, por ser de derechas, no pueden invocar este respetable parentesco: el principio de igualdad de oportunidades ha triunfado en toda la línea en el terreno de la moral práctica. Los conservadores pretenden poseer a la vez dos lujos: el de la herencia y el de la eficiencia. Pero no pueden poseerlos simultáneamente. Tenían que elegir y lo han hecho mal. No podemos tolerar que un hombre llegue a puestos como el de director del Centro Eugénico de South Uist, o quizá el de primer ministro (aunque, por lo visto, este último cargo empieza a perder categoría), simplemente por ser hijo de padres inteligentes. Tampoco podemos tolerar que los hijos inteligentes de padres tontos echen a perder sus vidas en cualquier oficina sindical, lúgubre y sucia, de Manchester. El precio de una locura semejante sería muy elevado. China y África nos dejarían atrás en productividad. La influencia británica y europea se perdería una vez que nuestra ciencia fuera superada por la de los países hasta entonces de segunda categoría. Seríamos una vez más desbordados en la competencia internacional. No hace falta, me parece, insistir más. Tan evidente es todo esto que los populistas se presentan actualmente como los defensores de todo lo mejor y más respetable del orden establecido. Ciertamente, se trata de una situación paradójica.

Algunas encuestas de la opinión pública han puesto de relieve que hay que buscar el origen de los recientes disturbios más en la oposición a los conservadores que en la lealtad a los populistas. Pero, sean cuales fueren los motivos, no podemos engañarnos respecto a la gravedad de lo sucedido. Ordinariamente todas las pequeñas divergencias que han sobrevenido se

hubieran solucionado sin dificultad por medios conciliatorios; pero esta vez han adquirido una acritud y una virulencia sin paralelo en la época moderna. Los sucesos de Stevenage, Kirkcaldy y South Shields, la acción del servicio doméstico, las delegaciones enviadas al Ministerio de Educación y al Congreso Sindical Técnico, todo ello, bajo los objetivos aparentes, recelaba una actitud de franca rebelión. Mil pequeñas quejas se han convertido en una revolución. y

En realidad, muchos de los manifestantes no tenían ideas claras sobre lo que defendían; cuando en los tribunales se les pidió una explicación sólo supieron pronunciar unas cuantas frases incoherentes. Necesitaban la dirección de las clases altas, y la buscaron, hasta encontrarla en un extraño sector de la élite, el único que podía avenirse a colaborar con ellos. Los círculos femeninos y sus dirigentes, Urania O'Connor, lady Avocet y la condesa de Perth. no crearon en realidad el movimiento, sino que éste, por así decirlo, las creó a ellas; si la historia social, hasta los años más recientes, no hubiera estado tan descuidada nadie hubiera podido dudar que esto es lo corriente en política. Las mujeres sólo tenían que aprovechar la oportunidad histórica que se les presentaba y no cabe duda de que lo han hecho de la mejor manera posible. En cuanto el viento se levantó se pusieron a navegar. Se han anudado sólidos lazos entre los círculos femeninos y buen número de técnicos disidentes, de todos los niveles de inteligencia; en realidad, las mujeres no han tenido reparo en aliarse con los descontentos de todos los estratos sociales, de los que he hablado en los capítulos precedentes.

Algunas secciones del Partido Técnico, moribundas desde hacía tiempo, han recibido últimamente centenares de solicitudes de admisión. La agitación tuvo su punto culminante en la Convención de Leicester, en que los populistas dieron a conocer su Carta, que en tan poco, tiempo tanta celebridad ha adquirido.

,Se trata, sin duda, de un extraño documento. Existen en él ecos de un remoto pasado, bajo la forma de, citas de pensadores. olvidados hace ya mucho. tiempo, como Tawney. Cole, William Morris y John Ball; sin duda, en esto se apoyan sus autores para proclamarse a sí mismos los "herederos" (esta palabra debe de ser un "lapsus") de una de las grandes corrientes del pensamiento británico.

En lo que respecta al servicio doméstico sólo se han atrevido a insertar unos cuantos tópicos y frases triviales, temerosos, por lo visto, de que sus

inteligentes aliadas log envíen a paseo. Tampoco se han atrevido a defender abiertamente el principio igualitario, pues con ello podían enajenarse a sus cómplices de las clases altas; sin embargo, rozaron peligrosamente el tema, sobre todo en aquella parte de su perorata que empieza con la invocación: "Oh, hermanas". Prescindiendo de toda su retórica de relleno la Carta contiene pocas peticiones concretas; entre éstas figuran la prohibición de las adopciones, el mantenimiento de las escuelas primarias y de los centros de educación de adultos. concesión de mayor importancia a la edad y a la experiencia como factores de la promoción industrial.

participación de los técnicos en los incrementos de la productividad, y, por último, la medida más revolucionaria y significativa de todas, aunque tan pasada de moda que sólo podría provocar una sonrisa en cualquier historiador consciente: la elevación hasta los dieciocho años de la edad mínima para dejar la escuela y la creación de colegios comunes para todos los grados de inteligencia.

Ciertamente, estas peticiones constituyen un programa político de un tipo muy elemental y tosco; pero sus autores no podrían hacer más sin arriesgarse a enemistarse con alguno de los muchos grupos heterogéneos con cuyo apoyo contaban.

6. Desde aquí, ¿hacia dónde?

En este ensayo no me he propuesto pronosticar cuál va a ser el curso de los acontecimientos en el próximo mayo, sino más bien mostrar que el movimiento de protesta tenga profundas raíces en nuestra historia. Si estoy en lo cierto es inevitable que hasta las instituciones básicas de nuestra sociedad moderna sean violentamente atacadas. La hostilidad actual ha estado latente mucho tiempo. Durante más de cincuenta años las clases inferiores han estado acumulando resentimientos que no han podido manifestar al exterior en forma coherente, hasta el presente día.

Si con este libro he contribuido algo a la comprensión general de esta compleja evolución, y logro persuadir a algunos de mis conciudadanos de que no tomen demasiado a la ligera el descontento actual, creo que habré conseguido mis objetivos. No se me oculta, sin embargo, que quizá se espere de mí que diga dos palabras sobre lo que probablemente nos va a deparar el porvenir. Naturalmente, se tratará sólo de una opinión personal, que el lector de estas páginas puede formular quizá con mejor fortuna.

Sea como fuere, creo firmemente que mayo de 2034 será a lo sumo un nuevo 1848, y además, al estilo inglés. Es probable que haya alguna agitación, especialmente en las universidades, y que se produzcan algunos disturbios, al menos mientras los populistas subsistan para fomentarlos.

Pero creo que en esa fecha todo se reducirá a algunos días de huelga y a una semana de revueltas, y que nuestra Policía, con sus nuevas armas, no tendrá la menor dificultad en controlar la situación.

Ya he hecho alguna alusión a las razones que justifican este optimismo. La Carta de los populistas es demasiado vaga. Sus peticiones, con una sola excepción, no significan que se le ponga al Gobierno una pistola en el pecho. No existe un movimiento revolucionario propia. mente dicho, sino una amalgama de grupos heterogéneos que sólo deben su cohesión a unas cuantas personalidades de relieve y a una atmósfera de crisis. El movimiento no cuenta con una verdadera tradición de organización política. Más todavía: se observan en él ciertos indicios de disensiones internas, como consecuencia de algunas concesiones hábiles que se le han hecho. Desde que empecé a escribir este ensayo, hace una quincena, el presidente del Consejo de Investigación de las Ciencias Sociales ha dirigido al Gobierno algunas recomendaciones que sólo con provenir de él son escuchadas con atención. El primer ministro hizo caso de estos consejos de moderación y actuó rápidamente: ordenó al Control Meteorológico que anticipase en un mes la llegada del otoño y anunció, en su discurso del 25 de septiembre (que pronunció en el mismo Kirkcaldy), que su partido iba a proceder a la expulsión de media docena de miembros del ala derecha, que el plan de adopciones no se haría obligatorio por el momento, que la igualdad de oportunidades seguiría siendo principio fundamental de la política oficial y que el Gobierno no tenía intención de reformar o suprimir las escuelas primarias y los centros de educación de adultos.

Este discurso, en expresión del Times, "les quitó a las chicas las palabras de la boca". Bajo todas las variaciones superficiales de la política cotidiana se esconde un hecho inconmovible, al que me he referido al principio de este ensayo. El último siglo ha asistido a una amplia redistribución de la inteligencia entre todas las clases sociales, con la consecuencia de que las clases inferiores ya no tienen la potencia necesaria para rebelarse con alguna probabilidad de éxito. En algún momento dado puede parecer que su movimiento va adelante, merced a una alianza con

algún sector de la clase alta, que sufre una desilusión pasajera. Pero estos inadaptados nunca pueden ser más que una minoría excéntrica porque a la élite no se le regatea ningún derecho a que razonablemente pueda aspirar. (Por esto los populistas nunca han constituido una fuerza política seria.) Sin dirigentes de talento las clases bajas no suponen una amenaza mayor que cualquier chusma desorganizada, aunque muchos de sus representantes' adopten a veces una actitud de sombrío descontento, otras veces manifiesten veleidad e inconstancia y nunca tengan un comportamiento completamente predecible. Desde luego, si se hubieran confirmado las esperanzas de algunos reformadores de la primera época, y las clases bajas hubieran conservado a las personas inteligentes que pudieran aparecer entre ellas, la situación sería probablemente muy diferente. Los inferiores contarían con maestros, inspiradores y organizadores. Pero los pocos que se atreven actualmente a proponer una medida tan radical lo hacen con cien años de retraso. Estas son las predicciones que espero verificar, en el próximo mayo, cuando vaya a escuchar los discursos que se han de pronunciar desde la gran tribuna de Peterloo.

NOTA EN 2035.

Como el autor de este ensayo figuró entre los muertos de dicha reunión de Peterloo los editores no han podido entregarle las pruebas de su libro para que hiciese en ellas las correcciones que creyese convenientes. El texto, incluso esta última parte, ha quedado exactamente como lo escribió. No se puede negar que los fallos de la sociología son tan instructivos como sus aciertos...

¹ Forster: Político británico (1818-1886): En 1870, como miembro del Gobierno Gladstone, hizo aprobar por el Parlamento la ley sobre educación elemental.

² A este respecto conviene subrayar que los autores del informe Northcote-Trevelyan se dieron perfecta cuenta de las verdaderas necesidades de nuestra administración pública. "Parecía lógico esperar que una profesión tan importante tenía que atraer a los jóvenes más capaces y ambiciosos del país; que entre los funcionarios, una vez ingresados, tenía que seguir existiendo una intensa emulación, y que los mejor dotados y con mejor expediente habían de elevarse rápidamente a los cargos de más honor y responsabilidad. Sin embargo, en la realidad las cosas ocurren de modo muy diferente. El ingreso en la administración pública está muy solicitado, pero sobre todo por los que carecen de ambición, los indolentes y los incapaces (informe Northcote-Trevelyan sobre la Organización de la Administración Pública Permanente, febrero de 1854).

³ El origen de la palabra "meritocracia", algo desagradable sin duda, es todavía confuso. Igual ocurre con la expresión "Igualdad de oportunidades". Parece que el término "meritocracia" ha sido usado por vez primera con carácter general durante los años sesenta del siglo pasado, en periódicos de pequeña circulación más o menos conectados con el Partido Laborista, y que solo mucho después se extendió su uso a todas las clases sociales.

⁴ Desde que se instauró con carácter general la institución de la primogenitura los segundones que se venían obligados a abandonar el hogar familiar fueron los que impulsaron todos los cambios y conquistas sociales. Pero hasta el siglo XIX el aumento de la población fue lento y era relativamente poco frecuente que a la muerte del padre quedara más de un hijo para sucederle. Durante el período especial que estudio en el presente ensayo los nazis restablecieron la Institución en Alemania para apartar a los segundones de la tierra y dirigirlos hacia el ejército y hacia las colonias germánicas de la Europa oriental, que tan corta vida habían de tener.

⁵ Las cosas sucedían de modo diferente en las ciudades porque en ellas existía una clase media y, con palabras de Defoe, "los carreteros y cargadores ocupan los sillones del concejo y los lacayos llevan la toga del magistrado".

⁶ Un ejemplo cómico de la tendencia socialista a vivir en el pasado es su continua insistencia, mucho después de que la propiedad de la tierra hubiera dejado de contar, en la necesidad de igualar a la gente en sus propiedades. Afortunadamente les preocupó mucho menos la distribución del poder, que, con la excepción de las sociedades agrícolas, no coincide en absoluto con la distribución de la riqueza. La conocida máxima de Fenn ("donde existe el poder, allí acudo yo") por algo es una de las primeras cosas que se estudian en sociología.

⁷ Muchos sociólogos antiguos se dieron cuenta de la importancia de medir en lo posible esta dilapidación de recursos. El profesor Hogben dijo en 1938 que "debemos investigar hasta qué punto la distribución por profesiones del país se basa en las especiales aptitudes de cada uno para una ocupación determinada.

La aritmética política debe proceder a renglón seguido a determinar el desperdicio, susceptible de remedio, imputable a una organización social defectuosa, y la pérdida de eficiencia social que resulta de ello. (Political Arithmetic, 1938). Algunos años antes Kenneth Lindsay, en un libro muy intuitivo, habla calculado que la capacidad de un 40 por 100 de los niños del país, como mínimo, no podía exteriorizarse adecuadamente (Social Progress and Educational Waste, 1924). Sólo mucho después, sin embargo, fue cuando el profesor Marlow formuló una serie de supuestos bastante convincentes, sobre cuya base estableció que el desperdicio de capacidad en nuestro país fue, en los años cuarenta del pasado siglo, de 38 megaunidades por año; en los años sesenta, de 33, en los años noventa, de 18, y en los años veinte de este siglo de 5.2 megaunidades. Parece que esta última cifra no se puede mejorar, por lo que, en términos técnicos, se la denomina la "línea Marlow", que marca el máximo de eficiencia social a que se puede llegar. Pero, después de todo lo ocurrido en el último siglo, parece algo aventurado afirmar que nuevos progresos son imposibles. Además, la base de estos cálculos no es enteramente satisfactoria.

⁸ En Inglaterra esta "piedad filial" nunca llegó a los extremos que en el Japón, donde el sentimiento predominante adquirió su expresión en un famoso poema:

*Benditos sean mis padres, que me dieron la vida
para que pudiera servir a Su Majestad.*

⁹ En el pasado siglo muchas revistas de los años sesenta y setenta describen en sus crónicas el espectáculo de los turistas visitando algunas mansiones señoriales, como las de Longleat y Knole, que sus propietarios habían abierto al público por razones económicas, y hablan de la enorme impresión causada en los turistas por los lores y ladies, que a veces actuaban como guías durante la visita. Estos nobles, que podían todavía ser admirados, y al mismo tiempo compadecidos (ya no temidos), producían en los turistas una fascinación que repercutía en las cuentas corrientes de sus señorías.

¹⁰ Es de destacar la afición a los pájaros, que adquirió extraordinaria intensidad después de la elección general de 1971; se la puede considerar como uno de los más extraños legados de un remoto pasado de pastores protestantes e hidalgos campesinos amantes del deporte. Los viejos aristócratas criaban pájaros para luego matarlos tiernamente, estudiaban sus costumbres amorosas con gemelos de campo y acababan por parecerse a sus propias piezas de caza. Oscar Wilde dijo de la cara de los ingleses que, viéndola una sola vez, no se la recordaba nunca, pero esto no se podía aplicar a tan extrañas personas. La ornitología convirtió lo que era un pasatiempo para el profesional en una ciencia para el aficionado; fue verdaderamente el enlace entre dos mundos diferentes.

¹¹ Los reglamentos que al efecto se dictaron hacen gala de una asombrosa visión del porvenir al fijar los objetivos a alcanzar en la materia por el ejército americano. Los tests tenían que "seleccionar a aquellos hombres de superior inteligencia que por ello se hicieran acreedores a un ascenso o a un destino especial; seleccionar, a la inversa, a los hombres tan deficientes intelectualmente que resultasen inservibles para la instrucción militar ordinaria, al objeto de enviarlos a 'batallones de infradotados'; suministrar a los oficiales los datos necesarios para constituir organizaciones de una capacidad mental uniforme, desde uno u otro punto de vista; encontrar al hombre adecuado para diversos tipos de trabajos, incluyendo los especializados, y, por último, eliminar a los hombres de inteligencia tan escasa que resultasen inútiles para todo" (Citado por EYSENCK, H. J., en *Uses and Abuses of Psychology*, 1953).

¹² La resistencia a hacer de la lengua china la segunda en enseñanza en los colegios, durante la última década del pasado siglo, constituye un interesante ejemplo de espíritu conservador a ultranza en una profesión cuya misión primordial es precisamente la de combatir dicho espíritu.

¹³ Hansard, 17 de febrero de 1870. Citado en *English, Historical Documents*, XII (1), Ed. Young, G. M., y Handcock, W. D., página 914.

¹⁴ Citado en el *Times*, 6 de diciembre de 1955. En esa época Gran Bretaña producía menos graduados en ingeniería y demás ciencias aplicadas que cualquier otro país de primera importancia. Nuestra cifra era 2.800 al año, o sea, 57 por cada millón de habitantes, mientras que en los Estados Unidos se producían 22.000 (136 por millón); en la U. R. S. S., 60.000 (280 por millón); en Francia, 70 por millón; en la Alemania occidental, 86 por millón, y en Suiza, 82 por millón. (Ver *Technical Education*, 1956, H. M. S. O., Cmd. 9703.)

¹⁵ Informe Barlow sobre mano de obra científica. Mayo de 1946, H. M. S. O., Cmd. 6824.

¹⁶ Informe sobre la educación universitaria, la Asociación de Universidades de la Comunidad Británica de Naciones con destino al comité de vicescancilleres y directores, 1957.

¹⁷ Las grandes empresas necesitaban mayor proporción de personal con preparación técnica. Así, por ejemplo, en 1930, la Metropolitan-Vickers Electrical Company tenía en nómina 10.000 empleados y obreros, de los que casi 2.000 poseían en una forma u otra alguna preparación especial. En 1956 la compañía tenía en nómina a 25.000 personas, de las que 16.000 tenían estudios especiales. En 1982, de una nómina de 74.000, 61.000 habían hecho estudios hasta el nivel del certificado nacional superior, como entonces se le llamaba (*Times Educational Supplement*, 17 de febrero de 1956).

¹⁸ William Morris: Artista, escritor y socialista británico (1834-1896). George Douglas Howard Cole: Economista británico (1889-...). Miembro de la Fabian Society.

¹⁹ Fabian Society: Organización socialista británica, fundada en 1883-1884. Entre sus fundadores y primeros miembros figuran George Bernard Shaw y Sidney Webb. Son adversarios de las teorías marxistas y de la acción revolucionaria (el nombre de la sociedad proviene del romano Fabius Maximus Cunctator, o sea, el temporizador). Su objetivo es la reforma social basada en principios morales e impulsada por la convicción.

²⁰ WEBB, S. y B., *Soviet Communism: A New Civilization*, Longmans, 1935.

²¹ *Fabian Essays*, suplemento a la edición de 1948, titulada *Sixty Years of Fabianism*.

²² Ver, por ejemplo, págs. 345 y sigs. de la ed. de 1944.

²³ Uno de los primeros indicios de este cambio fue el influyente libro *The Future of Socialism*, escrito por el entonces joven C. A. R. CROSLAND en 1956.

²⁴ Este párrafo es una parodia irónica de una conocida frase de la Declaración de Derechos norteamericana.

²⁵ Citado por RICHMOND, W. K., *Education in the United States*, 1956.

²⁶ Un antiguo ejemplo es el informe sobre la educación en la Unión Soviética, publicado por el Comité de Intercambio Cultural en 1951. Ver pág. 4: "Con excepción de cierto número de niños intelectualmente subnormales todos van a la misma escuela... dentro de la escuela, cualquier intento de clasificar a los alumnos de acuerdo con su capacidad está terminantemente prohibido. El niño más torpe trabaja junto al más despejado y sigue el ritmo que éste le impone lo mejor que puede".

²⁷ Parece conveniente, para la mejor comprensión de lo que sigue, hacer una breve referencia al sistema educativo británico. Nos ceñiremos al de Inglaterra y Gales, en vigor desde la ley Butler de 1944, pues los de Escocia e Irlanda del Norte son bastante parecidos. Principios fundamentales del sistema educativo inglés son:

1.º La descentralización; el financiamiento de las escuelas, el nombramiento de los maestros y hasta la organización de la instrucción son de la incumbencia de las Autoridades Locales de Educación, 2.º Coexistencia de varios tipos de escuela, desde el punto de vista de su financiación: escuelas públicas (*publicly maintained schools*), financiadas con fondos públicos, provenientes de las Autoridades Locales de Educación, y escuelas

privadas, subvencionadas o no, dirigidas a menudo por diversas sectas o confesiones religiosas (en las escuelas públicas la instrucción religiosa debe ser "no sectaria" o sea no estar adscrita a credo alguno). Las famosas public schoools son en realidad escuelas privadas, más exactamente, internados privados, expresión que hemos adoptado para la traducción. En las es. públicas y en muchas de las privadas subvencionadas la instrucción es gratuita. Nos referimos, desde luego, tanto a la enseñanza primaria como a la secundaria. 3.º Asistencia obligatoria hasta los quince años. Las Autoridades Locales de Educación, además, tienen a su cargo la organización de la further education, o "educación prolongada", en forma de clases durante las horas libres del trabajo, cursos de verano y otros medios semejantes.

La enseñanza primaria dura hasta los once años. Aproximadamente la mitad de las escuelas son privadas subvencionadas. En la enseñanza secundaria es típica la clasificación tripartita de las escuelas o colegios: a) Grammar schools (colegios de humanidades), a los que asisten los alumnos que piensan cursar una carrera universitaria.

Procuran una sólida formación humanística y matematicocientífica, b) Modern schools (colegios elementales), en que se enseña una cultura general no preparatoria para la universidad. c) Technical schools (colegios técnicos), en que se enseña más bien un oficio distinto de las profesiones liberales universitarias. Combinación de los tres tipos son las comprehensive schools (colegios comunes), que tratan de conjugar una formación general con la especialización. Todos estos tipos son escuelas públicas. Dentro de las escuelas privadas las más famosas son las public schools (internados privados), a los que ya hemos hecho referencia.

²⁸ Cartismo: movimiento revolucionario británico de 1848. James Keir Hardie: Dirigente laborista británico (1856-1915); 11. guró entre 10s fundadores del Partido Laborista. Arthur Henderson: Dirigente socialista británico (1863-1935); uno de los fundadores del Partido Laborista; fue ministro Macdonald Ramsay Macdonald; nunca fue obispo, pero sí un predicador laico, y buen orador.

²⁹ JAMES, E., Education. for Leadership, 1951.

³⁰ PEDLEY, R., Comprehensive Schools Today, 1954.

³¹ Una primera versión fue elaborada por el Comité Educativo de Croydon, e inteligentemente desarrollada, más adelante, por R. PEDLEY, en su obra Comprehensive Education, 1956.

³² Ver la obra The Leicestershire Experiment, de STEWART C. MASON, 1957.

³³ Uno de los absurdos más notables del sistema universitario hasta 1986, era que muchos estudiantes destacados, por falta de becas, tenían que dedicar parte de su tiempo, en vez de

al estudio, a lavar platos. Tenían que trabajar para pasar como pudieran "a través" de la universidad en vez de trabajar "en " la universidad, de acuerdo con la misión de ésta. Per ardua ad inferna!

³⁴ Probablemente ha influido en la importancia, tal vez ex-cesiva, que se ha dado a esta fecha la tendencia de algunos maestros a enseñar la Historia por medio de fechas (en lo que a la educación se refiere: 1870, 1902, 1918, 1944, 1972, y así sucesivamente).

³⁵ J. E. FLOUD, A. H. HALSEY y F. M. MARTIN, en *Social Class and Educational Opportunity*, 1956

³⁶ Al principio de la década 1950-1960 se dieron muchos casos de alumnos de los colegios de humanidades capaces de terminar sus estudios y que no lo hicieron; en su mayoría eran hijos de trabajadores manuales. (Ver. *Early Leaving*, publicado por el Ministerio de Educación en 1954.)

³⁷ Esta primera cifra, de las tres que se citan, viene en la obra de P.J.D Wiles, *The Nation's Intellectual Investment* (Bulletin of the Oxford institute of Statistics, agosto de 1956, pag 279); las otras dos las he recogido en la edición popular de la publicación *Education Statistics*.

³⁸ "Queremos diez, y, ¡caramba!, queremos saber cuándo lo tendremos"; este slogan, que se utilizó en la campaña para que un profesor no tuviera más de diez alumnos en su clase, recordaba otro slogan bastante conocido: "Queremos ocho y no estamos dispuestos a esperar", utilizado en la campaña para pedir mas dreadnoughts. Otro slogan: "Deseamos becas, no acorazados". Como se ve no se hizo sino sustituir la Gran Flota por la Pequeña Clase.

(*) Joseph Lancaster: Pedagogo inglés (1778-1838); fundó numerosas escuelas para pobres y creó un sistema de monitores" para suplir la carencia de maestros.

³⁹ Ver el informe Fleming: *The Public Schools and the General Educational System*, 1944.

⁴⁰ *Savings and Finances of the Upper Income Classes*, por L. R. KLEIN, K. H. STRAW, P. VANDOME, en el *Bulletin of Oxford Institute of Statistics*, noviembre de 1956.

⁴¹ Sir Hartley Schawcross (1902-.....): Jurista británico; Tis-cal británico en Nuremberg.

⁴² Frid Gibbon (1737-1794): Historiador inglés, autor de la historia de la decadencia y final del Imperio romano.

⁴³ No sólo esto: el rendimiento en los tests de inteligencia guardaba también una correlación con los resultados de otras muchas clases de tests, tales como: facilidad de palabra, facilidad para los números, agudeza de los sentidos y de la memoria, facilidad para conducir, propensión a los accidentes, destreza en los dedos, facilidad para el análisis, para la mecánica, para los trabajos de rutina, madurez emocional, buen oído, atracción sexual, buen paladar, daltonismo, poder de observación, predisposición a la neurosis, y otras. Los resultados de todos estos tests Alguran hoy en día en el carnet nacional de inteligencia que se entrega a cada ciudadano para que lo conserve durante toda su vida, a no ser que tenga objeciones de conciencia que oponer.

⁴⁴ E. JAMES, op. cit.

EL TRIUNFO DE LA MERITOCRACIA

1870-2033

I.C. + Esfuerzo = MERITO

MICHAEL YOUNG

